LARGO RECORRIDO, 36

Diamela Eltit

JAMÁS EL FUEGO NUNCA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2012

© Diamela Eltit, 2007, 2012
© de esta edición, Editorial Periférica, 2012
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-57-4
DEPÓSITO LEGAL: CC-387-2012
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto.

CÉSAR VALLEJO

A Rubí Carreño

Agradecimientos en el tiempo de este libro:
A Silviana Barroso, a Francisco Rivas, a Randolph Pope

Estamos echados en la cama, entregados a la legitimidad de un descanso que nos merecemos. Estamos, sí, echados en la noche, compartiendo. Siento tu cuerpo doblado contra mi espalda doblada. Perfectos. La curva es la forma que mejor nos acomoda porque podemos armonizar y deshacer nuestras diferencias. Mi estatura y la tuya, el peso, la distribución de los huesos, las bocas. La almohada sostiene equilibradamente nuestras cabezas, separa las respiraciones. Toso. Levanto la cabeza de la almohada y apoyo el codo en la cama para toser tranquila. Te molesta y hasta cierto punto te preocupa mi tos. Siempre. Te mueves para señalarme que estás ahí y que me he excedido. Pero ahora duermes mientras yo mantengo ritualmente mi vigilia y mi ahogo. Tendré que decirte, mañana, sí, mañana mismo que habré de racionar tus cigarrillos, llevarlos al mínimo o definitivamente dejar de

comprarlos. No nos alcanza. Apretarás las mandíbulas y cerrarás los ojos cuando me escuches y no me vas a contestar, lo sé. Permanecerás impávido como si mis palabras no tuvieran el menor asidero y siguiera allí íntegra la cajetilla que compro fielmente para ti.

Te gusta, te importa, necesitas fumar, lo sé, pero ya no puedes, no puedo, no quiero. Ya no. Pensarás, lo sé, en cuánto te has sostenido en los cigarrillos que sistemáticamente consumes. Ha sido así, pero ya no es necesario.

No.

No consigo dormir y entre los minutos, a través de los segundos que no alcanzo a precisar, se entromete una inquietud absurda pero que se impone como decisiva, la muerte, sí, la muerte de Franco. No consigo recordar cuándo murió Franco. Cuándo fue, en qué año, en qué mes, bajo cuáles circunstancias, me dijiste: murió Franco, finalmente se murió echado como un perro. Pero fumabas y yo también en ese momento. Fumabas cuando hablabas de la muerte y yo fumaba, y mientras atendía a tu rostro adolescente, abiertamente resentido y lúcido y en cierta forma deslumbrante, apagué el cigarrillo entendiendo que era el último, que nunca más iba a hacerlo, que jamás hubo de gustarme aspirar ese humo y tragarme la quemazón del papel. Siento tu codo apoyado en mi costilla, pienso que

aún tengo la costilla y acepto, sí, me entrego a tu codo y me avengo con mi costilla.

Me doy vuelta, pongo mi mano sobre tu cadera y te muevo una y otra vez, rápido, ostensible. Cuándo murió Franco, te pregunto, en qué año. ¿Qué?, ¿qué?, dices. Cuándo murió, te digo, Franco, en qué año. Con un solo impulso te sientas en la cama, veloz, atravesado por una furia muscular que ya nunca ejerces y que me sorprende. Apoyas la cabeza en la pared, pero de inmediato vuelves a deslizarte entre las sábanas para ponerte de espaldas a mí.

¿Cuándo?, te pregunto, ¿cuándo?

Con la respiración demasiado agitada, llegas al borde de la cama, no sé, me contestas, cállate, duerme, date vuelta. Un día preciso de un año preciso pero que no forma parte de un orden. Una escena desprendida, ya inarticulada en la que fumábamos concentrados, entregados a nuestra primera célula, mientras tú, precozmente sabio, con la plenitud que pueden alcanzar las habilidades, sostenías unas palabras legítimas y consistentes que no se podían soslayar y te mirábamos extasiados —tus argumentos— cuando explicabas la muerte de Franco y yo, cautivada por la rigurosidad de tus palabras, apagaba el cigarrillo poseída por un asco final y observaba el papel destrozado contra el filtro, lo miraba en el cenicero y pensaba, nunca más, es el último, se acabó, pensaba y pensaba que por qué habría

fumado tanto ese año si no me gustaba, en realidad, el humo. Visualizo el cenicero, el cigarrillo apagado con las escasas briznas de tabaco desarmadas en su centro. Lo tengo. Tengo también la muerte de Franco, pero no el año, ni el mes ni, menos, el día. Dime, dime, te pregunto. No empieces, no sigas, duérmete, me contestas. Pero no puedo, no sé cómo dormir si no recupero el tramo perdido, si no sorteo el hueco nefasto del tiempo que requiero atraer. El final del cigarrillo aplastado contra el cenicero, mis dedos, la secuencia de tus palabras convincentes, echado como un perro, en su cama, el asesino, o quizás dijiste: el homicida, y mi asco definitivo a la bocanada de humo, la última.

La muerte pública de Franco, echado en la cama, muriéndose de todo, prácticamente sin órganos, dijiste, el tirano, decías, muerto de viejo o de anciano, rodeado por su séquito, decías, de franquistas, los médicos. En la noche, tarde, al borde de un amanecer exhaustivo, proseguían las discusiones, los argumentos, y entre todas las palabras posibles, claro, las tuyas sonaban más expertas o más certeras, mientras yo fumaba a lo largo de esa noche que nunca vaciló hasta que, de pronto, me sentí verdaderamente ácida, mis pulmones, y hube de apagarlo, el cigarrillo, para nunca más.

Después me ofreciste uno, ¿quieres un cigarrillo?, ya amanecía, no, no quiero. No, te dije, no

quiero y hube de vislumbrar en tu mirada un atisbo de inquietud mezclado con una clara decepción. Una primera, incipiente, inexcusable mirada de abandono o de un rencor material. Pero, dime, cuándo. Cállate. Me haces callar justo en los momentos en que la sábana desastrosa se ha enredado, una vez más, en mis piernas y en mis brazos, siéntate, muévete, mientras ordeno la sábana, furiosa, sin entender si es en contra de mí o en contra de ti, sin convencerme. Cómo pude olvidarme del año, de un año que tú sí recuerdas y no me lo dices, lo sé, para impedir que yo zanje el tema del cigarrillo.

Estalinista, me dijo Martín, después, muchos años más adelante, en el tiempo en que ya no éramos (Martín ahora mismo se adelanta, está parado a los pies de nuestra cama, desencajado, negando mis palabras, reiterando en este siglo sus mentiras). Él me dijo estalinista y tú, que escuchabas su expresión, que la oías, volviste la cabeza, impasible como si no. Quién fue el que me dijo estalinista, cállate. Quién fue, te insisto, mientras muevo tu cadera. Ah, me dices, necesito dormir, ya, duerme, por favor duerme, déjame tranquilo. Has levantado la voz, me hablas en un tono delirante. Agresivo.

Me arden los ojos de un sueño que parece un mero síntoma. No puedo dormir, cállate. Estalinista, me lo espetó abiertamente, mientras yo te miraba buscando en ti un resguardo y tú, instalado ya en

la indiferencia, seguías ajeno, mientras yo escuchaba unas palabras que giraban locamente sin entender del todo de cuál ira provenían. Me dijo, estalinista. Lo repitió. Sé quién lo dijo, Martín (desde los bordes de la cama él se toca la cabeza, alardea, exhibe su contorno ostensiblemente irregular, menoscabado). Tengo en mi retina sus ojos y los matices de su expresión, pero ahora espero que seas tú el que diga quién fue, para así escuchar de tus labios, de los tuyos, por qué no dijiste nada, en qué punto de deserción estabas, imperturbable, lo recuerdo.

No importa, me dices, duerme, no sigas, olvídate.

En medio de una discusión que parecía irrisoria, cuando todo ya se había confundido, tú habías llegado sólo para escuchar de manera ambigua, marcando tu distancia y tu ironía y yo no pude, no logré mantenerme en silencio, no lo conseguí y dije, pero cómo, y dije, me resulta injusto o improcedente, pude decir ambas cosas o puede ser, puede ser que haya expresado, con una molestia sosegada, lo sé, que no era posible dialogar en esos términos y entonces detonó la condena definitiva, enlazada a una respuesta lapidaria: estalinista. Mueve la pierna, me molesta, me raspa el pantalón, por qué tienes que dormir con el pantalón puesto. Cállate.

Pero ahora nuevamente va a amanecer. Sé que después no comentamos lo sucedido y esgrimimos una cortesía desmesurada. Lo hicimos mientras nos

devolvíamos de la que iba a ser la última reunión de esa célula. Sí. Te comportaste como si yo me mereciera todas las deferencias, como si fuera posible pensar que nada había sucedido. Pero era el último encuentro de un año intransigente en que ninguna de las palabras que manejabas ya podían contener.

Te portaste como un perro.

Ya te habías convertido en un perro, pienso ahora. Lo pienso mientras mi brazo entregado a la vigilia me tortura por su inevitable roce con la pared monolítica que nos cerca.

Hace más de cien años que murió Franco. El tirano. Profundamente histórico, Franco saqueó, ocupó, controló. Fue, cómo no, coherente con el rol que hubo de representar. Uno de los mejores actores para pensar la época. Anciano. Militar. Condecorado por las instituciones. No brillante, no, nunca, sino eficaz, obstinado, neutro. Necio, dices, era necio. Ya ha transcurrido un siglo. No, no, me dices, no un siglo, mucho más, más. Sí, te contesto, todo circula de un cierto determinado modo, impreciso, nunca literal, jamás. Estamos hablando después de un siglo —más de un siglo—, nos decimos serenamente palabras amistosas y compasivas. Tenemos que cuidarnos del grito que jamás nos permitimos, nunca, porque podríamos herirnos y rompernos. Tú no me gritas ni ocupas expresiones demasiado desdeñosas, las omites y dejas que circulen adentro de tu cabeza. Mi empeño se centra en con-

trolar cualquier indicio de rencor para formar parte de esta paz que nos hemos concedido. Estamos en un estado de paz cercano a la armonía, tú ovillado en la cama, cubierto por la manta, con los ojos cerrados o entreabiertos, yo en la silla, ordenando con parsimonia y lucidez los números que nos sostienen. Una columna de números que recogen la dieta estricta a la que estamos sometidos, una alimentación rutinaria y eficaz que va directo a cumplir la demanda de cada uno de los órganos que nos rigen.

Comemos absolutamente justos. Concisos.

El arroz se emparenta con el pan, ambos cumplen su función de proporcionarnos el sueño y el alivio. Comemos pan y arroz. Preparo el arroz siempre de la misma manera. El arroz, su forma común, la cocción necesaria que requiere de una relativa concentración, malo, malo el arroz, cuando resulta recocido o casi crudo, sus repelentes granos que más de una vez te han atorado. Sí, toses y los granos de arroz salen de tu boca hasta rodar caóticos sobre la manta, impulsados por tu garganta obturada, que te ahogas, que te puedes morir, que es dolorosa esta tos arrocera y la saliva que escupes junto a los granos me perturba. No quiero mirar la saliva mezclada con el arroz, semejando un ligero vómito o una sustancia acuosa, un enredo alimenticio imposible que mancha y se esparce por la cama que ocupas, mi cama.

Fumas y comes.

Por eso te atoras o te ahogas o te mueres. Fumas y comes con la misma ansiedad. Prefiero no decirte en este siglo: no fumes. Renuncio a decirte: no fumes mientras comes, o decirte, despacio, despacio para que no te ahogues, o decirte, no comas porque te vas a atorar, o decirte, no tosas porque me da asco esa tos y me da asco el pequeño atisbo de vómito, o decirte, qué te pasa, pero qué te pasa con el arroz, pareces un niño desdentado o pareces un perro enfermo. No digo nada para preservar la languidez que este siglo nos otorga, una dádiva a la que no se puede renunciar, por eso Franco nos sirve para atenuar: su fascismo. No, dices, un nazi. Bueno, bueno, te contesto. No es lo mismo, me dices, la confusión en los conceptos trae trágicas consecuencias, ¿no te das cuenta? Tú dices fascista con una liviandad que tenemos que reconsiderar. Sí, te contesto, usando un tono que pretende conciliar, algunas veces me confundo. No te confundes, no, no es eso, es que tú no distingues a un fascista de un nazi. Veamos, me dices, qué era Franco, en qué corriente lo ubicas, cómo lo catalogas, desde qué parámetros podrías clasificarlo, cuál era la realidad de su estructura, cómo se podría establecer una jerarquía para contabilizar sus actos, qué elementos determinan su filiación, cuál fue el paradigma que lo movilizó, sus políticas, sus

estrategias, la burocracia inextricable que consiguió establecer.

Mantiene una correlación sorprendente con el fascismo, te digo. Lo hace por su voluntad veladamente unilateral, por la precisión iconográfica, por su soledad sin la menor muestra de extravío. Por su muerte pragmática y universal. Por las orlas de sus desfiles, las tropas, la repartición de poder, la traición a sus colaboradores, la búsqueda insaciable de legitimidad, por sus gestos aviesos, por el rictus de su boca, por su estatura esmirriada, por sus estrategias y los errores de comprensión ante la historia, por su apego enfermizo a su familia, la pose absurda de su esposa y la fiebre ávida de sus hijos. ¿Tuvo hijos?, ¿cuántos? No te desvíes, me dices, no busques refugiarte en los detalles. Sí, es cierto, debemos ser exactos e íntegros.

Ha transcurrido más de un siglo, ¿te das cuenta?, te digo, un siglo entero y quebrado, mil años, una época que termina prácticamente sin ecos, como si no hubiese sucedido, ¿te das cuenta? Sin final y ya es memoria. Sé que podría inquietarte mi afirmación o aburrirte por su estela de obviedad, entonces, me levanto de la silla, voy a la cocina y mientras escarbo en la olla, experimento una especie de vértigo, la señal de un mareo que no alcanza a preocuparme porque lo adjudico al arroz, a la multiplicación de los granos que dan vueltas y vueltas mien-

tras se consolida un precipitado y confuso recalentamiento. Saltan, se mezclan, se pegan los granos, el arroz que nos mantiene y nos fortalece. Saco una porción y la extiendo sobre el plato. Vuelvo a la pieza y, con un tono de voz excesivamente entusiasta, te advierto que estamos en la hora, que tienes que alimentarte. Te alcanzo el arroz, te levantas parcialmente, cansado, con una severidad que me preocupa. Comes sentado a medias sobre la cama. Te observo distraída ante una ceremonia ya naturalizada. Recuerdo cómo en el siglo que en cierto modo nos pertenecía, yo observaba con asombro tus sentencias ante el acto alimenticio. No había pensado en el hambre como un hecho peligroso que requería de una solapada estrategia que lo aminorase, hasta que me lo dijiste, señalaste que te parecía demasiado personal, esa fue la fórmula exacta que utilizaste. «El acto de comer es personal» y por ese motivo me pediste, con una cautela que pretendía no ser lesiva, que no te mirara mientras comías. Añadiste, con un tono afable y circunstancial, que si persistía, te alejarías, que preferías estar solo: prefiero estar solo, aislado con la comida. Nunca me mirabas, es cierto, cuando yo —eso también me lo señalaste— engullía. Usaste esa palabra. Engullía, dijiste, y lo insaciable que contenía esa expresión me hizo despreciar la palabra. Entendí que mi manera de cursar el hambre te era insoportable. ¿Qué comíamos?, me pregunto ahora, antes del arroz, antes de ejercer la manía por los granos. Tenías, lo sé, cierta consolidada aversión por los lácteos; la leche y sus derivados. Me reí mientras sostenías el pedazo de queso, allí estabas titubeando, pensando si era adecuado o, quizás, si era imprescindible. Permanecías absorto. Mirabas extasiado o aterrado el pedazo de queso que sostenías entre tus dedos. Tus dedos afilados, protegidos por la corrección de tus huesos y tus uñas cortas, pulcras y el queso y el instante en que lo apretaste entre tus dedos y lo horadaste con tus uñas. Vimos cómo el queso se deshacía, su forma, y toda la célula, los nueve que la conformábamos, no pudimos evitar unas miradas asombradas, aunque pudorosas, que se impresionaron ante tu manera terrible de apretar.

No el queso, no los lácteos.

Podíamos sólo consumir lo necesario para nuestros fines. No correspondía, así lo dijiste, entregarse a la comida, hacer de ella una sede que terminaba por ocultar el impacto del hambre. El hambre, lo sé, tenía para ti una función. El hambre, lo pregonaste, era un estado que profundizaba el rigor y nos permitía un trabajo concreto y sostenido. Pero nunca, nunca la saciedad, eso no, lo asegurabas, porque de esa manera se encauzaba una modorra que nos obligaba a posponer el objetivo. Odiabas

la modorra, preferías, aun en la incomodidad, el hambre. Yo misma hube de comprobarlo, lo hice cuando me entregué a la glorificación de los alimentos, a su exceso graso. Tú la odiabas, la grasa, el cuerpo graso y su brillo. Un cuerpo redondeado por capas de una grasa licuada que producía esa languidez que postergaba la agilidad, esa agilidad que tú pedías para la célula y que si no se ajustaba a tu deseo, debíamos rehacer con otros cuerpos disponibles, hambrientos y energéticos. Te miro en la cama, te veo empecinado en desalojar el hambre, la primera, la obvia que te invade. Comes sin censura, de una manera que no puede sino resultarme incómoda. Dirías, si te quedara un resto de fortaleza, que el hambre jamás podría ser saciada con el arroz porque sólo cumples con una demanda simple del organismo, del tuyo, de tu particular organismo, pero no le concedes la grasa que es, a tu juicio, la única sustancia que colma y satisface.

Te entiendo.

Sé que tu argumentación resulta impecable, coherente, pero aun así me atormenta tu manera de comer, inclinado sobre el plato, tomando con el tenedor, sin ninguna precaución, los granos que saltan desde tu boca a la cama o se escurren por tu labio o caen sobre los bordes del plato o se deslizan por tus dedos. Es el tenedor, pienso, su forma metálica y rala, intensificada por la posición en la

cama. Pero aun así, pese a que entiendo el contexto en el que se cursa tu plato de arroz, no consigo evadir lo insoportable. Está allí, explosiva la sensación de presenciar una escena que está fuera de mi imaginación y de mis posibilidades. No me mires, dices, da vuelta la cabeza. Lo hago. Observo el piso y luego el cuaderno. Tomo el lápiz y escribo los últimos números, no los últimos, en realidad, sino los contingentes, aquellos números en los que nos ordenamos. Espero. Estoy esperando que termines tu plato, mientras dibujo el número, lo remarco, y cuando escucho que toses y siento el pesado humo del tabaco que inunda la pieza, me levanto para retirar el plato, recoger los granos y tender el cobertor.

Vuelvo a la mesa y a mi silla. Olvido, sí, intento olvidar mis dedos sobre el arroz, recogiendo los granos húmedos, me limpio los dedos en la falda y entonces, en un gesto decidido, cierro el cuaderno. Voy hasta la cama, me siento en la orilla. Espero iniciar contigo un intercambio pacífico que me permita ordenar algunas de las imágenes que me rondan, unas imágenes obsoletas que provienen de un siglo cuyo término aún resuena pero no conmueve.

Retrocedo.

Hace más de un siglo, te digo, mil años a lo menos, que me ronda la discordancia de una frase, la misma que anoté entonces subyugada por la perfección de su trazado. Sin embargo, continúo, por-

taba una ambigüedad, cuál, me dices, qué ambigüedad, escucha con atención, te digo: «Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen». Ah, me dices, ya no, ya no, me dices, hasta cuándo, murmuras y levantas la voz para decir, por qué no me traes una taza de té, tengo sed, quiero té, una taza, me pides.

Voy a la cocina. Espero con paciencia el hervor de la tetera. Sé que esta noche va a llover, el cielo demasiado cargado, lo estuvo anticipando. Hará frío mañana, cuando salga a la calle, cuando llegue al paradero, cuando tome el bus, cuando me duelan las piernas por las cuadras que habré de caminar. Sí, hará frío cuando me devuelva y rehaga el recorrido. Y todavía estaré helada cuando entre a la habitación y te vea acostado en la cama y vaya a la cocina a prepararme una taza de té, el mismo té que te llevo a la pieza y te dejo encima del velador.

Va a llover, te digo.

No hay ninguna ambigüedad, me dices. La frase es directa, real, comprensible, certera. Es engañosa, te digo. Explica. No quiero; el trayecto a la cocina, la posibilidad de la lluvia, el vapor del té, me causan una sorprendente laxitud, deseo tenderme en mi pedazo de cama, trepar y ponerme de costado y sentir que tengo un cuerpo, que todavía gravitan en mí las piernas y los brazos y no soy sólo unos riñones adoloridos o cansados o expan-

didos que me borran de mí misma. Es engañosa, te digo, la frase, permite demasiadas interpretaciones, utiliza la palabra patria y eso abre una arista peligrosamente sentimental, tramposa, en la medida que se la reconoce, a la patria, te digo.

Ah, me dices, ah.

Pero este es un día de un siglo distinto, de una época carente de marcas, un siglo que no nos pertenece y que, sin embargo, estamos obligados a experimentar y en este siglo parece todo irreal o prescindible, sí, prescindible. No es así, me dices, no, lo sabes, lo analizamos, estuvimos abocados a dimensionar el efecto de cada una de las palabras, lo hicimos exhaustivamente hasta que la célula comprendió, se hizo experta, intachable, orgánica. ¿Cuál célula?, te pregunto confundida, ¿cuál de todas las células? Abres los ojos. Estás con los ojos abiertos y con la espalda peligrosamente curvada, te duele, te pregunto, la espalda, todavía. Sí, me duele. Qué más te duele, dímelo. Las rodillas, uno de los codos, el estómago. ¿Los intestinos?, te pregunto. No, no, la vesícula. No sabía, no me lo habías dicho. Me hiere. No me preocupan tus huesos, finalmente están de antemano condenados, me importan, lo sabes bien, tus órganos, expuestos, acuciosos, temibles. Dijiste vesícula sólo para castigarme, porque tú sabes tanto como yo que la sentencia aparentemente perfecta se prestaba para caer en lo que

tanto temimos, en un reformismo que podía aniquilar los presagios de un siglo que terminó sin pena ni gloria, sin gloria, especialmente así, cautivo en su propio conformismo, incluso tú, que parecías incorruptible, hubiste de ceder, lo sabes, cediste, te entregaste a las alucinaciones que iba produciendo el siglo para horadarse a sí mismo. Lo hiciste y rompiste la armonía de la célula más perfecta y eficaz que conseguimos. No te lo digo, lo pienso. Franco era fascista, ¿verdad? Sí, lo era. ¿Por qué? Por su inclinación a los actos de masas y su vocación escenográfica. Por sus prácticas sostenidas que seguían y seguían agudizándose hasta bordear el paroxismo. ¿Era nazi o no era nazi? Cualquier respuesta es posible ahora que el siglo, los mil años, ha concluido, se trata de una mera especulación, un cúmulo previsible de inútiles conjeturas. Me voy a acostar, te digo.

No, me contestas. Todavía no, insistes. Aún no es hora.

Frentista, estalinista, asesina loca. Una palabra detrás de otra, un conjunto de palabras elaboradas en una ecuación implacable. Sílabas sonoras, perfectas, que iban organizando una cadena armónica que resonaba igual que una recurrente letanía. Pero algo en ese singular engranaje me cautivó o me distrajo y es posible que mi cara haya permanecido proclive o atenta a esas palabras, puede ser, sí, que nada en mi rostro haya acusado el agravio. Y no resulta extraño que esa expresión precisa, la mía, me haya otorgado una distancia impresionante. Lo pienso ahora, incierta, insegura y quisiera preguntarte si acaso, en medio del caos, mi expresión hubiese conseguido la más insólita exoneración. Puede que lo haya imaginado, pensado en esas tardes, horas, días inciertos en que el temor ante una voz rotunda, sí, rotunda, me pudiera interceptar para espetarme una suma de palabras que podían o no significar y que,

sin embargo, eran capaces de destruir. O era yo la que me preparaba para ese instante, yo misma la que me repetía aquello que iban a decir, que se adivinaba a diestra y siniestra. Lo que enjuiciaba. Eso que tú no querías oír. Ya no sentías. Es posible, los hechos se aglomeran y me confunden.

Me cuesta, sí, tanto.

Frentista, estalinista, asesina loca.

La reunión había sido difícil aunque no inútil. Perdiste, sí, perdiste el control que habían alcanzado tus posiciones, te echaron abajo los argumentos de tus adversarios. Yo estaba de acuerdo con el grupo dominante, me había coludido con las razones que tú no compartías porque eran, así lo dijiste, inconducentes. Me fijé en esa palabra, te la había oído demasiadas veces, «inconducente», y supe que era una trampa, un término que proponías con el mero objetivo de inhibir. Entendí que tenía que oponerme. Lo hice quizás con excesiva vehemencia, con un dejo, en cierto modo, histérico o apresurado o deseoso que aun a mí me perturbó. Lo que me molestó fue el tono, no mi decisión de derribar esa palabra. Tenía que anularla, su autoridad, la forzada legitimidad que le imprimías. Una palabra máscara que intimidaba. Desde luego no podía enfrentarme directamente a tus presupuestos. Saqué mis propias conclusiones, me aferré a los términos más sencillos para distanciarme de tu hábito, la manía

de apoyarte en una densidad con la que dramatizabas cada una de tus intervenciones. Por fin me plegué al grupo que buscaba el fin de una tiranía sin objeto. Un grupo lúcido que había comprendido hasta qué punto formábamos una célula que parecía construida para ti. Sé que aunque no fue reconocida, mi intervención resultó fundamental. Hablé de acciones directas aunque no quise especificar, no era necesario. De esa manera interrumpí el caudal de ideas reformistas con las que pretendías mantenernos cautivos. Hay que analizar, dijiste, analizar. Sin necesidad de explicitarlo, me opuse a tu propuesta, me incliné por la acción directa. Ya me había calmado cuando conseguí posesionarme de la expresión «acción directa».

Comprendí que entraba al terreno de una simple oposición y que allí tú podías derrotarme con inusitada facilidad. No lo hiciste, sin embargo. No quisiste exponerme o no quisiste exponerte, no lo sé, en realidad aún no lo sé. Qué importa. Pero ese fue el día, la hora, el instante en que se escribió tu derrota, el fin de tu imperio, un castillo leve que habías levantado para tu propia honra, un castillo, algo así como una especie de mazo de naipes tendido en medio del peligro y posiblemente el horror. Pude, después de que te negaste a intervenir, imprimir un sello al transcurso de la reunión, lo hice, a pesar de que la voz de tu aliado, el más incondicional que

tenías, uno de los tuyos, me dijo, guiado por una escandalosa decepción, estalinista y me dijo también, en un arranque demasiado previsible, frentista. Aun en medio de las palabras que pretendían instalar el oprobio y la división, la célula estuvo de acuerdo conmigo. Provista de una cuidadosa estrategia, me escabullí de las discusiones finales, nunca te miré en el curso de las discusiones finales, me mantuve en un más que discreto segundo o tercer plano, ningún plano en realidad, me replegué como si no estuviese, como si nunca hubiese intervenido. Quedé aparentemente afuera cuando se selló tu destino.

Era necesario, absolutamente.

Absolutamente necesario descabezarte porque tus ideas no, no, no significaban más que una mera burocracia en medio de una situación que parecía inconmovible. Nos habíamos convertido en una célula sin destino, perdidos, desconectados, conducidos laxamente por un conjunto de palabras selectas y convincentes pero despojadas de realidad. Sé que ese día significó una tragedia para tus cómodas expectativas, pero no podía o no debía ser de otra manera. Tú ya no eras. Te habías convertido en la pieza más útil para consolidar una catástrofe. No me perdonas, te digo en medio de la noche, te lo he repetido en algunas de las noches más desesperantes, no me perdonas, ¿verdad? Hasta cuándo, me contestas, déjame dormir.

Sí, esa noche precisa marcó el rumbo de lo que iba a ser nuestra propia vida, la de los dos. La vida exacta después de que nos desprendimos de esa célula. Pero a pesar de que el tiempo no cesa de transcurrir, nunca, vivimos como militantes, austeros, concentrados en nuestros principios. Pensamos como militantes. Estamos convencidos de que nuestra ética es la única pertinente. Lo sabemos, lo constatamos a cada instante. Entendemos que no nos podemos dejar avasallar por sentimientos comunes, sabemos que la historia terminará por darnos la razón. No necesitamos de ninguna confirmación, ni siquiera discutirlo en el interior de la célula en la que nos hemos convertido. Somos una célula, una sola célula clandestina enclaustrada en la pieza, con una salida controlada y cuidadosa a la cocina o al baño. Tú sigues a la cabeza, tú diriges. Yo procuro obedecer. Me esfuerzo por alcanzar la lealtad plena. Lo hago convencida de que tu liderazgo ahora sí es profundo y es certero. Pudiste pulir tu liderazgo luego de medir con rigurosidad el uso de cada una de tus palabras. Dejaste de lado los términos ampulosos. Cuándo lo hiciste, en qué minuto abandonaste esas palabras pretenciosas, ¿cuándo fue?

Diríamos al unísono, estoy segura, que ocurrió después de que ese caudal incontrolable de palabras entró en estado de sosiego, cuando se desencadenó ese momento profundamente celular, ínfi-

mo. El silencio, el tuyo, el nuestro, un silencio larvario que espera, que espera, que se entrega fielmente al tiempo, porque ahora somos cuerpos palabras, cuerpos, sí, palabras. Podríamos claudicar, pero no queremos o no sabemos ya cómo claudicar, cómo hacerlo, a quién rendirnos o qué rendir de nosotros, a quiénes entregar nuestro arsenal de experiencias y de prácticas largamente cultivadas. Cuál sería el castigo o el premio que nos correspondería por nuestras acciones. No sabemos ya cómo claudicar.

Francamente no lo sé. Tú tampoco.

Me mientes. A menudo. Es una mecánica demasiado conocida, una técnica desorientadora que requerimos. Tenemos que desplazar, ampliar este tiempo de la misma manera que tu pierna se extiende en la cama, dolorida, rígida, cercada por los efectos ineludibles de la artritis. Te duele, te pregunto, mucho la pierna. No, me dices, qué te importa. Pero dime, dime, te duele, qué te importa a ti, es asunto mío, mío, el dolor, mi pierna. Exacto.

Sí. Exacto. Estás cada momento más preciso aunque la noche es decisiva para nuestros fines. Murmuras en la noche. Lo sabes, te lo he dicho: «hablas en la noche». Lo haces porque no puedes dominarte, no sabes en definitiva callar. Cállate, te digo. Y te callas. Por un tramo razonable de tiempo, pero recomienzas impulsado por ciertas órdenes que tú

mismo te impones. Me tapo la cabeza con la almohada. No quiero oír una sola palabra, ni una más. Ha terminado mi trabajo, no tengo que escucharte, no quiero saber. No debo. Son palabras íntimas de las que no puedo formar parte, me pongo la almohada sobre la cabeza y no alcanza a molestarme el cierto vago ahogo que me provoca. Está debilitada, gastada, vieja, eso es, está vieja la almohada y deberé comprar otra. Una para mí y la otra para ti. Eso es lo justo, lo que corresponde. Me tapo la cabeza para conseguir dormir, pero, claro, no es posible, en realidad, no es físico. Necesito, tarde o temprano, el aire. Me saco la almohada de la cara y veo, con una lógica disparatada, cómo fuimos abandonando la sala. Poco a poco empezó a bajar la intensidad de la reunión hasta producir la completa incomodidad, la más absoluta.

Poblete se preparó para actuar en mi contra, lo hizo de manera experta. Tenía, claro, la capacidad necesaria. Era extraordinariamente sutil, un prolijo artesano refugiado en el borde de una palabra, en el umbral de una expresión sin contenido, simplemente una acotación que cortaba los flujos, el mío, y que sistemáticamente empezó a ejercer sin darme tregua. Más adelante, como era lógico, empezaron sus ataques frontales, cortos, decisivos. Poblete, y así lo ha comprobado la historia, era más que hábil, un maestro en el oficio de visibilizarse sin mayores

aspavientos. Ves, te digo, lo que está haciendo Poblete, siempre. No, no, no, me dices, pero qué te importa, a mí no me importa, no me importa nada, lo dices en medio de un quejido.

Quieres que te sobe la pierna, te digo, te la sobo, sácate el pantalón, no, no, no, me dices, tráeme agua, es que tengo sed, pero no enciendas la luz, me dices. Por favor no la enciendas, me repites.

En un instante concreto de la noche la sentí contaminada por tu peso. Me pesaba ese instante de la noche y supe que eras tú, que era tu peso desplomándose encima de la noche. Caíste. Te desintegraste en mil pedazos. Lo entendí, comprendí que estabas de salida, que pretendías que yo los sostuviera, a la noche y a ti. No te importó nada mi esfuerzo. Nada. Ya lo habías decidido. Lo decidiste mucho antes de entregarte a la costumbre de los monosílabos.

Está bien, era necesario.

No, no era necesario, se trataba de un simple subterfugio, el mío, el tuyo. Estamos quedando ciegos, quiero decirte, casi ciegos. La vista. ¿Qué?, ¿qué?, no hables más, quédate callada. Sí, es cierto, tienes toda, pero toda la razón del mundo, habremos de callarnos, tenemos que seguir la senda rígida en la que nos comprometimos. No importa que luego

vaya a amanecer, ocurrirá de todas maneras, es un acto demasiado previsible y autónomo, extraordinariamente universal, tanto que ya no conmueve. Eres, dijiste, poco fabril, tu conciencia. ¿Cómo?, te contesté, ¿qué dices?, ¿debería serlo?, ¿debería serlo?, te lo pregunté porque necesitaba que me orientaras, que me condujeras hacia ese exacto derrotero. Ayúdame a ser fabril, quise pedirte, ayúdame, pero no pude, sí, deberías, me contestaste, pero no lo eres. Ya no lo fuiste. Cómo, quise decirte, pero de qué estás hablando, tú tampoco eres industrial. Sí, lo soy, me contestaste, mi cerebro. En esos años adolescentes no podía rebatir, algo en mí lo impedía, en realidad era una forma de indiferencia, una manera quizás de aislarme o de precaverme. Comprendiste, ese día preciso, el día de la acusación fabril, que yo no te escuchaba realmente, a nadie, nunca, nunca escuchaba mientras me acusaban, quiero decir, no me conmovía cuando estaba ocurriendo, literalmente, después sí, por horas, días, años, se mantenían los sonidos, las imágenes, sus conceptos e implicaciones en el contorno cíclico de mis pensamientos, como si me pertenecieran las palabras y las escenas o fueran enteramente mías, mi creación única.

A perpetuidad, imprecándome incesante a mí misma.

Ya va a amanecer, te aviso, falta poco. Sí, dices o creo que dices. Será un día frío, de ahora en ade-

lante cada día más frío, ¿no? Sí, sí, contestas. Agotado por mis palabras, apenas murmuras, sí, sí. Por qué me refiero al clima. Es estúpido. No sales solo a la calle, nunca, a no ser que sea estricta, pero estrictamente necesario. Así fue estipulándose. No salgas, te dije, no es necesario, acuéstate. Tápate que hace frío. Continuamos, en gran medida, clandestinos, nos situamos afuera, radicalmente. No contamos con nombres civiles, seguimos prendidos a nuestra última chapa, ya nos acostumbramos o nos posesionamos, no lo sé. Pero si alguien dijera mi nombre civil, no voltearía la cara. Para qué. Tú podrías estar en la mira, con seguridad, serías tú.

No salgas, no salgas.

Yo paso desapercibida, mi estudiada insignificancia, eso puede salvarnos, no, no, nunca salvarnos, ni siquiera nos resguardó mi profunda opacidad. La luz entra de manera cauta, una luz completamente obturada. Se acerca la hora. Sí, recuerdo que te lo dije. Debemos tomar una decisión. Yo lloraba porque estaba aterrorizada, sabía lo que iba a suceder. Tenemos que apurarnos, llevarlo al hospital. O lo llevas tú o lo llevo yo. No, no, no, es imposible, imposible. Pronto voy a salir a la calle y estará nublado, con ese gris que achata el paisaje, lo pone en un nivel de un realismo incómodo, un paisaje que no vale la pena. No significa nada. El gris.

Me queda, ¿cuánto?, una hora, quizás un poco más, antes de levantarme, tomar una taza de té, ir al baño, vestirme, salir, subir al bus, caminar dos o tres cuadras, incluso cuatro. Entrar en la casa, realizar prolijamente mi trabajo, cobrar mi paga, volver, sí, volver entre una bruma leve a repetir la calle, el bus, su bamboleo, el siempre difícil descenso, las cuadras hasta llegar a la pieza y encontrarte tal como estás ahora, doblado, ni enteramente dormido ni despierto, entregado a este sopor atento que te transporta de manera ecuánime desde la vigilia al sueño. Pasaré horas afuera, las de los viajes, las del interior preciso de la casa, sin embargo cuando regrese a la pieza, cuando te vea en la cama parecerá, lo sé, una escena inconmovible y ya no será posible para mí entender dónde está con exactitud la línea que rige el tiempo. Habité, sí, en medio de un finísimo trastorno perceptivo. De manera increíble, muy poco expresable, sufrí esa anulación del tiempo. En un día de otro siglo, de otros siglos, un tiempo en el que caminaba y caminaba, pero no era capaz de avanzar. No avanzaba un milímetro porque siempre quedaba estancada en un idéntico perímetro de la cuadra. Terminó por invadirme una confusión inexpresable de tiempo, mientras tú yacías plenamente seguro en la pieza, acostado en la cama, protegido por la manta gastada. Yo era la que salía, según habíamos acordado, pero mis sentidos esta-

ban desordenados. Tenemos que olvidar el horror de esa noche. ¿Qué habría pasado?, te pregunto ahora que ya va a amanecer. No termino la frase, nunca, porque tú te enfureces o te tapas los oídos o, si estás en condiciones, si los músculos te lo permiten, te levantas y te encierras en el baño. O bien en medio de la noche o en su inicio, en una de las vueltas obligatorias en la cama, cuando nos encontramos frente a frente, sin vernos, presintiéndonos en la noche, te digo, por qué no lo sacamos, te lo pregunto, pero cómo no lo llevamos al hospital.

Ah, ah, musitas.

Y no estoy segura si es un quejido o un lamento lo que sale de tu boca y te das vuelta tan rápido como el cuerpo te lo permite y te mueves con violencia obligándome a reacomodarme en el estrecho colchón arruinado que nos maltrata los huesos. Un fino pero conocido trastorno perceptivo, un signo básico de cansancio o un ínfimo ataque a mi fortaleza mental asociado a mi extenuación. Un estado que se puso en evidencia bruscamente mientras caminaba demolida pensando, de manera indeleble, en las escenas finales, su carita de dos años y sus angustiosos rictus de muerte. De pronto, la imagen fue interceptada por una impresión insólita. No avanzaba. La realidad física de esa calle en la ciudad se había detenido. Sólo yo me movía en un escenario único que no dejaba de suceder. Sencillamente

estaba ocurriendo más allá de que yo entendiera que no era posible y, sin embargo, lo concreto de la situación me lo imponía. Cerré los ojos, intenté detenerme o respirar o apoyarme en la pared. El tiempo se abalanzaba, todo el tiempo posible estaba allí, material e intransferible. Yo no contaba, era apenas un cuerpo atrapado en un espacio que a su vez estaba controlado por el tiempo. Más adelante pude comprender que sólo era una mala experiencia, una trampa abierta por la furia de los sentidos. No supe distinguir si era un privilegio o el borde de una pesadilla. Caminaba pero no avanzaba, no conseguía avanzar, te digo. No me contestas. Ocurrió algo físico, científico, te digo, porque el tiempo y el espacio, alcanzo a decir antes de que te muevas y yo entienda que no quieres oír porque te has tapado la cabeza con la almohada, y la almohada sobre tu cara es tan consistente que me invade no la furia, no, sino la resignación, esa que tan bien me conozco y que, de algún modo, termina por ser eficaz.

La resignación.

¿A qué? Sólo me resigno. Debo esperar una hora. La luz empieza a mostrarse fugazmente. En una hora atravesaré el catre cuidando de no caerme, no puedo, no puedo caerme ni tampoco quiero aplastarte las piernas mientras me deslizo cama abajo. No puedo hacerlo porque te duelen, sí, de-

masiado, las piernas, las rodillas, los tobillos y las caderas, dices, me duelen, te duelen los huesos, lo sé, mucho más de lo que aceptas confesar. Lo noto en el modo en que te desplazas, cada vez más enjuto, enroscado sobre ti mismo, esa crispación causada por el dolor. Pero los analgésicos te sirven, aún consiguen atenuar. Tómate, te digo, dos pastillas, sólo dos, porque más te van a estropear el estómago, ¿me oíste?, te digo. Te mueves en la cama intentando escabullir. Contesta, te insisto, sólo dos. Y no des vuelta al té encima de las sábanas, no se te olvide apagar el fuego si vas a la cocina, no vayas a dejar el fuego prendido, escúchame, el fuego, lo apagas, quédate en cama, te digo, no te levantes que hace frío, tómate el té, no lo vuelques, no manches la sábana, no mojes la frazada, te dejo aquí el chaquetón, sobre la silla, ¿lo ves?, para cuando vayas al baño, te digo, ponte el chaquetón, no te vayas a resfriar. Dos pastillas, ¿me escuchaste?, sólo dos. Me detengo en el umbral de la puerta. Te veo tumefacto en la cama. ¿Qué veo? Un bulto acurrucado, el tuyo, desalojando el cuerpo que tenías para permitir el ingreso del que ahora se ha apropiado de ti. Veo el bulto que te contiene, el mismo que te apremia y constato de qué manera me he acostumbrado a su forma, ya está impreso en mi retina, me pertenece ese bulto, el tuyo, y me resulta difícil, prácticamente imposible retroceder, encontrarte de

pie, enhiesto, con los ojos demasiado encendidos o vivaces, esos ojos que te caracterizaban o tu figura ya perdida. Tenías un cuerpo que si bien nunca fue vigoroso portaba un halo de singularidad. Si cierro lo ojos podría verte, tu cuerpo, pero quizás se trate de un invento o de una figura falsa que nunca alcanzó a pertenecerte. Parado a contraluz, con la voz entorpecida por la angustia, con todo tu cuerpo joven aterido de dolor, me dijiste que había caído completa la dirección del partido. La mejor que tuvimos. Al atardecer. Estabas enmarcado en los efectos teatrales de la penumbra brillante que irradiaba la ventana. No, te dije, no. ¿Todos?, te pregunté. Sí, todos. O bien lees, sí, lees, con una concentración admirable que me cautiva, lees en medio de la dificultad que te ocasiona el tamaño insuficiente de las letras. Lees sin ver. ¿Cómo era tu cara? Intento rehacerla pero sólo puedo observar el bulto enredado entre las frazadas mal dispuestas y los pedazos de sábanas que salen por sus bordes, una cara en blanco, no, no. Podría reconstruir la cara que teníamos, porque teníamos una cara y también cuerpos, sí. Los dos, siempre. Íbamos quizás con una cuota exagerada de energía pasando calles, buscando nuestra célula temprana, buscándola porque nos habíamos convencido de que era lo único posible, aquello que nos podía contener en la historia, una historia, decíamos, activa, y decía-

mos: nunca encima de nosotros, jamás rigiéndonos con sus monstruosos presupuestos, estábamos esperando la llegada ineludible de la historia. Había cara y cuerpo, expresiones en la cara, y los huesos estaban allí, relegados a su mera existencia, sin jerarquía los huesos, prácticamente sin lugar, unos huesos elásticos, hasta flexibles, que te permitían unas increíbles inclinaciones hasta tocar el piso. Te gustaba doblarte como un contorsionista. No te gustaba, se trataba de un mero ejercicio o una prueba, un juego seguramente en el que obligatoriamente hube de seguirte. También, conseguía, inclinada, poner las manos, las palmas, digo, sobre el suelo. Quedarme en esa posición por unos momentos. Muchos. No sé qué nos inducía hacia esas formas infantiles. Ahora muevo la cabeza y me reprocho.

¿Cómo pudimos habernos entregado a esos actos sin sentido?

O cómo dejamos que el tiempo transcurriera jugando a los naipes, jugar a ganarnos el uno al otro, desde las estrategias que nos proponían las reglas del juego. Cómo reconocer, sin avergonzarnos, que nos gustaba jugar a las cartas, que lo hacíamos en esas horas muertas, sí, jugar una y otra vez, entregados compulsivamente a un fervor tan, pero tan banal. Tus manos ágiles blandiendo el abanico de naipes, mezclándolos, esperando con un ansia des-

proporcionada la suerte que nos iba a deparar el mazo, tu desventura cuando perdías.

Perdías y no podías disimular tu disgusto.

O quizás era mi orgullo desmesurado de ganadora el que terminaba por afligirte, la risa ante tu pérdida, los puntos se te volvían en contra y terminabas hosco. Veo claramente cómo en esos momentos que ya parecen inmemoriales te era imposible reconocer que estabas molesto, apesadumbrado por haber perdido, herido.

Estúpidos juegos de salón, inofensivos pero absolutamente retardatarios. Te lo dije. No podemos ni debemos. Así te dije, no podemos jugar, no debemos, ya no más. Acataste. En cambio, quizás como una forma de revancha, te rehusaste a bailar. Me gustaba, debo reconocerlo, esa especie de felicidad o de energía autónoma trenzada entre la música y el baile. Ese aspecto enteramente corporal que en cierto modo expresaba la puntuación de un cuerpo sin más rictus que sí mismo. Pero si lo hacía, si cedía a la música, si aceptaba el baile, tu mirada descontenta me impedía concentrarme, me hacía perder la necesaria armonía que debía conservar con mi compañero. Me volvía torpe, absurda. Conseguiste que no bailara. Ninguno de los dos. Pero hoy quiero preguntarte —lo haré en la noche— qué sentiste cuando bailaste con ella. Si lo hicieron alguna vez, si tuvieron la oportunidad de

abrazarse en medio de un baile, si se abrazaron bailando, si disfrutaste bailando con ella. Si bailaron. Tengo que hacerlo, es una pregunta pendiente que debo resolver y tú esta vez vas a contestarme, aunque seas un bulto en la cama, tendrás que decirme qué hicieron, cuál fue la calidad de la diversión, en qué punto se desencadenaron las risas, esa terrible complicidad que ocasiona la carcajada, porque te reías, te vi, sé, como la testigo más confiable, que lo hiciste, sólo que ahora no puedo conseguir vislumbrar el brillo de tus dientes, ni siquiera la expresión encantada, subyugada, que acompañaba a tu risa, menos recuerdo la cara de ella en ese instante, la misma que me permitió adivinar que yo estaba afuera y que tenía, era mi deber, que entenderlo, aceptar una decisión de la que no formaba parte. Te voy a hacer una serie de preguntas encadenadas y precisas, si bailaste, cuánto lo hicieron, dónde y te preguntaré cómo se cursó la decisión, cuáles fueron los argumentos y qué hiciste con tus culpas. No aceptaré tu negativa, no lo voy a permitir. Te miro desde el borde de la cama y dudo. No, no, no. Ni siquiera un perro se lo merece, pienso, para qué.

Sí. Después de mil años, ¿para qué?

No.

Conversaban y se reían. Sé que fui invadida por una profunda desazón, sé también que avancé de manera impulsiva, que me interpuse, era imperativo, interponerme: tenemos que irnos. Claramente estaba enfrentándome a ti, ya es hora. No, me contestaste, todavía no. Sí, insistí, en lo que en este preciso instante me parece una actitud absurda. No. Lo dijiste con un tono demasiado definitivo. Contundente. Me restaba sólo salir, irme, atravesando la pieza repleta de cuerpos, mientras me exponía a las miradas para después desaparecer, perderme de ellos, de ustedes. Se desencadenaba incontrolable una emoción progresiva. Sí, la emoción. Sentía con un énfasis impresionante. Estaba corroída de manera ascendente por una costra adversa, pero, a la vez, extraordinaria de sentimientos. Me asombraron mis sentimien-

tos: negativos, intensos y sufrientes. Tanto que yo no cabía allí, mi conciencia, hasta convertirme en algo parecido a un haz que me expulsaba de mí misma y paralelamente me retenía en una arista irreal a punto de ser sobrepasada, estrellada contra una soledad humillante y radical, empujada a la experiencia de un proceso demasiado interior e inclasificable donde el odio parecía material, incrustado en la imposibilidad de darle un curso, una salida, un orificio para desmantelar el odio, un resquicio viral para diseminarlo y desalojarlo, la enfermedad, el odio, digo, el mío que ni yo misma conocía, su fuerza en mí.

Odio puro.

¿Por qué pensé que bailaban?, no bailabas, no, no, conversaban de un modo extraordinariamente íntimo, así lo pienso ahora, sí, ambos cuerpos ocupaban las palabras como un simple subterfugio. Allí estabas, ajeno, cayéndote a pedazos, un hombre común. Frágil y común. Percibo tu palidez. Comiste, te digo, te comiste el arroz que te dejé. Sí, sí. Quisiera estar allí, que volviesen a transcurrir esas horas con toda su desmesura, sí, retornar exactamente al mismo punto, mi mirada, la noche, idéntico espacio, el desprecio y la humillación a los que me sometiste, quisiera ver, oler, padecer esa situación para extraviarme de mí. Fueron horas de una maravillosa plenitud, el desgarro, el mío. ¿Te duele la cabeza?, te pregunto. Lo infiero, lo supongo por

la manera en que te llevas las manos a las sienes. La jaqueca que ocasionalmente te invalida. Observo tu cara jaquecosa y sombría, los años de nuestros rostros. Lo hemos perdido, el rostro, el tiempo nos ha convertido en formas humanas radicalmente seriadas, multitudinarias, pero dotados de un rigor, esa serie opaca y disciplinada en la que se reconoce un militante, un verdadero militante, tal como nosotros que seguimos fielmente el trazado de nuestros principios. La gloriosa parquedad necesaria y resistente, la analítica que nos pertenece, los términos gastados pero necesarios, abarrotados de un deseo inexcusable: esperar que la historia se manifieste. Seguimos linealmente conviviendo con una época que no nos corresponde, cada vez más enjutos, severos, manteniendo un silencio elocuente ante todo aquello que esté fuera de nuestras convicciones. Sí, porque, más allá de los movimientos vacuos aunque previsibles que nos rigen, está la certeza, la nuestra, incrustada en el rincón militante donde se aloja lo perenne de nuestros cerebros.

Tus ideas reformistas fueron controladas y diseminadas. Entendiste. Entiendes, te dije, que no es posible que tú, precisamente tú, caigas en la trampa, qué trampa, de qué hablas, por qué me interrumpes, déjame pensar. La tetera ahora no hierve, no hierve, el estúpido gas. Querías, ese día, tu día más reformista pensar, ¿qué ibas a pensar? Estabas

al borde de abandonar la línea y entrar en el complicado territorio de las negociaciones. Ibas directo a la disolución, al abandono y al fracaso más abismal. Buscabas una salida tal como si te hubieses convertido en un topo. Déjame pensar, déjame pensar.

Me reí.

Algo afuera ya se había disgregado, pensé en la disgregación, en sus causas, en sus efectos, en toda la extensa monotonía que nos iba a circundar. De manera veloz se proyectó en mi cabeza una sucesión de fragmentos alterados a punto de explotar: la correlación de fuerzas, el tiempo de trabajo, el valor de uso, el valor de cambio. Intuí el desplazamiento fortuito y veloz de una red tecnológica deslizándose por un falso letrero digital: «La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados».

Un fragmento acucioso que se extendía proyectando una obra no sólo ultra tecnológica sino ciertamente de una contemporaneidad insospechada, una ópera desgarrada que mostraba su violencia. La misma violencia que ahora te ocasiona tu jaqueca, el recorrido arbitrario y persistente del malestar, el lancetazo ominoso. Quiero tocarte la cabeza, ayudarte con el dolor, pasearlo por tu cráneo

para desalojarlo, atravesar el cerebro, recorrer sus pliegues, sacarlo por el ojo, expulsarlo hacia las paredes de la pieza hasta disolverlo y aniquilarlo. Acuéstate. Cierra los ojos, te voy a dar un té. Por qué no te callas, tú, tú me provocas el dolor, tú. Titubeas iracundo con las palabras, pero entonces, cuando estabas por dimitir y emprender otro camino, el tuyo, permaneciste en silencio, concentrado, inmerso en el último cuerpo que entonces te pertenecía y que ya estaba en una franca retirada. Ensimismado de la cabeza a los pies, atrapado en la tensión, en la tuya. Estabas, lo sé, a punto de decidir. Qué te podía ofrecer, me miraste, pienso ahora, con la extrañeza de una agresiva e incierta resignación. Sabías, cómo no, que estábamos en una disyuntiva. La célula pendía de un hilo, si te hacías parte, si volvías para recoger los pedazos, te internarías en una decisión irrevocable, irías directo al centro de la célula a convencer, llegarías, después de la urgencia del llamado, a una reunión clandestina e impostergable a buscar un acuerdo, tu acuerdo, el tuyo en el que se resolvería una posición, sí, «posición», me habías dicho en las horas anteriores, cambiar la posición, hay que ingresar, dijiste, de otro modo, porque las condiciones productivas se han modificado y eso implica, dijiste, adquirir una nueva posición, ¿me entiendes?

Sí, te entendí.

Siempre cambian, te dije, las condiciones productivas, pero no la posición, no, sólo las condiciones productivas, enmascaradas, tortuosas, tramposas. Cómo vas a cambiar la posición. Si cambias la posición, te dije, entonces estaríamos de salida, huyendo hacia el territorio común, legible, al terreno nuevo de la ideología voraz, incendiaria y entonces cité, al pie de la letra: «La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América». Ah, me dijiste, ah, decepcionado o irresuelto o buscando un acuerdo conmigo. Querías, así lo entendí, encontrar en mí una aliada, querías que te acompañara a una nueva reunión de la célula, esperabas dudoso, ansioso, que me hiciera parte. Pero no.

La sala de reunión, la última sala, aquella en la que se iba a consolidar tu derrota, parecía inconfortable, pero, a la vez, perfectamente segura. Allí estábamos, ¿cuántos?, ocho o diez sentados en esas sillas diezmadas por el uso, clandestinos (los ocho continúan sentados en la esquina de la pieza, sus rostros o más bien los contornos de sus caras experimentan los efectos de un prolongado mutismo: la petrificación de sus bocas y unos dientes absolutamente maltratados). Puedo rememorar sólo la sala de los últimos meses porque teníamos que cambiar los espacios, evadir las direcciones, repensar los barrios, las cuadras, las esquinas, la composi-

ción de las casas, desplazarnos con una cautela racional. Lo hacíamos para evitar así el posible fichaje, el arrasamiento de nuestra célula, operábamos en esos días bajo el modelo de la colmena, la figura de la abeja. Las paredes, el techo estaban allí para recordarnos hasta qué punto el espacio era provisorio. Miré con atención el techo, recorrí las paredes, me detuve en las expresiones, me fijé en el manejo de los pies de los concurrentes, sus movimientos. Me volqué a escudriñar. La última reunión se había desencadenado. Las sillas diezmadas, los pies inquietos, los rostros que anhelaban la neutralidad, ya lo dije: las paredes, el techo, el café, la falta imperdonable de azúcar y su remanente de acidez, el termo, los vasos plásticos, los sorbos tibios. La espera. Tu aliado, yo misma, la pugna inminente, los matices de los argumentos, el cansancio hostil que ya había invadido letalmente a nuestra célula.

Me detuve en las piernas de los concurrentes. Sus movimientos nerviosos delataban la agitación, pero especialmente me devolví al horror de esa noche y al pecho colapsado por una respiración que se volvía acelerada y progresivamente imposible, tenemos que llevar al niño al hospital, mientras el estertor implacable ponía a mi reclamo, a mi urgencia, a mi desesperación en el centro de la nada, porque las palabras estaban allí para recubrir su muerte, para acompañarla y quizás precipitarla con palabras inútiles, pa-

labras mortajas, elementales, primitivas ante la impotencia de la asfixia que ocurría a centímetros de unas caras que desde ese momento se iban a vaciar, las nuestras, esas que cargaríamos y que nos acusarían por el acto incomprensible de sobrevivir.

Más adelante, cuando empezó la masificación de nuestros rostros, tomamos el acuerdo de no rememorar. Decidimos suspender todo juicio sobre el pasado. Quién lo decidió, cómo se formuló nuestro pacto, fue acaso implícito, me pregunto ahora. Nos sumergimos en la pieza, la nuestra, la misma de los últimos años, cuántos años, veinte, treinta, cuarenta, serán cien o más, qué importa. Puntuales en la pieza, manteniendo empecinados la validez de nuestras rutinas. Te alcanzo la taza de té, no me quejo del frío que hube de soportar en la cocina, pongo el azúcar, agito el líquido con la cuchara, te acerco la taza, te inclinas, bebes, lo haces con el dolor impreso en tu rostro, el ceño, las mejillas y especialmente la mandíbula ferozmente aplastada, la tuya, la vieja herida, resistiendo y, claro, los ojos, la mirada cansada o agotada o hastiada por el dolor de cabeza, la mirada sí, la tuya, decididamente alterada por la jaqueca. O no. Una mirada que pretende que yo no estoy allí, que no extiendo mi brazo para proporcionarte el té, que no he ido a la cocina y luego he regresado con mi paso furtivo, mis zapatillas de esponja, las observo, su forma, el

engranaje de esa precisa y desgastada y frágil y hasta pueril esponja en mis pies, pero debería decir, nuestras zapatillas, las únicas que tenemos. Mis pies, en cierto modo, desconocidos, unos pies capturados en recorridos rígidos, funcionales, cubiertos levemente por unas zapatillas espantosas, las miro, miro las zapatillas, sentada en el borde de la cama y mi pupila alcanza el perímetro de las tablas del piso, justo en el instante en que se produce en mis ojos un inevitable parpadeo, veloz, esa velocidad mecánica del cuerpo, la misma que me permite levantarme, tomar la taza ya vacía y sostenerla con una relativa firmeza, erguirme desde mis absurdas zapatillas y mirarte y volver a parpadear e intentar, intentar preguntarte por qué no lo llevamos, por qué, te digo, no lo llevamos y no termino, como siempre, la frase. Y tú sabes que no voy a completar la pregunta, pero entiendes que no la voy a olvidar y vamos a quedar suspendidos en ella, en una pregunta clave que no tiene respuesta y que sólo funciona como eso, como pregunta, no ociosa, no, nunca, sino más bien la forma inequívoca en la que me resguardo para recordar y recordarte a cuánto tenemos que someternos, hasta qué punto estamos comprometidos desde la raíz más insólita de nuestros huesos.

Los tuyos, los míos, pienso, mientras sigo mirando mis pies y su apretada e innumerable disposición ósea, quieres, te digo, leer el diario.

No puedo, me contestas, ahora no.

Seguimos con distancia e incluso, con una ostensible frialdad, el acontecer en que se organiza el siempre colapsado presente. Cada vez que leemos el periódico, nos ahorramos los comentarios, deliberadamente no manifestamos extrañeza ni menos estupor ante la desmesura de los titulares. Sólo intercambiamos fugaces sonrisas cuando algún exceso bordea lo patético. Sonreímos y posiblemente hasta movemos la cabeza para confirmar el grado que ha alcanzado el escándalo. Conocemos a la perfección la alienación grotesca de los titulares como también el ejercicio de síntesis que requiere una lectura profesionalizada, el sondeo agudo que precisa la noticia. Después de todo, fuimos analistas quizás por un tiempo demasiado prolongado. Aprendimos a manejar cada una de las variables, no sólo a sopesarlas sino a establecer sus intrincadas relaciones. Analistas. Nos desvelamos, permanecimos absortos, descifrando. Actuamos cumpliendo nuestra labor de militantes. Los errores que pudimos cometer al inicio de nuestras funciones conseguimos corregirlos gracias a nuestra pasión exhaustiva. Analistas de titulares, de párrafos, de secciones cruzadas, de sincronismos y diferencias, de matices, de suspensos, la insaciable repetición de una noticia, la burda manipulación. A la manera de un rompecabezas o de un mapa inarticulado, restable-

cíamos el territorio. No quieres leer el diario, no puedes por el dolor de cabeza, No, me has dicho, lo repites mientras mueves despectivamente tu mano. Te acuerdas, te pregunto, y siento que penetra en mí un hálito de vida que me recorre, pero tú interrumpes mis palabras.

No, no me acuerdo, me dices.

Me desplazo por el pasillo mientras me afirmo sucesivamente en los metales. Mi cuerpo no deja de sacudirse. Sólo cuando el bus se detiene por completo, desciendo y pongo con cautela mis pies en la acera. Nadie más que yo se ha bajado hoy en este paradero. Llevo en la mente el número de calles que debo atravesar, cinco. Sí, cinco, pienso, a la vez que imprimo un ritmo parejo a cada uno de mis pasos. Rápido. Hoy me acosa el viento helado de la mañana. Tendré que soportar este frío prematuro para llegar hasta la casa donde me esperan.

Justo en el número 509 me detengo y pulso el timbre. Me hace pasar la sirvienta. La saludo parcamente y camino directo hasta la pieza. En cuanto ingreso, cierro la puerta detrás de mí. Noto la calefacción benigna que protege el cuarto. Deslizo una parte de las cortinas cuidando de que no se escape

totalmente la luz. De inmediato me desvisto: el abrigo, el vestido, las medias, los zapatos. Siento que ella me observa desde su cama cuando, desde el interior de mi bolsa, saco con rapidez el delantal de plástico y me lo pongo. Luego doblo mi ropa y la deposito encima de la única silla que hay en la pieza, la silla ubicada exactamente al lado de su cama. Froto mis manos con energía y me inclino hacia ella:

Hoy tenemos que bañarnos, le digo.

Me observa pasivamente con sus ojos desmesurados y acuosos. Cuando le paso la mano por la cara, percibo su piel áspera y veo que su boca está demarcada por una línea de grumos blancos. Busco en el cajón del velador y con el pañuelo de papel untado de crema le limpio los grumos de la boca. Lo hago con un movimiento veloz aunque cuidadoso.

Levantémonos, le digo. Ahora vamos a levantarnos.

En el fondo de sus ojos se dibuja una profunda desazón.

Mueve la cabeza, negándose. Pero yo trepo encima de la cama, la presiono de los hombros y consigo sentarla. Sé cómo sentarla y también cómo bajar sus piernas. Para hacerlo, la sostengo desde la espalda, empujo sus caderas y, con un movimiento expedito, salgo de la cama y la levanto impulsándola con sus propios brazos. Lo hago suavemente porque sé cuánto le duelen sus articulaciones.

Cuando estamos de pie, se afirma en mi hombro con una fuerza que no deja de sorprenderme. Antes de dar el primer paso, cuido de que sus pies no se enreden con el borde de su camisa.

Caminemos despacio. Despacito, le digo.

Está enojada y leo en sus ojos una mezcla de terror y de desprecio. Desvío mi mirada, la oculto. Llegamos hasta la puerta del baño, la abro y de inmediato la acerco a la pared y pongo sus manos sobre los metales para que se sostenga. Permanece con la cabeza inclinada, esperando. Aguarda que yo le levante los brazos y le saque cautelosamente la camisa. Tiembla. Abro la ducha y con mis manos selecciono la temperatura. Me vuelvo hacia ella y le froto los brazos. En ese momento, me inclino y le saco el calzón y el pañal. Tomo el calzón mojado y lo dejo junto a la camisa. Envuelvo el pañal en un plástico y lo lanzo en el cesto para la basura.

El olor nos invade.

Pero ya la tengo cubierta por el agua y cuido de que su cabeza no quede expuesta al golpe del chorro. Desvío el curso del agua e impregno de jabón la esponja, la misma que yo personalmente compré, la mejor, y la deslizo con energía por su entrepierna. Aunque no miro su rostro, sé que permanece con los ojos cerrados. Siempre. Exprimo y exprimo la esponja, con la que he limpiado su entrepierna, hasta que me cercioro de cómo se escu-

rre, por el desagüe, en medio de un agua circular, el último resto de caca que aún permanecía en sus genitales. Vuelvo a pasarle la esponja, esta vez sin jabón, para dejarla pulcra.

El olor va perdiendo su consistencia. Sólo permanece el pesado halo a orines que ya ha invadido definitivamente la pieza y el baño. Como si se hubiese parapetado en las paredes, el olor a orina, constante, rebelde, inconfundible.

Ahora vamos a darnos vuelta, le digo. Nos damos vuelta, despacio, no nos vayamos a resbalar.

Eso le gusta. Que le pase la esponja por la espalda, que se la deslice gracias a la extraordinaria calidad del jabón que yo misma recomendé. Está escamosa su espalda. Me agacho y sigo atenta la forma de sus piernas. Siento cómo el agua de la ducha me moja el pelo. Olvidé traer el gorro de plástico. Lo supe en cuanto abrí la bolsa. No tengo el gorro, pensé, a sabiendas que la falla ya era irreparable. Cuando termino con sus piernas, me yergo y seco mi cabeza con una de las toallas blancas. Hay dos. Lo pedí expresamente. Dos toallas.

Démonos vuelta otra vez, le digo.

La sostengo por los hombros y la pongo de frente a mí. Nuestros ojos se encuentran y me preocupo de descargar mi mirada, de mirarla tal como si no existiéramos.

Cerremos los ojos, le digo.

Los cierra e inclina la cabeza. Ya tengo el shampoo en la palma de mi mano para dar inicio a un difícil trance. Mantengo su cabeza alejada del chorro y empiezo a lavarle el pelo.

No vaya a abrir los ojos, le digo. No los abra porque se nos pueden irritar. Cerremos los ojitos, le repito.

Con las yemas de mis dedos froto su cráneo hasta que su pelo se ablanda y desaparece bajo la copiosa espuma. Todavía tiene pelo, pienso, debe de haber tenido mucho, en exceso, pienso, mientras veo que el agua empieza a resbalar y le retiro la espuma que está a punto de bajar desde su frente. Le acomodo la cabeza bajo la ducha y le enjuago el pelo. Desde su cabeza inclinada, la espuma se desborda directamente sobre su pecho y en ese momento empiezo a pasarle la esponja y recorro el cúmulo de manchas oscuras e irregulares que surcan su estómago.

Con la esponja, muevo lo poco que queda de sus pechos y veo sus pezones rugosos y oscurecidos. Le froto los pezones. Con el borde de mi uña desprendo las adherencias negras que ya había percibido. Ella continúa con los ojos cerrados, apretados, al punto que una mueca le deforma la cara.

Abramos los ojitos, le digo.

Me inclino con la esponja sobre la parte delantera de sus piernas y nuevamente el agua moja totalmente mi cabeza. Termino en sus tobillos, me le-

vanto y tomo la toalla para secarme otra vez el pelo. Después cierro el grifo y la envuelvo con la toalla. Busco en el mueble el secador y, gracias al calor, su pelo vuelve a adquirir una forma. Luego me seco la cabeza.

La tomo de los hombros, la llevo envuelta en la toalla blanca y caminamos con lentitud hacia la pieza.

Sentémonos, le digo.

La siento en el borde de la cama y cuido de que esté cubierta por la toalla. Después voy hacia el armario y encuentro, en el cajón asignado, una camisa limpia. El algodón celeste está desteñido y las flores que la adornan ya no se distinguen prácticamente. Busco en la parte superior del armario un pañal. Allí están las enormes bolsas apretadas en un espacio que parece insuficiente. Saco un pañal y lo acomodo.

Le retiro la toalla y la tiendo de espaldas. Sus piernas cuelgan del borde de la cama. Con la manta que está encima de la colcha, la cubro hasta la cintura. Abro el cajón del velador, saco la crema y el aceite y lo pongo sobre la cubierta.

Abramos las piernecitas, le digo.

No quiere hacerlo y me obliga a separarlas, a separarle yo misma sus piernas. Unto de crema mi mano derecha y distribuyo verticalmente, a lo largo de su entrepierna, la crema reparadora. Veo a través de los escasos pelos que le quedan cómo se extiende y crece una vasta superficie de piel irritada.

Se ha estado rascando, le digo. No tenemos que rascarnos.

El estado crítico de su piel me indica que está al borde de desencadenarse una herida que me resulta peligrosa. La piel parece a punto de romperse y por eso me esmero en cubrir especialmente esa zona con una considerable y quizás excesiva cantidad de crema. Va a pasar de todas maneras, pienso, la herida. Le duele. Lo sé porque se queja tenue. Si levantara mi cabeza podría ver el rictus de dolor en su cara. Pero no lo hago porque noto que se está enfriando y todavía falta que le aplique el aceite. Dejo el pote de crema en la cubierta del velador y tomo el aceite.

Me encuclillo y procedo sobre sus pies. Le separo uno a uno los dedos de los pies y los cubro de aceite. Debería cortarle las uñas, pero lo postergo. No ahora, pienso. Entonces la acuesto sobre la cama, la pongo boca abajo y la cubro con la manta desde la cadera hasta los pies. Noto que la piel de su espalda está engranujada.

¿Tiene frío?, le pregunto.

Esparzo el aceite a través de su cuello y luego recorro milimétricamente su espalda. Está tan seca la piel que no me importa el gasto de aceite. Luego pongo la manta en su espalda y procedo a lubricar sus muslos. Noto la vulnerabilidad de la piel en su cadera. Muy pronto se van a desencadenar las escaras, pienso. Le doy vuelta y la cubro hasta la cin-

tura mientras el aceite ahora avanza sobre la pelvis y la parte superior de sus piernas.

Tomo el pañal y la levanto desde la cintura con una fuerza veloz y se lo acomodo. Me cercioro de que esté perfectamente adaptado apretando las junturas con mis manos, una y otra vez, para que no se despegue. Inmediatamente le pongo el calzón, después bajo la manta y me encargo de lubricar el pecho y estómago. Voy rápido con el aceite y sé que se aproxima el momento más difícil entre nosotras. La cara. El aceite en su cara.

No tengo alternativa.

Pongo el aceite en mi mano y mis dedos empiezan a explorar su rostro. Me esquiva abiertamente torciendo la cabeza. Como siempre, obstinada, terca. Ella.

No movamos la cabeza, le digo.

Su gesto me obliga a tomar su mandíbula con la mano izquierda para inmovilizarla mientras le cubro las mejillas con el aceite. Abre los ojos y me mira con un rencor penetrante.

Maricona, me dice.

Ahora vamos a ponernos la camisa. Siéntese, le digo.

La enderezo, le pongo la camisa. Abro el velador y saco el pequeño cepillo. La peino cuidando de desenredar suavemente las hebras, luego la acuesto, ajusto las sábanas, aliso el cubrecama y

acomodo las almohadas bajo su cabeza. Se ve saludable, en cierto modo renovada, ahora que sus mejillas están levemente coloreadas.

Se ve bien, le digo. Se ve muy bien, le insisto.

Guardo la crema, el aceite y el cepillo en el cajón del velador. Tomo mi ropa: mis zapatos, la cartera, la toalla y voy al baño. Me visto y con el secador recorro cada pliegue del delantal. Cuando el plástico está seco, lo doblo y lo pongo en mi cartera. Ordeno los cables del secador y dejo la camisa, el calzón y las dos toallas mojadas en el cesto de la ropa sucia. Me cercioro de que esté todo en su lugar. Reviso las llaves de agua, ajusto la tapa del cubo de la basura que contiene el pañal sucio, apago la luz y cierro la puerta.

Voy hasta la cama y una simple mirada me permite constatar una especie de serenidad y de orden. Esta vez no se ha movido ni ha lanzado al suelo las almohadas ni ha desordenado las sábanas. Abro las cortinas y atravieso la pieza.

Hasta luego, le digo.

Salgo hasta el pasillo y me invade el silencio que rodea la casa.

Ya terminé, exclamo con un grito moderado. Me detengo en el pasillo hasta que aparece la sirvienta con el sobre en la mano. Lo tomo y lo guardo en la cartera. Nos desplazamos juntas hasta la calle. Parada en la puerta, me dice:

Hace frío.
Sí, le digo, hace frío.
¿Viene el próximo martes?, me pregunta.
Sí. Claro que sí, le contesto.

Pensamos de manera obsesiva en los ojos, los míos, los tuyos, nuestros ojos. Recorremos el atlas humano, el más compacto, pero, en realidad, nuestra atención se centra en la disgregación de sus partes, la ampliación desmesurada y artificiosa de cada uno de los órganos y allí, por supuesto, ese enorme ojo con sus intrincadas relaciones. Es espantoso el ojo, monstruoso y ramificado. Cómo podemos soportarlo, cómo pudimos vivir con unos ojos que se iban a agotar hasta atacar progresivamente la decisión y la dirección de la mirada. Miro tu ojo. Te abro al máximo el ojo con mis dedos.

Déjame mirarte el ojo.

¿Para qué?, dices. Para verlo, para comprobar el ojo. Está bien, está bien, me contestas y permites que mis dedos se esmeren, lo abran, ridiculizando tu párpado, para relevar así tu horrible globo ocular al punto que parece fuera de sí mismo. Tengo

tu ojo abierto entre mis dedos. Un ojo vivo, móvil, seguro, pero fallece, lo sé, el ojo. Acerco más y más la pequeña lámpara, pero no le basta a mi propio ojo, esta notoria debilidad ocular. Si tuviera una linterna, un microscopio, la potencia de una luz más que halógena. El párpado se contrae, te digo, cada seis segundos. Cada seis segundos se produce un parpadeo. Trato de ingresar, intento entender el ojo que nos está derribando.

¿Cada seis segundos?, me dices.

Exactamente.

Te ríes a tu manera, contenida, racional, carente de realismo. Experimento un deseo increíble de decirte:

No te rías, o decirte: de qué te ríes, o decirte: por qué te ríes.

El ojo no ve nada, te digo, no, nunca, es el cerebro, te digo, se trata de una orden. Intento darle un sesgo especial a la palabra orden, enfatizarla y, como siempre me sucede, a mi pesar, repito la palabra y agrego: le entrega una orden al nervio óptico. Estoy segura de que es así y sin embargo me dejo invadir por la duda que me asalta ante la realidad del contubernio entre el cerebro y el nervio óptico. Exploro con la yema de uno de mis dedos, el de la mano izquierda, tu globo ocular.

Lo toco.

Es acuoso.

Un líquido frío y tenue, cristalino. Digo: cristalino. Mueves la cabeza, no puedes, quieres parpadear, deseas que retire mis dedos que sostienen un párpado absurdo y de esa manera recuperar tu ojo. Me gustaría decirte, a quién le importa tu ojo, a quién le importan los seis segundos que soportan tus párpados. En cambio, de manera robótica, me refiero al humor vítreo y al humor acuoso. En la parte posterior el vítreo y en la exterior el acuoso. Por eso tengo la posibilidad de pasar suavemente la yema de uno de mis dedos por tu globo ocular y tener la certeza de que ese roce no te va a dañar, porque lo que en realidad palpo es el humor acuoso que está ahí para proteger. Eso es lo que hago. Pero no sirve. No consigo entender la naturaleza de tu ojo ni el mío y sólo presumo la mirada. En su máxima plenitud o en su decadencia allí está la mirada, acuosa y vítrea, pero cerebral, una mirada cerebral, la tuya o la nuestra, una mirada de raíz nerviosa aunque dominada enteramente por un cerebro que nos acostumbramos a administrar. Una mirada, así lo decidimos, oportuna, externa. Una mirada atenta y consolidada en la historia. No podemos, me dijiste, caer en los sentimentalismos que nos depara el costado más previsible de nuestra época.

Sí, contesté, estoy de acuerdo.

Debemos, así lo dijiste, cuidarnos de los desviacionismos que nos acechan. Sí, te contesté, por to-

das partes nos acechan. Por ese motivo, te dije, tienes que recordar que: «Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas transformaciones históricas».

Mientras escribía esas palabras, pensé en que no podía equivocarme. Una sílaba mal escrita o una falla ortográfica empañarían el prestigio de la afirmación. Si lo hacía entraba en el territorio del desviacionismo, iba a intervenir perversamente un silogismo excepcional que estaba allí para convencer. Se trataba de entender y luego de copiar. Era una tarea estratégica. Había sido elegida para realizar la misión que la célula me había encomendado. La primera célula, aquella que establecimos y que aún no había experimentado la división, la primera de cada una de las sucesivas atomizaciones que los años iban a precipitar.

Una estudiosa copista, la encargada de seleccionar las enseñanzas imperiosas. Había sido escogida como delegada para encauzar sabiamente el malestar. Insististe: hay que despejar los sentimentalismos porque de otra manera nuestra célula se convertiría en un reducto demasiado volátil. Aprobé, sí, tu perspectiva. Ya no recuerdo cómo me eligieron delegada, cómo se produjo la votación, si yo misma me ofrecí o fui sencillamente empujada a cumplir esa tarea. Te acuerdas, te pregunto, cómo llegué a ser delegada. Con tus manos, quitas mis de-

dos de tu párpado. Cierras el ojo, los dos ojos. Los aprietas.

Sí, me dices, me acuerdo.

Entonces, te digo, ¿cómo? Ah, ah, me contestas, abiertamente molesto. Me levanto del borde de la cama en donde mantenía tu ojo bajo mi mirada y me acerco hasta la mesa. Me siento en la silla y estudio mentalmente el ojo. Lo extraigo de su contexto y repaso sus partes. Veloz. De esa manera pongo a prueba el cerebro que me queda y entiendo más el ojo. Sé que copié con exactitud las palabras, las sílabas y pude certificar mi propio cargo. Sé que después, cuando ya avanzaban los meses, me equivoqué vagamente. Estaba divagando, pensaba en cómo acceder a un nuevo escalafón. Quería participar desde un lugar menos opaco o sometido. Lo que buscaba era ocupar un espacio, aquel que yo misma diseñara.

Se trataba de un deseo legítimo. Ascender hacia la superficie de la célula. Eso me condujo a un error, la única casi imperceptible falla que cometí. Lo hice porque repasaba el organigrama para conseguir un nuevo cargo en el que pudiera sentir. Es que ya no sentía mientras copiaba una a una las palabras que yo misma había seleccionado. De pronto empezaban a perder su propósito o sencillamente se alejaron de mi mano. Obvié una palabra que trastocó la frase. Esa palabra rompió el orden del tiempo, el

verbo que regía el recorrido más intenso de la letra. Sólo ocurrió. Después era demasiado tarde. Mi copia imperfecta, descuidada, dio vueltas locamente cambiando el sentido del silogismo.

Me avergoncé. Doblemente.

Mi silencio se transformó en vergüenza y el hecho de que nadie reconociera mi error la acrecentó. Esa impunidad me permitió entender que ya era una experta y que no tenía competencia. Pero aun así, a pesar de la soberbia primitiva que me invadió, me resistía a continuar con mi deber de copista.

No renegaba del oficio que me fue encomendado ni menos del tiempo que dedicaba a escoger aquellas afirmaciones que podían iluminar. Precisamente había resultado elegida por lo que se reconocía como una aptitud. Hoy puedo pensar que eso era lo que compartíamos, ciertas aptitudes que nos permitían converger. Salvo ese día en el que seguramente me invadió el hastío y rompí bruscamente la normativa. La célula, la primera, esa en que nos habíamos otorgado funciones, nuestra célula, pequeña, pequeña, pero dedicada, perfectamente engranada en sus partes, una célula armónica regida por los años más juveniles que tuvimos y que nos daba confianza en nosotros mismos y en nuestra enorme capacidad de discreción, justo en los momentos en que podríamos haber sido más locuaces y habernos desprendido, pero no, no lo

hacíamos por amor a nuestra célula madre, pero yo, ese día, corroída por un malestar que era incapaz de localizar, pregunté con un tono altanero, que hoy reconozco como inaceptable, por la necesidad de ligarnos a las bases.

Sí, ese día, el día en que una sensación inexpresable me poseía, funcionabas de manera impecable como secretario y comprobé que todo estaba en orden, que cada quien lograba entregar una cuenta rigurosa de sus actividades. Ninguno de nosotros podría haber cuestionado la eficacia de tu dirección, pero no era tu dirección lo que me provocaba el recorrido de una sensación cercana a la angustia, era la suma estrecha de cuerpos que se repetían monótonos a lo largo de más de un año. Los mismos, semanales, puntillosos, serios, respondiendo. Yo era una de las que formaba la serie monótona, un componente que ya no sorprendía.

¿Diez?, ¿éramos diez?, te pregunto, desde la silla.

Sí, me respondes distraído. No confío en tu respuesta. Observo el ovillo en que te contienes a ti mismo y comprendo cómo te estropeas los huesos por la posición nefasta que te refugia en la cama. Tus piernas, tus hombros, la columna, el ceño apretado, los brazos retorcidos, los dedos. Cómo sobrevivirás, me pregunto, cómo vas a sobrevivir encogido en la cama. Qué será de tus huesos, me pregunto, cuál su destino si es que queda alguno, digo,

un rezago de destino. En qué nivel se van a desencadenar los dolores más agudos, constantes, atravesando el contorno de tu ovillo. Dónde exactamente se localizará el dolor, de qué manera se va a desplazar y cómo conseguirás mover tu rodilla o el codo, en qué espacio del cuerpo te quedará una zona libre que no te torture con su implacable lancetazo ya inscrito en la médula averiada de tus huesos. Cómo serán tus horas, me pregunto, mientras te fundes y te fundes al ovillo en que te conviertes frente a mis ojos, estos ojos acuosos, capturados por un nervio óptico que es manejado como un títere por el cerebro, el mío, sólo para observar tu figura en la cama, la nuestra, y presentir cuánto avanza el consistente daño óseo que te infliges y que te pertenece. Tus huesos, son tuyos, pienso, tuyos, pero no tengo ninguna convicción, proyectada como un ovillo duplicado al lado tuyo, sí, hechos un ovillo en la cama. Pero ahora te veo desde mi silla y también veo mi manera súbita de irrumpir.

Las bases, dije, dónde están las bases, cuál es el trabajo con las bases. Luego de un instante de silencio, un silencio dramático, producido, teatral, continué: es necesario (me vi obligada a corregir), se hace necesario para nosotros, para el buen rumbo de nuestra célula, comprometer a las bases porque: «Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante». Fue un golpe de efecto. Para conseguirlo, utilicé una de las últimas copias a las que me había volcado, quizás no la más exacta, pero era la que en ese momento se me vino entera a la cabeza. Junto con el tono de voz, me preocupé de mantener una expresión facial dotada de un grado moderado de neutralidad, controlé aquellos movimientos de mis pies que podrían delatarme, procuré mantener las manos en estado de calma. Me preocupé incluso de la dirección de la mirada, nadie en particular, nadie en el objetivo del ojo. Una mirada general, pero a la vez ciega. Una mirada sin mirada.

Quedó un hueco, se instaló la desazón. Los ocho miembros de la célula fueron recorridos por el espanto y la incredulidad ante una voz que disentía. Se produjo brevemente una crisis celular, la célula misma entraba en estado de tensión porque mis palabras, motivadas por razones contradictorias que ni yo misma comprendía a cabalidad, irrumpían cruelmente para envenenar y posiblemente deshacer nuestra materia.

Podría decir ahora que una razón orgánica me impulsó. Portaba en mi cuerpo un malestar biológico que me incitó a promover la primera crisis. No recuerdo mi dolor, no sé qué órgano, cuál punto del cuerpo. Más tarde, cuando la reunión había concluido, caí en un estado de estupor. Pero tú, el secretario, el más habilitado de nosotros, no expre-

saste ni un átomo de disgusto, contestaste serenamente y conseguiste, en cierto modo, restablecer el equilibrio. Años más tarde, cuando ya se habían derribado las incógnitas entre nosotros, entendí que había actuado como una parte tuya, que eras tú quien me había empujado de una manera misteriosa a generar el disturbio, ese que tanto necesitabas para validar tu precisión. No pretendí exculparme cuando lo comprendí porque yo necesitaba de esas actuaciones, las mías, las tuyas, esas actuaciones siempre perfectas que hubimos de repetir en cada una de las células que conformamos.

¿Cómo pudimos conseguirlo? Te observo. Te veo difusamente porque la luz o el poder de mis ojos, no lo sé, ya empieza a decaer. Quisiera llegar hasta la cama y tenderme y mirar hacia la calle. Pero no existe una ventana y la calle nos resulta un jeroglífico.

Siempre.

Entregados a la disciplina que requiere un militante cumplimos puntillosamente las órdenes. Caminábamos siguiendo nuestros propios pasos. Todo el tiempo teníamos que caminar detrás de nosotros mismos, observando nuestras espaldas. Así nos convertimos en nuestros custodios. Así te fuiste agotando, así te velaste, así te deshiciste, así desapareciste. Así te veo ahora mismo entregado a explorar tu propio interior. Lo tienes, me pregunto,

conservas un ápice de interioridad. ¿En qué estás pensando?, te pregunto, pero antes de que me respondas sé de antemano lo que vas a decir: en nada. En nada, me dices, y por esta vez te creo. Piensas en nada. Pensamos lo mismo. En nada. Siempre.

Ya han transcurrido, de cierta manera, cinco decenios (no, no, no, mil años). Cinco decenios que se han deslizado sin dar más que una cuenta ultra precaria del tiempo, del mío, nuestro tiempo. Entrampados en los últimos cinco decenios que nos hubieron de contener. Podría, lo sé, auscultar los decenios, de diez en diez, descomponer los años y sus énfasis, establecer un prolongado sitio a cada uno de los acontecimientos, llegar a consolidar una versión posible y, más aún, verídica. Pero nosotros, me digo, y no puedo continuar porque me doy cuenta de que me hago una pregunta inútil. Así es, ya que adentro, en la miseria de cada una de las décadas o en sus fugaces lujos e incluso en sus áreas más amorfas radicamos tan, pero tan escasos que resultamos inescrutables. En verdad hemos sorteado la realidad de cada uno de los decenios, sólo pudimos participar de su perímetro como ínfimos

roedores en perpetua fuga. Sin embargo, sin embargo, te dije enfatizando la repetición, así se construye la historia. Sentí, mientras lo decía, el peso de una grandilocuencia imperdonable y no pude sino evadirla, arrepentirme por usar una expresión tan cómoda o tan despojada. Hablaba sola, claro, sola en la pieza porque tú te hacías el dormido o el enfermo mientras respirabas en la cama evitando al máximo delatar que inhalabas, que exhalabas, para escamotear así la existencia de tu cuerpo en la cama, en la nuestra, de mi cuerpo en la cama. Quizás lo más sensato sería decir de una vez por todas: nuestro cuerpo, para asumir que estamos fundidos en una misma célula, en la célula que somos y que nos dispara ya hacia la crisis, una crisis celular o un deteriorado estado celular, sí, convertidos en una verdadera república de células que nos ratifica como orgánicos, demasiado orgánicos o congénitos, no me toques, no me toques con tu pie, te digo, mi tobillo, no lo hagas, mueve tu pie, sácalo de la cama. Sácate el pie si es preciso, córtatelo, muérete.

Se está muriendo, se está muriendo, pensé. Lo pensamos juntos, lo dijimos al unísono, se nos muere. Vi o vimos, ya no sé cómo ser justa, la fragilidad de la máquina humana o bien observamos lo humano como una deleznable organización, común, mecánica, una forma primitiva e incesante, generadora de la peor clase de explotación, una produc-

ción meramente orgánica que estaba allí sólo para servir a su propia especie, la especie humana. Sí, una maquinaria seriada, multitudinaria que existía para colonizarse a sí misma, a la especie humana, digo, lo dijimos, en un procedimiento ni siquiera complejo sino abusivo por lo que escondía. ¿Qué escondía?, lo que se elide, que el cuerpo, los innumerables organismos estaban para servir a otros organismos en una cadena de producción que portaba un componente alienante, imperdonable e injusto. La división de los cuerpos, el desgaste de los órganos, ¿quién lo dijo?, ¿quién? Pero la muerte llegaba hasta nosotros y fue entonces, lo pienso o lo pensamos, ya no lo sé, cuando se desencadenó un momento lúcido y estremecedor que nos permitió comprender que éramos unas maquinarias. Allí se produjo lo que se podría entender como una epifanía o un instante comprensivo, encima de la cama, mientras pensábamos en cómo hacer, cómo llevarlo al hospital, cómo ingresarlo al hospital y obtener para el niño, el mío, mi niño, una cama técnica, decente y eficaz y conseguir oxígeno y medicamentos y suero y un médico, un equipo médico que, al menos, intentara. Eso pensé o lo pensamos, cómo salvarlo, cómo evitar que se muriera encima de la cama, de la nuestra, de la única que teníamos, la que aún conservamos, esta cama que consumó la muerte y que nos condena a una espera que se re-

afirma como espera y que sólo parece capaz de acumular decenios (milenios) de desgaste y de ruina, de células muertas, de decadencia en almohadas o en las sábanas absolutamente descoloridas, más aún que la frazada rala que pierde progresivamente su fuente de calor, su forma, su peso, su límite geométrico, un rectángulo tenue que alguna vez fue luminoso y exacto. Observé la máquina de muerte exterminando a la máquina celular. De allí en adelante nos convertimos en meras células, sólo eso.

Corre el pie, te digo, y lo haces.

Libero así un pequeño espacio para mi pierna, lucho contigo para establecer la competencia en torno al ínfimo territorio que poseemos, el litigio por el sitio en el que se disponen los pies, los nuestros, empecinados en no mezclarse. Por eso te digo: corre el pie, para separar el mío del tuyo. Aún pretendo que el pie es mío y que tus huesos te pertenecen, que no es tuya mi cadera ni mi dolor en los riñones. Corre el pie, insisto, a pesar de saber que lo moviste, lo hago para salvar mi pierna de una terrible e implacable confusión. Quiero pensar que tu pie te pertenece, que es tuyo, por la repugnancia que me provoca su roce, el roce con tu pie cubierto por el calcetín, porque nunca la piel entre nosotros, nunca, pero aun así tengo que entender que este pie cubierto por un calcetín que no se puede tolerar, no es mío, aterrada ante la posibili-

dad de compartir la misma pierna, el riesgo, la incertidumbre que me obligó a preguntarte si la pierna era mía o era tuya, porque me molestaba, me molestaba, es tuya, me dijiste, la pierna. ¿Mía?, dije, ¿mía?, traspasada por el estupor y enlacé mis dedos a mis dedos para cerciorarme, pero ni siquiera entonces estuve segura por esa vaga, incesante repugnancia, por ese escozor líquido y ácido que me recorría, me recorre ahora mismo, y mientras mueves tu pie siento que el mío huye de mi cuerpo para salir disparado a tu lado, el que ocupas en la cama.

Debería pensar en nuestro pie y sería más posible la cama, más amena y pondría fin a un disturbio que ya resulta insostenible. Nuestro pie. Pero resurge el asco, una sensación física imposible de evadir, el asco a tu pie que abarca tu cadera y la cara que posees y que me resulta inmanejable. Me doy vuelta disciplinadamente hacia la pared y espero.

Somos, así lo pactamos, una célula.

Lo hicimos después de que se hubo de consumar la muerte, no te muevas, ni la cabeza ni menos los brazos, no ahora, porque era una muerte que nos competía y nos desgarraba. No lo llevamos al hospital, no parecía posible. Mis súplicas, lo sé, eran una mera retórica, una forma de disculpa o de evasión. No podíamos acudir con su cuerpo mermado y agónico, acezante y agónico, macilento y agónico, amado y agónico, al hospital, porque si lo

hacíamos, si trasladábamos su agonía, si la desplazábamos de la cama, poníamos en riesgo la totalidad de las células porque caería nuestra célula y una estela destructiva iría exterminando el amenazado, disminuido campo militante. Aunque conocíamos las instrucciones, no sabíamos qué hacer con su muerte, dónde llevaríamos su muerte, cómo la legalizaríamos, ni sabíamos tampoco cómo salir de la inexistencia civil para ingresar con su cuerpo muerto a una sepultura en un cortejo funerario que nos podría delatar.

No existe misterio alguno entre la noche y el cuerpo, entre el cansancio y la noche, entre el sueño incontrolable y la noche. Sé que dormiré de todos modos, sé que atravesaremos el insomnio y, en el despoblado inmanejable de nuestros cuerpos dormidos, podremos dar curso a los miembros que tenemos, entiendo que nos rozaremos de una manera inoportuna, comprendo y, más aún, avizoro tu pie aplastando el mío o tu brazo encima de mi cadera o el contacto de nuestros hombros o nuestras cabezas demasiado cercanas respirando en una sincronía monótona. Sí, respiramos uno al lado del otro o uno detrás del otro o cada uno de espaldas al otro. Respiramos. Lo hacemos. Prácticamente no respira, no respira y recuerdo cómo llorábamos juntos, las lágrimas caían sin pudor o sin control y especialmente sin un átomo de vergüenza, llorába-

mos mientras yo repetía, tenemos que llevarlo al hospital y tú, mientras llorabas, movías la cabeza, negando e intentabas, buscabas, con tu mano, con la que tenías en ese tiempo, cuando todavía tu mano era real y te pertenecía, tocar su cara, pasar tu mano por su cara con una suavidad, una entereza y una congoja que no te conocía. Tocabas su cara, la repasabas, la querías retener en las líneas de tu mano, pero tus lágrimas aseguraban que no, que no era posible, que finalmente ibas a perder tu mano cuando se acabara su cara, la memoria de tu propia mano. Una cara que estaba de salida y que ahora lucho por reconstituir. Te acuerdas, te digo, cómo era su cara, lo digo con mi propio rostro de frente a la pared y siento que te mueves, que batallas, que no quieres. Y porque no quieres es que entierras tu codo en mis costillas a sabiendas de que no resisto tu codo en mis costillas ni, menos, que intentes conciliar, mediante tu mano en mi cabeza, el espanto. Eso fue lo que intentaste, poner tu mano en mi cabeza la primera vez que te pregunté si aún retenías su cara y experimenté el estallido feroz de una arcada, la bilis que me estaba corroyendo, una arcada que llegaba incontrarrestable y sonora y agresiva, una respuesta biliar que se abría paso desde el reclamo de un hígado demasiado mortificado que se estaba manifestando para decir no, no a una mano en la cabeza, en la mía, tu mano. Dije no, no, no,

por favor, mientras la bilis caía encima de la cama dejando la frazada arrasada, más aún, y entonces saliste esa noche a la calle, esa única noche que te atreviste a salir a la calle, con tus pasos posiblemente apesadumbrados recorriendo una vereda inhóspita, el cemento peligroso de la intemperie en la que te refugiaste o buscaste, te expusiste para huir de la arcada, de la bilis, de la nube abrumadora de una cara que ya estábamos olvidando.

Los dos.

Pero lo que nunca podríamos olvidar era su inmanencia y por eso la bilis y el fracaso de tu salida y la vuelta plagada de rencor y de silencio.

Percibo cómo ahora te levantas de la cama, te pones mis zapatillas y sales de la pieza. Pero no vas al baño, no lo haces, y mi asombro crece cuando entiendo que te encaminas a la cocina, que luego de manipular el interruptor, después de que consigues la luz austera o mezquina de la ampolleta de 25 vatios, enciendes el fuego, tomas la tetera de aluminio y la pones sobre la llama, y mientras esperas el hervor, entumido, te aprietas las sienes con los dedos. Sé que aunque estás de pie mantienes tus hombros asombrosamente encogidos y cuando te balanceas, piensas en el sarro que contiene el fondo de la tetera, la cantidad alarmante de sarro acumulada, pero abandonas esa imagen contaminante, desechas el atisbo de preocupación y vuelves a tu

consolidada indiferencia. Retornas con la taza de té a la pieza y la acomodas en el lugar más seguro del velador. Lo haces en plena oscuridad, guiado por la sabiduría que le otorga el tiempo al conocimiento de los espacios. Estás de lado en la cama apoyado en uno de tus codos y sorbes. No sorbas, te digo, no lo hagas, por qué te levantaste, por qué te dio por tomar té a esta hora y moverte y despertarme y obligarme a tus sonidos, qué te pasa, qué te crees, como si fueras el único, sí, el único en la pieza, cállate, cómo que cállate si eres tú quien me despertó y entre las palabras aparece la imagen del té.

Apacible, con la calma que pueden irradiar ciertos paisajes o el diseño cuidadoso de una habitación destinada al descanso, pienso en el té y en tu prematura filiación a su líquido. Era una costumbre que te pertenecía, un detalle curioso, una anécdota que te caracterizaba. Sí. Junto a tu nombre se alzaba a modo de una pequeña leyenda tu afición por el té. Ni el vino, ni la cerveza, ni siquiera el pisco. Pero el té no consiguió disminuirte o ridiculizarte, sencillamente se inscribió como un hábito si no respetable, posible, una costumbre que todos aceptaban y que no obstaculizaba. Me detuve, lo recuerdo, en el té.

Ese momento inesperado, cuando en la reunión, aquella en la que te designaron secretario, mediante una votación demasiado ingenua pero que nos

pareció solemne, conseguiste un lugar, un espacio, un reconocimiento que te llegaba días antes o después de haber cumplido dieciséis años. Militábamos juntos en la célula, la primera, esa extraordinariamente estudiantil a la que nos habíamos filiado. Después de que hubimos de cursar algunas caóticas reuniones, pidieron o pedimos dotarnos de una mejor forma de organización, de una, así lo dijeron, orgánica. Te convertiste en el primer secretario de esa célula. Cuando se establecieron los resultados, no pude evitar un impulso provocador y te dije: burócrata. Sonreíste, pero sin embargo después de que nos despedimos no supe de ti sino hasta la semana siguiente, la semana en que ya actuabas como secretario y te abocabas a las actas e intervenías con propuestas activas para vitalizar nuestra célula.

Recuerdo la taza de té y tu mirada buscándome en la reunión. Allí, en público, entre el puñado de adolescentes que nos congregábamos, me recriminaste por el olvido de uno de los documentos. Me disculpé con serenidad e incluso con aplomo, reconocí mi impericia con el documento y prometí reparar. Así se gestó el hilo en el que nos íbamos a tejer, tu secretariado puntilloso y preeminente, un lugar inestable que yo debía defender. Se extendió así el hilo de un tejido que hoy nos ha fundido en una misma hebra que ya parece imposible de desenredar. Mía, te digo, la pierna, es mía, la rodilla, su

hueso y el tobillo que concluye en el inicio del pie, la sensación de tener una pierna cada vez que se produce un movimiento, la certeza de yacer con la pierna en la cama.

No, me dices, es la mía y me dices con un tono que bordea la súplica, deja mi cuerpo tranquilo, estoy tan cansado, dame paz, al menos déjame esta pierna mía que todavía me pertenece.

Estás acurrucado como acostumbras, ocupando el pedazo de cama que mi cuerpo persigue. Pero no puedes, no puedo, me dices, te escucho, te creo, te entiendo. Te dejo la cama para ti solo, te la entrego. Hoy estás tan, pero tan acurrucado. No sé cómo te las arreglas para quedarte así de inmóvil, perfectamente inmóvil, déjame tranquilo. Y los ojos no los cierras del todo y la luz te entra por un ojo. Me alivia la luz en tu ojo, me proporciona una consistente seguridad que te deje el ojo y la luz y la pequeña abertura, chica, chica, entre tu pestaña que apenas se mueve, sí, aunque oscila levemente mientras la luz la pone de manifiesto, digo, el hilo ralo de tu pestaña y un poquito de ojo. Nos vamos a morir, dices o quizás dices: estamos muertos o nos mataron, dices. Ya no sé qué creerte y te miro como si no hubiese visto nunca antes un ojo, un pedazo sutilmente entreabierto, absurdo, un ojo acurruca-

do en la cama que tanto deseo, con furia la deseo la cama, ahora mismo. Pero tú la mereces más que yo, sí, mereces poner tu ojo en la cama y quedarte entregado al movimiento imperceptible de tu pestaña en este día siglo que sólo parece estar dispuesto a repartir una cuota parcial de luz.

Te mueves, te dejo, me alejo de la cama. Huyo del resto de cuerpo que te queda. Déjame dormir. No puedes dormir, dices, pero duermes y duermes como si el mundo ya se hubiera acabado y no guardaras con él ningún compromiso. Te entiendo, te entiendo. Existe algo pegajoso aunque no irritante que sale de mí igual que la saliva que con una lentitud parsimoniosa se escurre desde tu labio hasta la sábana. Un hilito. La sábana no es. Hace demasiado tiempo que no es. Ya no te quejas. Nunca. No necesito ver cómo tu hilo de saliva baja por un trazo específico que le propicia la mejilla, digo labio y mejilla. El labio presagia su interior mojado, irrigado, pero cauto y digno, sí. Y en un instante decisivo la mejilla parece una sola línea a la que se une la pestaña y el ojo entreabierto de saliva que la luz incomoda.

O no incomoda. Comprendo cuánto se necesitan el ojo y la luz, la oscuridad y la luz. La luz cansa. Te cansa también retener la saliva y la dejas caer, rodar, como si no te hiciera falta y quisieras mantenerte líquido, acuoso, generoso con la sábana impenitente. Ya no te quejas. Nunca. Ni de la sábana ni de la cama. Sólo quieres estar entre ellas por un espacio de tiempo que no eres capaz de determinar. Te acuestas vestido. Debajo de la manta adivino el pantalón. Siempre el mismo. No te quejas. Nunca. Nunca del piquete del pantalón que roza ásperamente tu tobillo hasta provocarte una sutil, tangencial erupción. Porque aunque te mueves de manera cuidadosa y lenta, el pantalón y su piquete se localizan justo en un sector vulnerable del tobillo. Todo parece repetirse. Ambiguo. Tu camisa. Te pido, lo sabes, que la limpies en los puños y en el cuello, porque se nota, se nota. Con uno de los bordes de la camisa te tocas la boca cada vez que intentas levantarte de la cama. Siempre lo mismo: sacas tu mano, la levantas y te llevas una punta de la camisa lentamente a la boca, la pasas dos veces sobre la comisura y luego te secas, con el mismo puño, siempre el derecho, el pedazo de mejilla húmeda. Y sólo entonces te acomodas sobre el codo. Afirmas todo el peso del cuerpo en el codo, retiras la manta y bajas las piernas hasta que te sientas en el borde de la cama. Te agachas, te doblas el borde del pantalón para observar tu pierna y palpas el tobillo apenas enrojecido. Después me miras. Acuéstate, te digo. Asientes, mueves con mansedumbre la cabeza y podría asegurar que sonríes. No, eso no lo puedo asegurar, más bien me parece

que sonríes. Estiras uno de los brazos y dejas caer el peso de tu cuerpo sobre él. Y vas soltando el brazo y entonces vuelves a acurrucarte, a acurrucarte en esa posición que tan bien pareces conocer, la que tanto te alivia. De costado, con un ojo oculto y el otro dispuesto a mirarme mientras te vuelves a tapar con la manta. Pero antes de dejar tu mirada en un punto muerto, me ves a mí, sólo a mí para que yo entienda el valor que se encarna en esa especie de sonrisa. Sé que accedo sólo a la mitad de tu sonrisa por la posición en que te tiendes en la cama.

Nunca te acuestas de espaldas.

Nunca. Sí, en realidad te acuestas de espaldas. Lo haces sólo después de un rato, sólo algunas veces. Entonces, por eso, aunque te diviso la mitad de la boca, la mitad de tu sonrisa, te respondo. Quédate acostado, te repito. Y de inmediato veo cómo, con una expresa dificultad, te extiendes y ocupas más, más lugar, un espacio inaudito, hasta que prácticamente toda la cama desaparece bajo tu cuerpo. Pareces, no sé, un perro. Dócil, desgastado, austero, tiñoso. Pareces un perro. Me acerco. Te toco la frente, pongo la palma de mi mano en tu frente y mueves la cabeza. Te molesta mi mano, lo percibo. No sé por qué lo hice, por qué te puse la palma en la frente, déjame tranquilo.

¿Por qué tuve que poner mi mano en tu frente?

Justo en el momento menos afortunado, cuando te habías entregado a uno de tus agudos letargos contigo mismo, en el momento en que habías conseguido estirar tus piernas y voltear la cara hacia el techo de la pieza. No te gusta mirar el techo. Intentas esquivarlo. Prefieres la pared. Lo sé. La pared, creo, marca un límite. A mí también me gusta mucho, mucho más la pared que el techo, me encanta la pared y sus múltiples irregularidades. Verlas una a una, descubrirlas una a una, sorprenderse con ellas, pasar un dedo por la pintura descascarada, descascararla más aún. No importa. Te lo hube de decir, te lo dije de espaldas a ti mientras la yema de uno de mis dedos se deslizaba por la pared. Te sentía detrás, presionando para conseguir más espacio en la cama. Entonces murmuré: pareces un perro.

Me enfermó, me gustó, me costó decirlo.

En medio de un silencio decisivo, me quedé, permanecí mirando a la pared, jugando con el dedo en la pintura y las rodillas dobladas para que tú pudieras poner las tuyas justo detrás de mis piernas y encajáramos como dos figuras de palo articuladas o como dos bisagras condenadas a pactar una miserable superficie. Las palabras se diluyeron y se fundieron a la cama, se enredaron en la manta hasta desaparecer camufladas en los bordes. Esos bordes ya abiertamente deshilachados. Pero no te

quejas. Nunca. Ni me dices que te molesta el ruido de mi dedo en la pared. El ruido de la uña escarbando la pintura para probar su frágil resistencia.

Retiro veloz mi mano de tu frente y comprendo que no debo mirarte, que tengo que estar como si no estuviera porque necesitas un respiro: que la pieza, la pared, la cama se inunden con tu respiración, con las emanaciones de tu cuerpo, sin mí. Lo comprendo, entiendo tu necesidad de amplificarte en la pieza, es humano, sí, que busques cerrar o abrir los ojos, mover o no mover un pie, soltar la mano a menudo empuñada o que te rasques sin que tu codo se entierre en mis costillas y te detengas molesto, abiertamente intimidado por el roce de nuestros huesos.

No me molestes, murmuras de manera casi ininteligible. Sé que te molesto sólo por estar. No necesito poner mi mano en tu frente para que tus cejas se junten expresando la impaciencia que atraviesa tu ceño. Pero sé, con idéntico convencimiento, qué sientes y cómo sientes cuando salgo y te posesionas de la pieza. Conozco tu alivio. Respiras profundamente disfrutando el ritual de tu propio estudiado aliento. Sé que te sientas en el borde de la cama, estiras tu columna vertebral y con las dos manos te tomas la parte posterior de tu cintura para poner en orden tus riñones, te duelen. Sé que encajas lentamente tus pies en mis zapatillas y, todavía sentado en la cama, observas cuánto le sobran tus pies a mis zapatillas y sólo entonces, después de una prolongada mirada atenta, te levantas. Sé que caminas con pasos cortos y cansados por la pieza con el único imperativo propósito de desentumecer tus piernas. Sé que te detienes, las sobas y te aprietas las pantorrillas. Después, te acercas a la bolsa, la abres, te sientas en la cama y te comes el pan. Eso es lo que más te gusta, el pan, y lo engulles con una prisa anárquica que podría, incluso, conmover. Tienes hambre. Y sales al pasillo a buscar el baño, caminas, en cierto modo, titubeante, con los talones fuera de las zapatillas. Llevas en la mano un pedazo de diario y lo recorres de manera superficial y después te limpias el culo con el papel. Te da un cierto asco tolerable la caca, su olor, el tuyo. Siempre. Te afecta el papel, todo te irrita la piel. Y vuelves a la pieza e intentas, intentas, mientras se desencadena en ti un momento extremo y pernicioso, caminar por encima de las tablas, pero no sólo te agotas sino que te duelen los talones y los muslos, pero especialmente te enloquecen los crujidos que provienen de la severa irregularidad del piso, lo sé. Y entonces, trepas y te sumerges en la cama, aislado, esperando que yo regrese. Te quedas, me esperas tendido en la cama. Cuentas de un modo incomprensible el tiempo que falta para mi llegada. Piensas en blanco, en blanco, en blanco hasta que

escuchas mis pasos. Los reconoces, sé que los adviertes a una distancia considerable, que mides cómo avanzo y avanzo hasta la pieza mucho antes de que abra la puerta. Sí, mis pisadas.

Ya estás echado, te digo en cuanto entro a la pieza.

Ya estás echado. Pestañeas inmutable. No contestas. Camino hacia la pared y toco la bolsa colgada del clavo. Con mi mano en la tela, digo, te comiste el pan, te comiste todos los panes. No te miro mientras saco la bolsa del clavo y pongo en su interior uno a uno los panes que acabo de comprar y, después, sin contemplaciones, me abalanzo sobre la cama y limpio las migas que han quedado encima. Levanto la manta con movimientos enérgicos e inevitablemente te sacudo entero. Tú no reclamas. Más bien cierras los ojos para evitar la visión de mis manos y de mis dientes colmillos que castañetean de rabia porque te comiste todo el pan que había en la bolsa. Precavido en la distancia que te permite el solo acto de cerrar los ojos, pretendes ahuyentar el odio alojado en mis colmillos por la cantidad de migas desperdigadas encima de la cama.

Entonces salgo al pasillo y camino hasta la cocina. Llevo la tetera en la mano, abro el grifo y la lleno de agua. Enciendo el fuego azul, sí. Me detengo brevemente en ese azul contradictorio hasta que me repongo de su efecto y lo cubro con la tetera. Mientras espero, dejo que mi peso caiga enteramente sobre una de mis piernas, después lo dejo caer sobre la otra. El agua hierve a tiempo. Vuelvo a la pieza y en la bandeja de siempre, la única, pongo las dos tazas con las bolsas de té y el resto de azúcar.

Siéntate.

Te sientas y te alcanzo la taza, le agrego una cucharadita de azúcar. Revuelves el té con el azúcar. Sentada en la orilla de la cama, dejo en el suelo la bandeja y sostengo mi taza. Advierto cuánto te molesta el ruido de mi cuchara. Te perturba cuando yo lo hago. Te mueves hacia la pared para dejarme más espacio, pero en realidad lo haces para huir del sonido del metal. Intento no sorber, pero es inevitable que algún ruido se escape. Tú también sorbes. ¿Y?, te digo, ¿y? En vez de contestar me devuelves la taza mostrando una señal indesmentible de disgusto. Y te quedas sentado con la cabeza apoyada en el muro. Observo el contorno que adquiere tu cabeza y recorro acuciosamente tu cara. Algunas veces me sucede: mirarte como si no te hubiese visto nunca. Y me resulta sorprendente porque tu cara pierde la monotonía y resurge ante mí con una fuerza imprevista. Un rostro que carece de antecedentes. Te miro y sé que notas mi asombro.

Me aterroriza que exista en ti una cara que te pertenezca. Me asusta tu nariz, la boca y la hendi-

dura imperturbable que conserva tu mandíbula. Me impresiona ese rostro, el tuyo, contra la pared. Noto que es tu mandíbula, tu nariz y el contorno inalienable de tu cabeza recortada contra el muro. Se abre paso en mi mente una sensación de burla o de estafa que me agota aún más. Sabes cómo llego de cansada. Siempre. Intento alejar la impaciencia que me invade porque le temo, sí, a mis propias reacciones. A la ferocidad con la que podría intentar destruir la autonomía de tu cabeza.

Me levanto del borde de la cama y voy hasta la pequeña mesa y me siento en la silla, de espaldas a la cama, a ti. Noto cuánto me impacientan las manchas sobre la madera. Hoy, sí, las manchas, las migas, tu cara, el pan, alteran más aún mi inestable ánimo. Saco de mi cartera el cuaderno, el lápiz, los lentes. Me inclino sobre la hoja, la aliso con los movimientos precisos de mis dedos antes de emprender la costumbre de los números. Sumo, anoto, distribuyo ordenadamente en el papel los gastos. Escucho atrás, desde la cama, tu voz, tus primeras palabras de la tarde, prende la luz. Te obedezco. Me levanto y prendo la luz. No me había percatado de cuánto se había oscurecido la pieza ni del efecto de la penumbra en mi mano, en el cuaderno y en mi letra casi desvanecida en la hoja contaminada. Sí, contaminada por un idéntico desvanecimiento en las columnas de apretados números oscilantes. Examino los números bajo la luz de la ampolleta. Entonces, después de una última revisión, cierro el cuaderno.

Apaga la luz y ven a acostarte. Ya es tarde, susurras.

Resulta imperativo controlar el tiempo y el espacio. El nuestro, nuestro tiempo y nuestro espacio. Llevar una pormenorizada cuenta de cada movimiento. Prácticamente no te mueves. Ya no. Pero aun así, aunque decidiste entregarte a la cama, someterte a las sábanas, doblarte, enterrar la cabeza en el colchón de espuma, mantener hasta el paroxismo el mismo pantalón, aplacar la circulación de la sangre, reducir los latidos de tu corazón, pensar sin ningún correlato, te cuidas. Cuidas tu tiempo y tu espacio, me cuidas y, aún más, me vigilas. Mantienes el control de mi permanencia en la pieza. Esperas confiado, aunque traspasado por una angustia leve, siempre, que entre a la cama y así puedas medir las pausas de mi respiración o constatar el exacto momento en que ingreso al sueño. Para qué vigilarme o vigilarte o vigilarnos. Sencillamente permanecemos en nuestro espacio de la manera más

rutinaria posible evitando desencajarnos. Convivimos y afinamos más aún nuestra convivencia, aunque seamos una célula consolidada y demasiado agotada, una célula muerta. Pero, sin riesgo o con riesgo, eso no lo podemos augurar, persistimos.

Existe un peligro, lo sé.

Antes proliferábamos de diez en diez, siempre idénticos. Diez. El número formaba parte de una orgánica, de un procedimiento celular. Diez. Ni uno más ni uno menos. Las veo. Veo cada una de nuestras células, cautas, ordenadas, completas. Vislumbro la célula más brillante y ejecutiva que tuvimos, esa en que se consolidaba nuestra preciada autonomía. Pertenecíamos y no pertenecíamos. Éramos una célula deambulando entre otras, lo sabíamos, otras células igualmente autónomas y amenazadas. Conocíamos el riesgo celular, podría decir que éramos unos expertos, sabíamos cómo funcionaban, cómo se comportaban. Decaían, en cierto modo se podría decir que se enfermaban. Se enfermó nuestra célula por el exceso de soberbia y de autonomía. Tú actuabas en tu rol de matriz o de madre, como se quiera definir.

Nuestra orgánica. Los diez cuerpos batallábamos frente a las dificultades, sabíamos que estábamos rodeados por otras células, perseguidos, involucrados en nuestras chapas. La mía, la tuya. Mi chapa. No puedo cagar, me dices, ¿no puedes? Ha-

ce tres días, tres ya. ¿Tres días? Un laxante, te voy a comprar un laxante. No sé, me dices, ¿un laxante? Exacto, te puedes enfermar. Sé que estás al borde de enfermarte por nuestra rutina y si te enfermas ¿qué? Tendríamos, claro, que ir al hospital, esperar en las banquetas, presentar nuestras identidades adulteradas, aguardar el llamado, caminar lentamente hacia la sala de urgencias, saludar o no saludar al médico, entregarnos a los caprichos del personal, a su trato descuidado, responder por ti, describir tus síntomas, ingresar a la zona de exámenes, ver desde el monitor el estado tecnológico de tus órganos.

Callar, observar, conceder.

Escuchar con distancia el diagnóstico, esperar que te internen, mientras te adjudican una cama, ansiar tu muerte en el hospital. Que te mueras. Sí, muérete de una vez. Pero no. Tus intestinos te juegan una mala pasada. Siempre. Estítico. Odias la caca, el olor, la textura, su miseria. Te aguantas y te aguantas al punto de aproximarte al umbral de la paralización y después de unos días, en una hora indeterminada, te encierras en el baño para volver a la pieza agotado o agobiado o maltrecho por el esfuerzo intestinal y entonces duermes. Es parte de un rito, tres días de estitiquez, tres días de sonajera para así reiniciar el ciclo. Se trata de una deuda que mantienes contigo mismo. No te importa, me dijis-

te, no es tu asunto, no, claro que no, pero me incomoda, sí, los ruidos, tu cara ligeramente enrojecida, tóxica, estítica, porque te incomoda, ¿no? Hasta que en un espacio consistente y real dejó de incumbirme. Te vi tal como eras, igual a ti mismo. Te observé desde la mesa en los días en que yo sacaba unas cuentas frenéticas, aterrada de cometer un error con los números y, mientras te miraba, entendí, con la violencia y la certeza de una iluminación, que se trataba simplemente de una manía excesivamente realista, demasiado humana, ya consignada en múltiples libros anatómicos. Lo sabía. Te irritaban mis prolongados estudios, sentías que mi curiosidad me alejaba del conocimiento fabril al que te habías entregado. Estabas empecinado en definir el comportamiento industrial y sus variables. Querías acotar los síntomas y los males de la producción. Más que una célula semejábamos un grupo amorfo de investigación. Te lo dije. Me atreví a expresarlo porque lo había oído, entendí que se había desencadenado una crítica a tus actitudes que fue recibida, así lo señalaron, como un desviacionismo de tu parte. En esos días tensos, cuando ya se habían derrumbado la mayoría de las células, acosadas, invadidas, infiltradas, cuando caían o morían una tras otra, cuando fallaban y fallaban en sus objetivos, tú te dabas el trabajo o el lujo de iniciar una acometida en la ya agotada producción

industrial. Me obligaste a repasar mis apuntes, me encargaste un extenso y estéril protocolo que recogiera las variables. Quise negarme. Incluso lo intenté porque me parecía un tema ya insaciablemente explorado. Te lo dije: lo sabemos, lo estudiamos, lo analizamos, sacamos conclusiones, hicimos cursos especializados, nos amanecimos, reventamos la tercera célula.

Ah, esa tercera célula, diez magníficos cuerpos sincronizados que anhelaban. Diez deseos. Yo cumplía mis funciones, cada uno de nosotros. Realizamos una exploración científica de los modos de producción, advertimos la fuga fabril y su reconversión en una impresionante crisis. Nos agotamos. Escribí sin pausa un informe que no terminaba de convencerte porque, lo dijiste, tenía falencias en su estructura.

Me burlé.

Esa reunión se extendió por más de ocho horas. Expuse mis resultados y me ceñí al informe y al cúmulo de referencias en las que me fundaba. La célula, la tercera, empezó a desplomarse. Porque, después de todo, ¿quién podría haber resistido una presión tan monumental como la que ejerciste? Ese empeño delirante en acotar los modos de producción y la paradoja de negarte a aceptar los resultados. No los aceptabas porque estaban en contra de tus principios. Después de mi exposición sólo

cabía una salida y la célula podía presagiarla. Te involucraste en una retórica sin sentido que ponía en cuestión la realidad más tangible de la historia. Hoy puedo constatar que el aislamiento y la fuerte compartimentación celular nos expuso a un espacio demasiado vacío, donde las referencias terminaron por desaparecer. Si se involucran en esta teoría desatinada va a haber muertos, dijiste. Ya hay muertos, te contesté. Fue definitivo. La tercera célula que conformamos entró en un estado de proliferación radical. Tuvimos que escapar de esa célula y ellos, los ocho restantes, ante la estrepitosa caída fabril, se volcaron a la ejecución de prácticas verdaderamente anárquicas que dejaron tras de sí una cuantiosa pérdida humana. Esa célula fue infectada o infiltrada y estuvimos a punto de caer. Nosotros dos. Ocasionó un desperdicio. La estela de sangre, sus huellas tangibles y tétricas. Esa célula, la tercera, entrampada en los días más álgidos y confusos se transformó en un modelo de exterminio y de máxima e incompresible destrucción. (Están aquí, casi deshechos en el suelo y a pesar de su estado catastrófico intentan meterse a la cama conmigo, la tercera célula aún no me ha perdonado). Para qué hablar, qué sentido tiene ahora contabilizar las pérdidas o reconstruir la derrota, sucesiva, inconfundible, la derrota, me dices. Pero ¿hubo triunfos?, te pregunto, ¿al menos una victoria?, ¿cuál

célula fue exitosa o sana?, ¿en qué espacio conseguimos contribuir?

Así es la historia, lo sabes, lenta, cruel, aglomerada, dices o creo que dices.

Hoy estás dispuesto o disponible en este día especial. Nada nos incomoda y podemos, con una actitud verdaderamente proclive, rehacer ciertos acontecimientos. Pero debemos ser cuidadosos, omitir, censurar, para así garantizar nuestra sobrevivencia. Tenemos que mantener clandestinos nuestros propios actos, aun frente a nosotros mismos. Ese fue el acuerdo, esa la práctica a la que nos entregamos. No decir, nunca nombrar aquellos hechos que podrían terminar por incriminarnos o delatarnos o empujarnos a un escrutinio que no deseamos. El silencio, el nuestro, forma parte de los secretos en los que se dirime la historia. Aún no nos descubren las sucesivas, viejas células que sobrevivieron, porque si lo hicieran, se delatarían a ellas mismas. Existen rumores, dichos, comentarios. Tu nombre circula en conversaciones privadas, nostálgicas o acusadoras, y el mío, no, mi nombre no, nuestras chapas.

Ah, si habláramos, te digo, si dijéramos, te das cuenta, te digo, lo que pasaría ante nuestras afirmaciones, frente a los documentos a los que podemos apelar, te das cuenta en cuánto podríamos obstruir o destruir, no lo sé, la laxitud complaciente de

este tiempo. No lo haremos sin embargo, no lo haremos. Pero si habláramos, lo sabes, podríamos desordenar. Sonríes. Comprendo que la mera posibilidad te ocasiona un átomo de vitalidad. Sacas la mano de debajo de la manta. Me duele la muñeca, me dices, y mueves tu mano para relajar o descomprimir, no lo sé, la articulación. ¿Te duele?, te digo, es el frío o la humedad o la traición de los huesos o un ciclo estúpido e insoslayable de la muñeca, la muñeca, ¿cuál muñeca?, qué palabra más irrisoria, no van a convertirme, dije, en una muñeca, eso no. De ninguna manera. Aunque no podíamos y no debíamos ser personales, me obligué a mantener una discusión contigo, una conversación que podría ser considerada personal, de espaldas a la célula, sentados estratégicamente en la pieza que ocupábamos entonces. Qué te crees o qué se creen, llegué a decir, luego de haber percibido la ironía que se desató mientras desarrollaba mi intervención. Una ironía, no lo niegues, no lo hagas, hiriente e inmerecida. Esa misma ironía que se enredó a la palabra muñeca. Me dijo muñeca, para desestabilizarme y disminuir así un aporte innegable.

Lo hizo tu aliado de turno, el manco Juan.

Ocupó su espacio con vigor, pero, claro, sin contenerse y sin la menor posibilidad de ocultar. Yo estaba justo en el borde o en el instante, no sé, de ser escogida como jefa celular de un cuerpo que

podría convertirse en leyenda. Cuando el manco Juan dijo, esta muñeca, pudo decir, incluso, muñequita, percibí cómo naufragaban mis esperanzas y no pude sino resignarme. Pero más tarde, en la pieza, sentada frente a ti, conseguí dar curso a mis impresiones. (Ahora mismo el manco Juan está con su mirada irónica, apoyado en la pared frente a nuestra cama, está manchada la pared y el manco tiene su cara hundida, imposible, borrosa).

¿Te duele la muñeca?, ¿cuánto?, ¿cuánto te duele?, ¿cómo te duele?, describe pormenorizadamente tus síntomas, el eje del dolor, la manera de desplazarse, sí, el dolor, qué hueso exacto, cuál ligamento de la mano, qué rotación eres capaz de realizar, puedes, acaso, girar la muñeca, en cuánto están afectados tus dedos. Responde en orden. Pestañeas como si con el parpadeo pudieras memorizar o si en tu ojo descansara la posibilidad de retener. Mueves la cabeza y te hundes en la almohada. Tu brazo ha desaparecido oculto por la manta. Ya no quieres. Vuelves a ser el bulto que mejor te acomoda. Tengo, lo sé, que volver a confrontar los números dispuestos sobre la hoja. Presiento que se vuelven hostiles, los números, que me persiguen implacables para revelar su suma. Ah, los números y su alarde infinito, su estúpida ciencia o su arte abstracto, caligráfico. Podría obtener una calculadora, pero te opones. Dijiste no a la calculadora, no,

porque nos iba a herir con su técnica, dijiste no a cualquier técnica y yo, claro, comprendí la extensión que alcanzaba tu negativa o cómo tu negativa a la calculadora se convertía en una palabra que llegaba para redimir, a nosotros dos.

Pude quizás compadecerte, lo hice, me compadecí y olvidé. Rechacé el televisor, renunciamos. No quisimos ser atrapados por su tendencia y su flujo.

¿Cuántos?, ¿cuántos años? (mil años): más de un siglo, desde luego.

Tomas cansadamente el diario discontinuado, leemos con distancia sus páginas. Sabemos cómo se construyen los carismas y las famas. Observamos ciertas fotos y los nombres que están allí para ratificar. Reconocemos esos nombres y sus filiaciones. Alguna vez moviste tu cabeza conmocionado por la sorpresa y el desconcierto. Miraste la foto en el diario, leíste la página y te hundiste aún más. Pero ya no. No nos sorprendemos, y miramos impávidos cómo esos rostros se posesionan. Están impresos en las páginas y ausentes de cualquier célula. Allí están. Pero yo ahora miro la fotografía que guardo entre las hojas del cuaderno. Estamos posando seguros ante la cámara de espaldas al mar que se advierte como trasfondo. Yo sostengo al niño entre mis brazos mientras tú le acaricias la cabeza. Pequeño, bello, una sutil criatura. Un mar maravilloso se extiende a nuestras espaldas, un mar que está

ahí para ratificar la potencia del océano. Estamos los tres, tú, yo y el niño ajenos a cualquier interferencia. Fue el único viaje al mar que hicimos con el niño, asustados, temerosos ante un acto irreflexivo. Ah, si nos hubiésemos ahogado en esas aguas. (Comentan que nos hundimos entre las aguas, que no dejamos huella alguna). De espaldas al mar, el niño, tú y yo, los tres en la foto demasiado obsoleta.

Una foto, la única, que lo confirma, al niño.

Me levanto con la foto en la mano, quiero mostrarte la foto, la que tanto conocemos, la imagen a la que acudimos cuando la realidad pierde su consistencia o bien en los momentos más intensos de nostalgia o en la ira o en los estrechos márgenes de lástima que nos autorizamos. Me siento con la foto en el borde más estrecho de la cama. Busco tu mano debajo de la manta para ponerla sobre la foto. Tus dedos recorren el papel.

¿Te duele?, te pregunto, ¿te duele la muñeca?

Sí, me contestas con la voz distorsionada por el ahogo que te ocasiona tu cabeza oculta por la manta.

Sí, me repites, todavía me duele.

Experimento una inconfundible sensación de bienestar muy cercana al olvido o al deseo de permanecer suspendida en un férreo, inamovible presente. Observo cómo tú, en cambio, de inmediato, te pierdes en ti. Podrías, en realidad, sí, caminar solo, con esa manera alevosa de arrastrar los pies, de esparcir la huella del dolor que te ocasiona la situación calamitosa de tus piernas, la costumbre de bajar la cabeza para imprimir una pronunciada curvatura en tu espalda. Estás sólo entregado a una forma de ausencia impenetrable que transita a través de la obstinación neutral de tu cara. Hacemos el mismo recorrido, el de siempre. Ínfimo, preciso. En medio del atardecer, doblamos la esquina, luego caminamos las dos cuadras hasta llegar a la plaza. La cruzamos. Tu mirada no se detiene en los cuerpos ya recortados por las sombras, irreales, ni te fijas en detalles inesperados como la súbita aper-

tura de un nuevo almacén, pequeño, tanto que casi no cabe en el interior de sí mismo. No lo ves o lo observas de manera tangencial o no quieres que yo advierta que lo ves pues cualquier gesto podría obligarte a compartir un irrelevante asombro y no lo haces, no, porque estás entregado a la autonomía de la distancia, esa distancia que forma parte de la lenta caminata mensual, de la tuya, de la nuestra, siempre.

Cruzamos, dejamos atrás la plaza, para entrar en línea recta a la última calle que nos corresponde, la misma, esta calle marcada por la inestabilidad de las baldosas que nos obliga a acechar las grietas para no tropezarnos. No quieres tropezarte y tu mirada atenta se centra en las fallas del cemento y, de inmediato, tomas mi brazo, muy cerca del codo, el derecho, y siento cómo, en cierto modo, lo aprietas en exceso, evitando así que sea yo la que trastabille. No quieres, proteges, ahuyentas, mediante la presión de tu mano, que pierda el equilibrio y me apoye en ti de manera caótica. No lo resistes, no te gusta que te toque sorpresivamente, nadie, lo has dicho, lo actúas, te proteges. Siento tus dedos muy cerca de mi codo y me parece que mi brazo se expandiera hasta ya no pertenecerme o bien me redujera a lo único que me determina, un brazo. Me gustaría decirte, suéltame el brazo o no soporto que me toques el brazo o saca tu mano de mi brazo, pero no digo nada esperando que esta calle ca-

tastrófica termine, sin apurar los pasos para que no te des cuenta cómo y cuánto me perturba esa decisión tuya de impedir. La vereda está imposible como si sólo la sumatoria abstracta de un día la estropeara más aún. A la manera del desencadenamiento de un minúsculo ataque nuclear, su arcaica superficie ya ha terminado por colapsar. Noto que hundes más aún tus dedos en mi brazo y me invade una sensación que me disgusta porque al apretarme pones en evidencia ante mí, mi brazo, entero, sí, un brazo en el que no quiero detenerme y al que, sin embargo, camino encadenada como un lastre.

Después enfilamos hacia nuestra calle, dejas mi brazo. Nos quedan apenas unos minutos, cuántos, tres, cinco, tal vez. Tres o cinco minutos de aire, los suficientes como para que te exasperes y desees que se precipite la llegada, lo sé, porque tus pasos se agudizan, suben lentamente su ritmo y tu cara adquiere una expresión inquieta hasta consolidarse la urgencia que te atraviesa las líneas de los ojos.

Aunque lateralmente, te veo.

Entiendo que quieres entrar de una vez en la pieza para terminar así con un ritual que ya te pesa de modo increíble, que no significa nada. Pero no cedo. Plena, no cambio el ritmo de mis pasos, me mantengo impávida, lejos de tus ansias, porque quiero que pasen íntegramente los minutos, cada uno de ellos, sin esquivarlos, sin renuncia posible.

Aceptas y te entregas al último tramo. Bajas tus pasos, los acortas. Es un tiempo fugaz, lo has entendido, tan corto que cedes y me dejas disfrutar. Siento, cómo no, el aire frío en mi cara, en mis piernas. Únicamente en mi cara y en mis piernas porque mi abrigo, el de siempre, el de lana oscura, me protege. Me invade el deseo irrefrenable de preguntarte si tienes frío, ¿tienes frío?, te pregunto a mi pesar. Sí. Lo suponía, pero es benigno, benigno, nada podría ahora estropear el deslizamiento lineal de los minutos, nada. Saliste, claro, desabrigado, siempre lo haces, como si quisieras poner a prueba tu propia resistencia o quizás explorar en tu cuerpo los signos de una leve adversidad. Pero ahora este tiempo final me pertenece, es mío y sé que ha concluido porque ya estamos entrando a la casa, abriendo la puerta de la pieza y te vas directo a la estufa y la enciendes. Te veo agachado ante la estufa, escucho el sonido áspero y eficaz del fósforo, percibo el olor a parafina, inconfundible, que necesariamente me produce un vago aunque persistente dolor de cabeza, pero de manera inevitable sigue ahí, expandiéndose, el olor. Te yergues hasta quedar de pie frente a la estufa, te frotas las manos para conseguir más calor, más. Guardo mi abrigo en el pequeño armario, lo cuelgo del gancho. Saco las galletas y una barra de chocolate. Pongo el chocolate y las galletas encima de la mesa, ya sé qué es

lo que me corresponde: la cocina, la tetera, las tazas, el azúcar, nuestros cuerpos frente a frente en la mesa, pequeña, pequeña.

Tomas el chocolate y lo divides equitativo. Nos gusta mucho el chocolate, a mí más, más, su sabor, ese lento acucioso deambular por las encías, por el cóncavo paladar, nunca lo muerdo, nunca, más bien lo deshago en la boca hasta que mi saliva se impregna y dilato el momento en que se desliza garganta adentro. En cambio, tú vas rápido con el trozo de chocolate, tienes hambre y enseguida tomas una de las galletas que cruje ante el embate de tus dientes. Desvío la vista, no quiero interferir en tus sonidos ampulosos y por eso miro el piso y noto, de inmediato, que habría que encerar las tablas, que ya ha llegado el momento, que tienes que encerarlas porque cuánto hace desde la última vez que pasaste la virutilla, la más gruesa que encontré, lo hiciste malhumorado, cargando todo tu peso sobre la virutilla para extraer de las tablas las desagradables adherencias que terminaron por convertirse en una considerable suciedad aglomerada. Entonces, te derrumbaste, parecías sensiblemente disminuido, tuviste que tenderte exhausto en la cama. Pensé que no ibas a ser capaz de seguir con la cera, pero lo hiciste. Luego yo me encargué del brillo, al otro día, pero esa noche fue difícil, dormí de modo intermitente traspasada por el olor a cera

que nos cercaba y te lo dije en la mañana, el olor, te hablé de mi inquietud tóxica. Entonces me miraste con un destello irónico, burlesco, yo sabía que con tus labios oscilando entre la mueca y la mordacidad de una sonrisa, expresabas que era mi culpa, la cera, el olor, tu desgaste. Me decías, mediante esa mueca sonrisa, que tú eras la verdadera víctima de una decisión idiota y de esa manera remarcabas tu absoluta indiferencia ante el estado decadente de las tablas.

Elevo la mirada del suelo.

Vas a tener que encerar, te digo, muy pronto, sí.

Por un instante, tu boca se congela, dejas de morder la galleta, cierras los ojos, respiras invadido por el estupor y te levantas de la mesa. Sales brevemente al baño y retornas. Permaneces atrás, merodeando la pieza, te apoyas contra la pared y luego te acercas a la cama y te sientas, como siempre, con la cabeza entre tus manos. No te miro, lo presumo. Continúo como si aún estuvieras ahí, finjo que no ha pasado nada, que vas a volver a sentarte en cualquier momento, pero empieza a incubarse un cierto molesto sentimiento de abandono o de hostilidad o de vergüenza que me impide comer la galleta, esa que ya había sacado del paquete. Dejo la galleta en el plato, me levanto y saco la cartera del clavo, me siento otra vez frente a la mesa, me pongo los lentes y busco mi cuaderno. Pero com-

prendo de antemano que no hay nada nuevo en las hojas porque las cuentas están en orden, pero es que tengo que simular que realizo una labor para esquivar así la sensación del ridículo pleno de ira que me invade. No distingo con claridad los números en el cuaderno, debo forzar los ojos para verificar los días de trabajo, las horas exactas, necesito cambiar los anteojos, lo requiero de manera imperativa y tú también. Tus ojos ya no te responden, lo he notado cuando lees, te sacas los lentes y te aprietas los párpados cada cierto tiempo o acercas o alejas las hojas o terminas por abandonar, decepcionado, la lectura. Experimenté un súbito pudor cuando me pediste que te leyera las indicaciones del medicamento, se dejó caer entre nosotros el peso de un sentimiento, algo semejante a la humildad o a una extensa compasión. Es que no distinguías las letras. De manera torpe, pero absolutamente necesaria, me reí. Ya no ves nada, te dije, tienes que cambiar los lentes. Sí, sí, susurraste, sí, sólo para apaciguar. Entendías, sí, que estábamos afectados, que teníamos la obligación de compartir.

Sentada ante la mesa, ahora quisiera anular la torpeza de la cera, retroceder enteramente y volver a tomar la galleta, pero es tarde porque tú no me vas a perdonar que te haya empujado a un espacio que odias, el que, en realidad, aborreces de mí. Te veo ahora mismo tendido en la cama, pronto

te meterás entre las sábanas para emprender el paso hacia la noche.

Me levanto, voy hacia la cama y te entrego el paquete de galletas. Come, te digo. Tomas el paquete y su papel metálico resuena. Cómetelas todas, te digo. Me siento en la orilla de la cama y repaso la revista, la que ya conozco, sólo dejo pasar el tiempo dando vueltas a unas hojas que carecen de importancia. Sé que mientras comes, me observas, que te alivia, después de todo, que esté ahí, que sea capaz de dar vueltas a las hojas en silencio, siento que te dilatas en la cama, que te mueves seguro y, en cierta forma, reconfortado simplemente porque todavía existimos. Después de un tiempo que no puedo determinar, percibo que ya es hora, que definitivamente habremos de entregarnos juntos a la noche.

Camino hasta el armario, doblo la ropa sobre la silla y me pongo la camisa. En ese momento, apago la estufa, la luz y entro en la cama. Trepo en la cama hasta ubicarme en el rincón, al lado de la pared y luego de unos torpes movimientos, me acomodo hasta calzar con tu cuerpo. Siento que estoy sumida en una falsa oscuridad pues aún podría definir cada uno de los rincones, como si la habitación estuviera plagada de luz o como si los objetos nunca cesaran porque quedaron impresos en el reverso de mis párpados. Lucho por alejar las imágenes, por dejar fuera de mi cabeza la precisión en la que

se ordena la pieza. Tengo en los ojos cerrados la pieza entera hiriéndome con su perturbadora nitidez, comprendo que es una alteración visual, un simple juego de luz y que muy pronto se difuminará. Me retiro de mis propios ojos y permito que transcurran los instantes necesarios para que aniquilen el molesto efecto.

Lentamente me voy poniendo de espaldas y te empujo, te empujo para que tú te pongas en el límite más radical de tu costado, córrete, te digo, y lo haces. Así puedo dejar descansar mi columna en una posición más humana. Me molesta la columna, me duelen sincronizadamente los huesos en una cadena simétrica que no cesa, idéntico el dolor al trazado perfecto de las junturas, un quejido involuntario se me escapa y tú intentas reducirte más aún. No sé si lo haces porque te irrita el quejido o por conmiseración. Pero te retrotraes con la sumisión que te conozco y la que tanto me perturba, un animal doméstico, asustado, obediente, servil, un perro. Sabes de mi espalda, sé cuánto te cuesta llegar al sueño, cómo permaneces rígido, esperando.

Es difícil siempre la noche, implacable siempre la cama.

Me doy vuelta y soy yo ahora la que prefiere el costado, el trabajo magno de los huesos. Entonces, te mueves sutil siguiéndome, tal como si fuésemos los protagonistas de una prolongada danza hori-

zontal, los elegidos para la realización de un baile extraviado.

Siempre monótonas; la noche y la cama.

Nuestras piernas obligatoriamente requieren ajustarse en una forma de diálogo imperativo y armonioso. Siento el roce de tu pantalón áspero en mis piernas y con un movimiento rápido me bajo la camisa para evitarlo. Querría dejarme caer, caer hacia el sueño, ahora mismo. Pero otra vez necesito moverme. Cuánto tiempo ha pasado entre un movimiento y el siguiente, será una hora, me pregunto, mientras siento el calor de tu pie, demasiado apegado al mío, a mi pie desnudo que, por el encuentro con el tuyo, empieza a convertirse en un centro óseo tanto o más activo que mi columna antes, y justo en el instante en que empiezo a girarlo desde la planta me preguntas si vi el pequeño almacén, lo viste, me dices, el que acaban de abrir, el almacén nuevo. No, te contesto con la cara tan cerca de la pared que prácticamente la siento adosada a mi boca, no lo vi. Y me parece que tus palabras circularan por el espacio sin tener el impedimento odioso de la pared, más libres, más, no sé, amplias, mientras noto cómo empiezas a ponerte de espaldas, en una posición que no, no, no, que es mía.

Date vuelta.

No hay sombras ni recortes. Nos gusta. Nunca dejamos la ventana abierta porque necesitamos de

una completa oscuridad para dormir. Es que experimento una creciente aversión sensible a la luz. Te das vuelta y quedas con tu cabeza muy cerca de la mía, siento tu aliento en el cuello filtrándose a través de mi pelo. Tus rodillas y mis rodillas, tus pies y mis pies. Mi espalda y tu pecho. Siento también que estoy de salida, que el sueño deseado empieza a concretarse, sé que no quieres que me duerma, que preferirías que te acompañara en tu vigilia, pero no depende de mí, ni siquiera yo dependo ya de mí misma porque desde un lugar impreciso aunque definitivo, nuestros cuerpos empiezan a borrarse, a borrarse. Y en la postrera brumosa conciencia que me resta, percibo cómo la cama se retira hasta que finalmente deja de sostenernos.

Después de que le cubro la espalda con la manta, lo traslado pausadamente hasta el baño. Ya sólo es capaz de efectuar un apretado deslizamiento con sus pies casi pegados en el piso. Decido no irritarme por la lentitud. Lo apoyo contra el muro. Cuando compruebo que es suficiente la claridad que se filtra por la ventana, abro la ducha. Le retiro la manta y la doblo sobre la silla. Busco el shampoo, el jabón y la esponja. Consigo sacarle la camisa del pijama con facilidad, aunque entiendo que el gran escollo va a radicar en el pantalón y en su negativa a alzar los pies. Lo conozco. Pero sé cómo conseguir que levante las piernas. Le bajo el calzón de plástico, abro los broches y hurgando entre sus piernas, saco el pañal empapado de orines. Envuelvo el pañal y lo llevo al cesto de la basura, luego deposito el pijama y el calzón en el canasto de la ropa sucia.

Estamos listos, le digo, entremos al agua.

No quiero, dice.

Acuérdese de que hoy nos bañamos, le contesto. Bañémonos, le insisto.

No, no, no, me dice.

Está llorando. Como cada jueves ha empezado a llorar y su cara se desdibuja entre la masiva mueca que la comprime. Tomo uno de los pañuelos de papel y le seco las lágrimas. Solloza abiertamente, de pie, desnudo, con los brazos caídos a su costado. Ante el temor de que tambalee y se caiga, lo tomo por los hombros.

Nos vamos a bañar rápido, rapidito, le digo.

No, no, dice.

Pero veo cómo cede y permite que lo ayude con sus piernas. Primero una, luego la otra. Verifico la temperatura del agua. Lo siento en su silla de baño, dispuesta para su aseo. El agua está tibia, pródiga. Empapo la esponja con el jabón y procedo a deslizarla por su pecho. Noto cuánto ha adelgazado pues sus costillas se dibujan nítidas sobre la piel, presagiando la exacta dimensión de su esqueleto. Jabono su sexo y no puedo evitar que mi mirada se detenga en sus piernas que prácticamente están dejando de ser para abrir aceleradamente paso hacia una perniciosa desnutrición.

Me encuclillo para llegar con la esponja hasta sus pies. El agua se dispersa cuando choca contra

el gorro y el plástico del delantal que me cubre. Y es en ese instante cuando levanta su pierna. Su rodilla me da de lleno en la cara. Un rodillazo de tal magnitud que experimento una sensación universal y explosiva en el hueso de mi nariz. Caigo. Penosamente me siento en el piso del baño. En el suelo me aprieto la nariz con las dos manos en medio de un dolor indescriptible. Me ovillo. El dolor trepa hasta apoderarse de mi cabeza y me cierra o me ciega mientras me balanceo para atenuarlo, para desalojar el odio que transcurre paralelo al desplazamiento del dolor por toda la cabeza, la cara y la base del cuello. A una distancia considerable del dolor, escucho el ruido del agua, cómo cae copiosamente sobre la silla mientras me entrego al horror físico en el suelo del baño. Permanezco sentada, apoyada en la pared de azulejos, instantes o minutos esperando, entregada a miles o millones de dardos punzantes, rogando que disminuya el dolor, apretando mi nariz. Circula, se expande, recrudece en algunas zonas. Me quedo así, sentada en el piso, reducida a un fragmento sufriente de huesos hasta que percibo cómo la condensación del dolor empieza a escabullirse, sí, va bajando su potencia mientras se eleva ante mí la realidad caótica del agua.

Mi nariz palpita. Entonces, retiro mis manos de la cara y me reencuentro.

De manera incierta, me levanto. Temo que el dolor reaparezca, que se trate de una falsa tregua. Me seco con suavidad la cara congestionada con la toalla y voy hasta el espejo. Percibo que se ha producido una notoria hinchazón en la curva de mi nariz. Siempre frente al espejo, me acomodo el gorro y vuelvo al agua. Ya me siento en condiciones de sortear el dolor. Me inclino sobre el piso hasta que puedo recoger el jabón y la esponja. Me yergo y, evitando enfrentar su mirada, lo levanto, le froto la espalda y sus nalgas casi inexistentes. Mi nariz sigue palpitando a un ritmo parejo como si el eco del dolor hubiera impuesto una memoria a través de una cronología científica. Lo vuelvo a sentar en la silla. Tomo el shampoo. Le inclino la cabeza y noto cuánto ha avanzado la alergia que se manifiesta en sucesivas protuberancias blandas que prácticamente cubren todo su cráneo. Soriasis, pienso. Lo está consumiendo, pienso. La misma soriasis que invade implacable sus genitales y que no le da paz alguna, arrastrándolo a un insomnio prolongado. Veo el insomnio en su cara devastada ahora que estamos frente a frente y le seco sus líneas con la toalla. Subo la toalla hasta su cabeza y la froto. El movimiento alivia su picazón constante y por eso levanta sus manos y toma la toalla. Le permito que la manipule brevemente, luego le retiro las manos de la cabeza y seco apresuradamente su cuerpo.

Lo ayudo con los pies, le pongo la bata y le cubro la espalda con la manta y lo conduzco hasta su pieza, a pesar de las agudas limitaciones de sus pasos.

Mi nariz sigue latiendo de manera espaciada como un simple recordatorio. Me toco la zona hinchada y temo que en unas horas mis ojos estén amoratados. Le saco la bata y la manta. Lo acuesto de espaldas sobre la cama, le abro las piernas, tomo la crema y la esparzo sobre sus genitales. La alergia ha invadido incluso la parte baja de su estómago y los bordes de sus caderas. Escucho que murmura palabras inconexas mientras intenta rascarse, pero se lo impido para que la crema penetre a través de la piel y lo alivie. Saco el pañal del cajón del mueble y se lo ajusto, después procedo con el calzón de plástico limpio que ya había dejado sobre la cama. Lo tomo de los brazos y lo levanto de la cama.

Ahora vamos a vestirnos, le digo.

No colabora y me obliga a dar vueltas a sus brazos para encajarlos con las mangas de la camisa. Luego emprendo la tarea de ponerle el pantalón mientras lucho con sus pies y la obstinada resistencia que me ofrece.

Levantemos un poquito los pies. Un poquito, le digo.

Después de múltiples y difíciles movimientos he terminado de vestirlo. Está de pie, demasiado de-

bilitado, inexpresivo. Lo siento en la silla de ruedas y voy nuevamente al baño y tomo una peineta. Vuelvo a la pieza y lo peino. Sus manos tiemblan de manera ineludible. Sus piernas tiemblan. Sin embargo, su expresión ausente remite a una forma curiosa de plenitud. Pero no me engaña, luego de haber cometido un error inexcusable, ahora sé que debo mantenerme alerta porque en cualquier instante podría atacarme y entonces su mirada alcanzaría ese matiz de rechazo que conozco, emergiendo desde un lugar aún íntegro, preparado para la destrucción. Ahora se rasca la cabeza, de manera torpe, irregular, arruinando el peinado. Me doy cuenta que no le puse la crema. Tomo el pote, saco la crema y con los dedos la distribuyo en su cabeza, afectada por la irregularidad de las erupciones que se extienden desde el final de su frente hasta el borde posterior de su cuello. Luego tomo la peineta y vuelvo a ordenar los rezagos de pelo que asoman tan disminuidos desde su cráneo. Me inclino para ponerle los calcetines y los zapatos. Le acomodo la camisa, le ordeno la línea del pantalón. Lo dejo sentado en la silla mientras voy al baño. Allí, guardo la peineta en el cajón, me saco el delantal y el gorro. Examino mi cara ante el espejo. Tengo, sí, la nariz hinchada. Prefiero abandonar el espejo. Me pongo el vestido, las medias, el abrigo. Guardo el gorro y el delantal en mi bolso y vuelvo a la pieza.

Uno de sus pies cuelga de la silla de ruedas. Me encuclillo para acomodarlo en su pedestal. Con una certera maniobra, esquivo el vago manotazo que me lanza a la cabeza. Ya lo había presagiado. Me yergo. Lo observo.

Se está muriendo, pienso.

En medio de un sueño completamente intervenido por los sonidos de las balas y unos extraordinarios fuegos artificiales que estallan al unísono, bala y artificio, resuena amplificada, como en una letanía, la frase inacabada: «Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes...». El sueño cruzado por imágenes fragmentarias, contradictorias e incoherentes: retazos de cuerpos, órganos insustituibles, caras distantes aunque consistentemente queridas, avalanchas óseas en franco estado de guerra. Un sueño que no alcanza a transformase en pesadilla y que, sin embargo, inquieta. Un niño de pie completamente expuesto. Despierto sólo para intentar comprender las imágenes. Despierto, esta vez, con una misión que consiste en desalojar el caos para retomar una estructura igualmente ruinosa pero, al menos, más comprensible. En realidad despierto para aco-

modarme en la cama y salir de un sueño que, ya sé, jamás podría resolverse porque corresponde a una esfera enigmática que no cesa de persistir. He salido del sueño para encontrarme dolorosa y abiertamente agarrotada. Presiento el daño de mi mano por la posición inadmisible en la cama. Mi mano. Necesito mi mano, me sirve y, sin embargo, podría lesionarse y dejar de circular. Es la circulación, la sangre obturada por la posición en la cama. La sangre podría interrumpir su flujo y su vértigo sólo para invalidarme, dejarme inactiva con la mano muerta, sin sangre, acabada mi mano, lo que tanto tememos, la caída en una vida improductiva. Una mano sin signos vitales, como tú, como tú. Pareces un muerto en la cama, pesado, acuoso, cercado por la rigidez. Pero respiras de un modo concluyente. No estás muerto, qué pienso, estás dormido como si estuvieses muerto o estás vivo como si estuvieses muerto o estás vivo como si te hubiesen asesinado en una de esas calles custodiadas por ojos técnicos alertados por el crecimiento indiscriminado de las células imposibles de estabilizar. Asesinado en la vía pública o en una de las piezas de emergencia, muerto enteramente, sangrante y visceral, las piernas quebradas y con los intestinos bamboleando, colgados en la calle más intervenida y un ojo tuyo volando hacia la acera, el ojo nervioso en el cemento agrietado, muerto.

Estás respirando, vivo, acostado en la cama, en la noche en que despierto, ahora mismo, tullida en el pedazo del colchón irregular que me hace mal, mal en toda la maldita e indispensable columna y que ha terminado, el colchón, por atentar contra mi mano doblada, me duele la mano, no puedo estirar la mano, te digo, ayúdame, te pido, qué, qué mano, me dices, la derecha, la derecha, me quejo. Te sientas en la cama e intentas estirarme la mano. No, no, no me toques, no te atrevas, estírame la mano o córtame la mano o no quiero mi mano o basta, basta de tanto malestar, el mío o el tuyo, en esta cama interminable o de pacotilla o de espuma plástica, hundida, perversa la espuma, maldita la cama, su colchón reciclado por una extensa basura industrial. No hables, no sigas con el tema de la industria y su vertiginosa caída, ¿qué pretendes?, buscas acaso destruir. No, te contesté, no, se trata de una acción política, de una reformulación productiva, de generar, te dije, un escenario actualizado, de volver a leer, de pensar, se trata, te dije, de tomar una decisión, de intervenir en los tiempos. De matar, me dijiste, estalinista, porque tú lo que buscas es un estallido imposible de ejecutar. Están muriendo como moscas. Cuando dije moscas, supe que había ocupado una expresión estúpida o estéril, una mala conjunción, un, claro, cómo no, espantoso lugar común que iba a resultar adverso.

Te reíste.

Tenías una cara, en ese momento, absolutamente notable, los dientes, la boca, la nariz, la extensa frente. Una cara, de verdad, material, ineludible que ponía de relieve la artesanía humana. Estaba divagando en torno a tu cara y por eso, por la fuerza de mi divagación, no me detuve en el agravio contenido en tu risa, no repasé el término ya conocido de estalinista, permanecí atenta sólo al engranaje de tu cara y a un átomo místico que me invadía al pensar en la artesanía humana mientras observaba la vigencia total de tu cara en el tiempo en que te reías y te reías porque ya sabías o entendías o presagiabas que estábamos perdidos, que nuestra célula, la última, estaba por naufragar ante los imperativos de lo que tanto temíamos, la historia. Nos quedaba una célula, la final, cuando nuestro tiempo se estaba desmoronando y tú precisamente elegías reírte, te reías en los momentos en que había caído completa la postrera dirección del partido, te reías cuando la infiltración era incontrarrestable, te reías como si no fueras un militante y yo, debo reconocerlo, me fijaba en tu cara, no en tu risa, en la forma alucinante de tu cara, la precisión escultórica de tus rasgos, y me permitía, sí, me permitía algunas reflexiones indebidas que bordeaban el peor sentimentalismo humano, porque en esa ocasión, poseída por una sensación absurda, llegué al borde, me ubiqué en un abismo molesto e

imperdonable que me empujó a interrogarme acerca de la posibilidad de la existencia de un Dios.

Mi desviacionismo se debió a tu cara, a la materia más visible de la organización humana, el rostro, digo, como seña indestructible, como singularidad, no la tuya, no tu cara específica, sino el signo artesanal de la cara, del rostro siempre irrepetible. Por esos pensamientos que ahora reconozco como estúpidos, dejé de lado la monserga, la tuya, que me calificaba como estalinista, una definición que llegaba en los momentos en que iban a cesar las células y entre ellas, la nuestra ya invadida e infiltrada por el petiso Maureira, el petiso que colaboraba con los grupos reformistas, el mismo petiso que después asomaría su rostro en la fotografía del diario y ambos cerramos los ojos conmocionados o aterrados de ver a Maureira sin su chapa, reconvertido ahora en Javier Montes, sí, legal, orgulloso de exhibir su nombre en el periódico, el petiso que se cambió de lado, en el momento justo, cuando todavía era posible y debilitó nuestra célula sin dudar para conseguir su permanencia en una historia que, lo vemos, lo vivimos, lo padecemos, no iba a llegar a ninguna parte o se iba a anclar justo en el estadio productivo que alguno de nosotros había presagiado.

Y tú, claro, equivocado, te equivocaste, ¿no?, te digo, mientras intento mover levemente mi mano

para desentumecerla, me decías a mí estalinista haciéndote parte de un error que ahora nos tiene tumbados en este colchón ínfimo, entre una espuma tóxica, tan tóxica como la parafina o la historia, tan tóxica como la muerte inminente del niño en la cama, tenemos que sacarlo, llevarlo al hospital, cállate, me dices, no sigas, no sigas, mientras yo, sentada en la cama, me mezco como si fuera una guagua, sí, un niño carente, en esos días inexpresables en que los hospitales no daban abasto para detener la infección, el niño progresivamente afiebrado, con los bronquios oprimidos y confusos, acezando, buscando un hueco en su cuerpo para respirar y aliviarse. Lo sentía, ese ruido intolerable, gutural, inconfundible y tú, lo sé, entendías lo mismo que yo, que teníamos que llevarlo al hospital, camuflarnos para conseguir una atención. Irnos en la noche, salir a la calle con el niño en brazos, buscar en qué movilizarnos, arriesgarnos y llegar con el niño en brazos al hospital y conseguir una atención que pudiera deshacer los sonidos letales que día a día, a lo largo de esa semana atroz, se profundizaban y no respondían a mis cuidados, lo tapaba, lo arrullaba, lo besaba, lo miraba, le daba uno a uno sus remedios, medía rigurosa y científicamente el curso de su fiebre, te odiaba, quería que tú te murieras, no el niño, el niño no, tú tienes que morirte y entonces yo podría irme con el niño, desaparecer

los dos, el niño y yo, y te íbamos a dejar en la pieza muerto como un perro, pero nosotros, el niño y yo, sobreviviríamos, saldríamos del infierno de tu cara y del infierno que pensaras sin tregua que el niño era producto del horror, de la locura, que el niño era una falla, mi falla, mi empecinamiento, una malévola comprensión de la historia que echaba por tierra el deber de nuestra militancia.

¿Por qué no te moriste?

Cállate, me dices.

Ah, si te hubieras muerto, no, el niño no, y mi debilidad impresionante, irresponsable, a cuántas cuadras estaba el hospital, en qué perímetro, cómo eran sus dependencias, qué personal estaba de turno esa noche, cuál era la actualización de su tecnología, cuántas camas debieron implementarse ante la urgencia, cuál la calidad precisa y el alcance objetivo de los respiradores, qué pasaba con el oxígeno, ¿murieron niños esa noche?, la urgencia, los turnos, los balones de oxígeno. Una cama de hospital, metálica, pequeña, pequeña, inmensa la sala, áridas las camas, obturadas las respiraciones, moribundos los niños esa noche, pero no el mío, nunca en la cama de hospital, alejado del oxígeno, del suero intravenoso, de los indispensables y malolientes antibióticos, de los delantales y de todo el impresionante proceso de esterilización. La parafina, fue la parafina, ¿no crees?, te pregunto. Cállate. Pero qué

hacer ante el frío absoluto, puse agua y yerbas sobre la superficie de la estufa, esperé el vaho que aliviara el espantoso, alarmante olor a parafina, ese olor que lo agravaba, le iba destrozando primero los bronquios, no tosas, no tosas, déjame dormir, hasta cuándo fumas en la pieza, te digo, siempre, medio enloquecida por la interrupción del sueño, toses como lo haría un tuberculoso de otros siglos, sí, una parafina que progresivamente le iba aniquilando los dos pulmones, ambos, la acumulación total de la flema en los pulmones hasta llevar a su fin los latidos imprescindibles de su pequeño, amado, corazón.

Apagué la estufa, lo arriesgué al frío porque la fiebre ya se había apoderado de su cuerpo, adentro y afuera la fiebre, ardía, te lo juro que está ardiendo y te pedí, entonces, los paños mojados, moja la toalla y tráela, apúrate, corre, te dije, mójala entera y la estrujas en el baño. Lo envolvimos con la toalla mojada, nos temblaban las manos, habíamos tocado el momento más crucial del terror, el espanto de esa toalla mojada, su riesgo, poner sobre un niño pequeño, pequeño, de dos años, afiebrado, una toalla mojada, ponerla en las horas más cruciales de su muerte inevitable, desnudar al niño, envolverlo en una toalla usada, mojada, quizás traspasada por la contaminación, en un niño que se incendiaba por la fiebre, que tosía por el olor a parafina,

que se retorcía en los albores de lo que iba a ser la muerte, la nuestra, nuestra muerte irreversible. Mi mano me enloquece, torcida y acalambrada, dormida, muerta.

Mi mano.

No siento la mano, me dices. Ahora eres tú y tu mano. Pásamela, te contesto, pásame la mano. No puedo, no puedo moverla. Estás acalambrado, te digo, es culpa del azúcar, es el azúcar, sabes, lo leí, lo sé, estoy segura, no más azúcar, te digo, se acabó, no más azúcar, te insisto. Mi mano, no la siento. Estás aterrado en la noche y por eso me despiertas para que certifique la presencia de tu mano. Que la tienes, que aún no la has perdido. No la sientes, te digo, porque dormiste en una mala posición, no te asustes, no te asustes, ya va a pasar, te lo digo mientras fricciono tu mano, empiezo a devolvértela y te relajas y suspiras y sientes que quizás deberías haberlo hecho tú, tú mismo, haber conseguido la reanimación de tu mano. No quiero tomar tu mano en la noche, nunca. No puedo sentir tus dedos ni menos unir nuestras palmas y tú tampoco lo soportas, lo sé, no lo resistes y por eso, cuando logras mover vagamente tus dedos, retiras tu mano y me das la espalda de manera ignominiosa y francamente despreciativa y yo me vuelvo, claro, hacia la pared, la pared que está allí inamovible, rígida, confiable. Esas manos, pienso, el absurdo

de unas manos unidas mientras parcialmente triunfantes, nos tomábamos de la mano ante el sonido de *La Internacional*, su música, su letra elocuente o convincente, una fila mítica de cuerpos exultantes y jóvenes, tan jóvenes y ya encadenados a *La Internacional* mientras sellábamos un imperioso compromiso con la historia y tú cantabas y yo luchaba por fijar la letra de la canción, no quería equivocarme, era peligroso, sí, cambiar una palabra o una sílaba en el interior de esa letra magna y rutilante y convertir la canción, nada menos que *La Internacional*, en un lastre, en un completo desastre.

Allí estaban los líderes históricos, podía verlos alineados en la extensión de un escenario no demasiado sugerente. Me molestó la factura del escenario. Se lo dije después, les mencioné que era necesario generar una escenografía que estuviera acorde con el prestigio de *La Internacional*. Lo señalé de una manera que podría ser considerada como irresponsable. Sencillamente se trató de una opinión o de un comentario tangencial. Pero tú y parte del grupo de los que después iban a conformar la segunda célula, respondieron de un modo demasiado enfático. Aristocratizante, me dijeron, o burguesa, no lo sé, no estoy segura, no puedo definir ahora la palabra. Pero había una plataforma árida, los cuerpos dirigentes, la melodía, las manos, el canto. La dirección del partido formando una

fila deprimente arriba de ese escenario imposible, aglutinados, indiferenciados, parecían simples militantes, nunca dirigentes, eso no, en cambio tú brillabas en el canto y brillaba el gordo López y Ximena y quizás incluso yo brillaba (el gordo López, justo desde una esquina de la pieza, ahora niega toda esa escena moviendo la cabeza, pálido, furioso, pero ya no me importa, tan pálido que está el gordo mientras Ximena me habla, insiste en mi asesinato, acostada al lado mío, me lo susurra al oído, en secreto). No, yo no brillaba, no lo creo, no era así por mi concentración y mi pánico al equívoco, en medio de unas luces mezquinas que habían convertido a los dirigentes en simples y comunes seres humanos, en hombres que podías encontrar a la vuelta de la esquina, de esas esquinas que después se iban a convertir en trampas mortales o fatales, para ratas, no, no, para perros, para perros.

Quiero dormir, es tarde.

Apoyo mi mano dormida en la pared y no siento nada. Ya no siento absolutamente nada.

Ya habías pasado por dos, tres, cuatro escuelas de cuadros, hasta convertirte en un cuadro, uno de los mejores. Esa noticia circulaba y, a pesar de la clandestinidad, se sabía o sabíamos que tu rendimiento te iba a reportar considerables expectativas. Se abrían las condiciones de relacionarte de manera directa con los dirigentes, únicamente tú abandonabas la célula para mantener ciertas privadas o privilegiadas reuniones con miembros de la dirección del partido. Ante ellos disimulabas un aspecto que, bajo la forma del rumor o de un no demasiado sutil intento de difamación, se hacía sentir de célula en célula: la acusación de actuar impulsado por el voluntarismo. La dirección del partido, una de las que más adelante iban a ser exterminadas (se pasean malhumorados, tensos, nos observan con irritación), buscaba poner a prueba tu filiación absoluta a sus líneas, a sus acuerdos, a sus pactos.

Asentías, concedías, te mostrabas casi excesivamente sumiso, tanto que alarmabas. Pero adentro, en la pieza, en esa que habitábamos en esos días, estabas desarrollando, yo lo sé, lo sé bien, un severo estudio que apuntaba a reformular las matrices. Nos habíamos convertido en profesionales de la clandestinidad, sabíamos cómo movernos, en qué rutas disimularnos, cómo merodear por los espacios, evadir, evadir la ciudad y atenuar el impacto de nuestros cuerpos en las calles. Te secundaba, te apoyaba, me inspirabas desconfianza.

Pero te protegía.

Me había convertido en una no, no, nunca oficializada lugarteniente. Acotaba tus análisis, porque después de todo yo tenía mi propio arsenal, mi paso indiscutible y memorable por cada una de las escuelas de cuadros, mi prestigio como analista, toda una experiencia prolongada y aguda en la rama de la lingüística y mi preparación científica en el estudio de la historia. Te lo dije, te lo dije, ¿no? Ah, me contestas y no sé por qué me deja satisfecha tu exclamación. Estoy sentada a la mesa, divagando, antes de entregarme a saldar el estado de los números, nuestras cuentas, las columnas impecables de los gastos, todos, cada uno de ellos. Tú me das la espalda para demostrar así tu indiferencia o tu indolencia ante mi tarea cotidiana. Los gastos. Recuerdo que salí a la calle en un acto completamente

desatinado, quebrando cualquier lógica de seguridad. Salí a la calle, caminé por las veredas exponiendo mi figura ya abiertamente deformada. Y de pronto experimenté el impacto ante ese vestido que, aunque me negué a reconocerlo, ocupó enteramente mi deseo y se apoderó de mi mente en oleadas anhelantes y secretas. El vestido que detuvo mis pasos en la calle y me enfrentó a la vitrina y, súbitamente, lo quise, lo quise, lo amé, me apasioné de inmediato. Su tela, su caída, su diseño y la urgente, enloquecida necesidad de comprar el vestido, vestirme, exhibirlo en mí, comerme el vestido, devorarlo enteramente, gastar en la tela, en el diseño, en la caída, entregarme sin pudor, ajena a cualquier átomo de culpa, a un placer bacanal y absoluto con la exterioridad, la superficie más dañina en la que podía recalar mi cuerpo. Renunciar a la renuncia que hicimos en los primeros años en que nos refugiamos de una vez y para siempre detrás de un consistente desprecio.

Luché por sacarme los pantalones desorbitados, la blusa amorfa, el chaleco, quemarlos, aniquilarlos en la potencia devastadora de una hoguera y acudir ciega o virginalmente hacia el vestido para renacer o resurgir o evitar un destino marcado por el exceso total de cuerpo, por la ausencia de contornos, un cuerpo que había experimentado la historia desnuda o real, una historia que en toda la ex-

tensión de su tiempo inconmensurable, hubo de volcarse siempre a aniquilar. Lo asumimos, tomamos la dirección inamovible de una parquedad realmente militante, austera, los dos, tu austeridad, mi austeridad.

Salvo ese día.

¿Qué había pasado ese día?, ¿qué me pasó o nos pasó para encadenarme a la alienación de una vitrina cosmética y reprobable?, ¿qué sucedió en mí para detenerme y entregarme a un deseo infame que rompió la calidad más pétrea de mis huesos? La imagen del vestido los debilitó y, en cierto modo, los despreció: mis huesos a mis huesos. Mi mirada ávida, un deseo que estalló imprevisible, que rompió límites, cada una de las estrategias que hube o hubimos de construir y que posibilitó unos huesos rodando hechos trizas hacia la más increíble alienación. Sí, yo misma, especializada en lingüística y absolutamente consciente del rechazo como procedimiento imperativo y liberador, me vi ante una vitrina que me convocaba hacia un vestido tortuoso, diseñado para seducir y huir de los avatares de una historia, un vestido que me iba a liberar de la infamia, que me iba a distraer de un poder que finalmente me había perforado hasta la médula de los huesos. Sí, un poder que había ofendido la única consistencia del cuerpo que, sabíamos, era primordialmente óseo.

Lo es, porque porta unos huesos, duros, duros, que están ahí para sostenerlo ante las crisis, una tras otra, las células iban cayendo, sí, una a una hasta que caí yo, la primera, y caíste tú, más adelante, claro, y ambos nos vimos enfrentados a la más salvaje e intensa de las experiencias con la que se puede poner a prueba la resistencia militante.

Pero ¿qué pasó ese día?, el día en que flaquearon mis huesos ante algo tan irrisorio o miserable como una tela y un diseño que después de todo acechaba en cada una de las vitrinas frente a las cuales no, no, nunca nos deteníamos porque conocíamos su estructura y el poder del cual emanaban, la transparencia del vidrio, y que en un minuto incomprensible abrieron en mí el horizonte de un deseo que habíamos proscrito porque entendíamos o entendía, con el convencimiento propio de una analista calificada, que detrás de cada una de las vitrinas yacía el fantasma expansivo de una dominación que calaba incluso la fortaleza de los huesos, que hacía polvo los huesos para permitir el triunfo de una carne ávida, insaciable en las vitrinas, contingente la carne, cautiva y alienada y disponible para darle la espalda a la historia y al materialismo extraordinario y majestuoso de los huesos. ¿Qué pasó?, me pregunto, te pregunto, en ese instante, ese día exactamente, cómo pude olvidar la frase, la leyenda, el lema, la iluminación de un concepto que yo conocía o que mis huesos recitaban sin dudar, sin pausa, sin el menor titubeo: «Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países».

¿Cómo osé abandonar los huesos en esa vitrina?

¿Qué pasó?, ¿qué pasó?, te pregunto.

¿Cuándo?, ¿cuándo?, me contestas.

El vestido, pues, el vestido.

¿Qué vestido?, me dices.

Me lo dices de espaldas, vuelto hacia la pared, mi pared, la que me pertenece por la posición que ocupo en la cama, una pared defectuosa pero que marca un límite, un muro que pone freno a la fragilidad de la carne, una pared que convoca a mis huesos provocándome el histórico dolor en la columna, un dolor en el que me refugio y que me hace admirar la contextura hiriente e implacable de los huesos, los tuyos. Me duelen, me duelen, dices o dejas de decir, y me alegra que todavía te duelan los huesos, que los sientas y se hagan presentes cada día o cada noche, cada hora, en todos los minutos, porque tú prácticamente no te levantas de la cama, de mi cama, y entiendes, tienes que hacerlo, que únicamente estás vivo por el poder de tus huesos que alardean su dolor, este engranaje tan consistente que tenemos y somos huesos, esqueleto puro, ¿no crees? No empieces con el tema del vestido, no lo hagas, no si-

gas, saca tus cuentas, entrégate a las cuentas, deja el vestido y la vitrina, me dices refugiado en mi pared.

Lo haces porque te da pena o temor.

Pero esa sensación es más leve, menor a que recuerde mi captura unos meses antes de la tuya. Caíste después que yo, brevemente, saliste rápido y temes, sí, temes que sentada ante las cuentas, frente a las columnas de números, recuerde, empiece a recordar el efecto de mi caída. Pero eso no debemos permitirlo, no podemos, el estado que rodeó mi salida y cómo y cuánto nos iba a perseguir, mi captura. No la tuya, la mía. Una caída que marcó mi cuerpo y exculpó a mis huesos. La mía, no la tuya, no, nunca, porque la tuya era la caída previsible del militante asediado, cercado por considerables infiltraciones, uno más, pero yo no, yo no. Fui apresada como una militante, como la militante que había integrado varias células, una lingüista con un grado máximo, una militante considerada como la más avezada en análisis y estrategias, un cuadro, y sin embargo, no sigas, por favor no sigas, me dices. Estás de espaldas en la cama, extendido o extenso, cómodo, pero no menos adolorido, porque atravesaste una noche que podría ser considerada insoportable.

Hablaste en la noche, murmuraste en la noche, roncaste. Te levantaste al baño, te pusiste mis zapatillas, te tomaste tres tazas de té, fumaste media cajetilla de cigarrillos en la noche, tuviste al menos

una pesadilla, intentaste leer el diario, te escabullíste hacia el baño para pasar las hojas tranquilo, no pudiste, te traicionó el tamaño de las letras, no veías, no podías leer.

Te venció la letra.

Volviste a la pieza. Tomaste por error mi brazo pensando que era el tuyo. Suéltame, no me toques, déjame dormir, pestañeaste y después oprimiste tus párpados con tus dedos, bostezaste, engulliste el pedazo de pan que habías guardado debajo de la almohada y cuando pensabas que era una noche verdaderamente infernal, te dormiste, lo hiciste sin abandonar los saltos ni el espacio alterno de los murmullos y ciertos vagos quejidos. (Las células, agazapadas, se taparon los oídos). Dormiste por un espacio acotado de tiempo. Te moviste en la cama, me despertaste o nos despertamos vagamente, vencidos por un sueño común, un cansancio compartido y junto a la necesidad por ese particular vestido, el deseo más primitivo del que guardo memoria, pensé que con ese vestido, precisamente por su diseño, necesitaba pintarme los labios y se volvió imprescindible un rojo furioso, bermellón, brillante, provocativo. Un rojo estelar junto a los zapatos más altos que podría encontrar. Una búsqueda frenética a través de las vitrinas, de zapatos negros y aguzados, un calzado impropio, unos zapatos que bordeaban el escándalo, con mis labios demasiado

rojos y el vestido. Hasta que toda la magnitud de la crisis se presentó ante el espejo que no cesó de reflejar una imagen alucinante, feroz, la panza, la panza, una imagen de mí que nos aterrorizó, ¿te acuerdas?, ¿te acuerdas?, y tú no sabías qué decir o qué hacer o hacia dónde escaparte, mientras Ximena intentaba disimular y yo misma no estaba segura, no estaba segura de nada ante ese espejo enrojecido y letal que mostraba una imagen de pesadilla. No, yo la había elegido, yo había deambulado grávida por las vitrinas, busqué el rojo, el más intenso, y busqué los zapatos, pero el vestido me asaltó, fue lo único espontáneo, el vestido, mío, mi pesar por el rojo y la vergüenza de unos zapatos que no, no correspondían. Nos miramos en el espejo o a través del espejo, no lo sé. Los tres. Ximena, tú y yo. Ahora observo el cuaderno, la rigidez de las columnas, el orden de los números, mido cuánto valemos, cuánto.

Gastamos poco, valemos poco, te digo.

Sí, sí, me contestas.

Me lo dices aliviado. Prefieres, lo sé, entrar en el siempre inconfortable tema del dinero, antes de rehacer el episodio del vestido, sus causas, sus efectos. Prefieres cualquier cosa, el silencio o un cúmulo de palabras, escoges ir al baño o a la cocina y hasta podrías, no lo sé, no estoy segura, salir a la calle, cruzar la vereda, caminar con tus pasos más

comunes por una calle que se torna irreconocible día a día, pequeños emporios, servicios tecnológicos, ventas de repuestos. Preferirías lo más aborrecible, la calle, esa que te recuerda cómo la historia continúa, sigue su curso filtrada en las maltrechas baldosas, en los nuevos locales que se sostienen en la más frágil de las esperanzas, los locales, los emporios, los servicios, los repuestos rápidamente discontinuados. No quieres ver o no puedes ver y yo, que te entiendo, te entiendo, tanto que hube de suspender los paseos innecesarios, el día del mes que habíamos acordado para dar una vuelta por la cuadra y en un gesto que no pudo sino ser conmiserativo, te lo dije, y noté tu alivio. No salgamos, no, y vi cómo sonreías, a mí, con una confianza antigua.

Sí, me dijiste, sí, ¿para qué salir?

Está bien, te contesté, no es necesario, pero vas a caminar por la pieza unos veinte minutos, tienes que caminar, sí, sí. Pero no lo haces. Sólo vas de la cama al baño o a la cocina, no cumples tus tratos, no los cumples. ¿Caminaste hoy?, te pregunto apenas entro a la pieza, ¿lo hiciste? No caminaste, no lo haces, duermes a deshora y después ¿quién paga las consecuencias?, pero no me escuchas porque estás mirando la bolsa. Dame un pan, me dices, y me gustaría negártelo porque después de todo no cumples. Aseguras y no cumples, no te mereces ni un pedazo de pan. Pero te lo paso y te lo comes

tratando de que no vea tus dientes ralos sobre la masa ni las migas que recoges y te las echas a la boca y sé que tienes los dientes sueltos, dos menos. También mis dientes están sueltos, se te están soltando todos los dientes, ¿no es cierto? Te duelen, sí, me duelen las muelas, las encías, los dientes, se me quebraron tres muelas y dos dientes, pero nunca un dentista, no. Te has resignado. Ya te entregaste a los vaivenes que nos propone la biología, aunque quizás aún esperamos demasiado de nuestros huesos. Confiamos que nos acompañen todo el tiempo que sea necesario, pues ¿qué más tenemos? Nada, te digo, no tenemos nada y gastamos poco, este mes menos que nunca.

¿Menos?, me dices.

Sí, te contesto, hemos entrado en una etapa de bajo costo, por eso te compré cigarrillos, de los que te gustaban, de los que fumabas antes, ¿te acuerdas? ¿De los que fumaba antes?, me dices con una marcada vivacidad, sí.

Ah, sí, me dices, los mismos de antes.

Titubeas, te confundes, te encoges en la cama, te demueles. Pero ¿cómo serán?, me dices, ¿cómo serán esos cigarrillos antiguos?, no, no, no puedo, me dices y tiras la cajetilla al cesto.

Abatida por mi fracaso, te alcanzo un pan más, uno de esos panes que sé cuánto necesitas y cómo nos mantienen.

Yo ya había caído, atrapada como un animal salvaje o un animal de circo, en plena vía pública, cercada y capturada. Después ibas a caer tú. Una suma implacable, la célula completa: los diez. Sobrevivimos siete. Tres muertos. (Los tres muertos están aquí, enhiestos, decorativos, rutilan en la oscuridad). Antes de mi salida, caíste. Cuatro meses ni vivo ni muerto. Finalmente hubimos de reencontrarnos. Lo hicimos entrampados en una aguda perplejidad. Mi estado te obligó a suspender tu dolor, tu agravio, la suma de humillaciones. El terror.

No, dijiste, no.

Me miraste y sentado en la silla, en la pieza que había conseguido, esta pieza, la misma, te tomaste la cabeza con las manos para esconderte o evadir la gravidez de mi figura. Parecías arrasado por un cataclismo. Sí, te hablaba toda mi inclemente naturaleza de espaldas a cualquier razón. Pero qué po-

día hacer. ¿Qué puedo hacer?, te dije. No tenía, comprendes, ni una sola alternativa. Estaba, sí, furiosa, dolida, furiosa. Derrumbada y furiosa, estupefacta y furiosa, aterrada. Todos, cada uno de los sentimientos me pertenecían, eran míos y tú llegabas demolido después de un tiempo que no podía ser contabilizado por la cronología a poner tu pena sobre la mía, tu rencor encima de mi impresionante rencor, un asombro que pretendía disminuir el mío. Llegabas medio vivo o medio muerto, volvías provisto de una distancia impenetrable ante mi desdicha.

«Las cosas son como son».

Así lo dije ante tu intento de apropiación. Sé que conseguí, desde un espacio insospechado, un resto de fuerza y de ira. Sé también que estaba a punto de gritar o de llorar pero aun así, más allá de mis sentimientos legítimos, estoy segura que si hubieses avanzado un ápice en tus acusaciones te habría matado. Todo sucedía como en un mal sueño. Pero ahora tengo que dormir o tengo que morirme o tengo que escaparme. Pero ¿dónde?, ¿dónde?, una vez que el siglo nos ha desalojado. Cien años ya y pese a saber que todo fue consumado en un pasado remoto, en otro siglo y, más aún, en otro milenio, mil años en realidad, allí está el reciente siglo entero o los mil años decrépitos, insidiosos, que se ríen con un horrible gesto para ostentar su estela de desgracia. Lo sé, lo entiendo, cómo no. Lo sé y lo

entiendo. Los procesos históricos se acentúan o se difuminan, ocurren en una tensión que sólo puede ser fugazmente aminorada. Yo soy o fui un cuadro. Me formé serenamente pero con una completa decisión, lo hice con una actitud marcada por la tenacidad y ordenada en la lucidez y en una comprensión nunca ingenua de la historia. Allí estaban disponibles para nosotros o para mí las principales figuras ya antiguas, esas figuras frías pero no, no, obsoletas ni, menos, equivocadas.

Eso no.

Devoré el halo de las figuras que ahora no, no, no, no se pueden nombrar. Heladas y lúcidas y aún supremas en sus errores, pero ¿cuáles errores? Es acaso un error afirmar que: «Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas». Una lucidez ensimismada, una puesta en escena irrebatible, un trazado que contiene mil años, cien de historia. Sí, ¿no?, pero nunca, nunca pensé en el funcionamiento autónomo del cuerpo, su cíclica sorpresa y su catástrofe. Nunca en tu cara

asombrada o asqueada, la tuya, en las horas de un reencuentro trágico, mi trágica aunque fugaz sobrevivencia. Tres muertos: el loco Jiménez, Pedro Cevallos y Luis o Lucho, como le decíamos. (Los tres muertos pasean su terrible contaminación por la pieza. Adoptan una actitud cínica o irónica).

Lucho, bajo, compuesto, solemne.

Lucho que viajaba desde Rancagua para llegar a la hora exacta, nunca atrasado, jamás. A la hora precisa para la reunión de la célula, un militante clandestino, querido y serio, compuesto y solemne, que jamás, en ninguna oportunidad, soltó una carcajada. Lucho que se impacientaba pero ocultaba su impaciencia ante algún comentario que resultara ajeno a la reunión. Nada, nada externo. Porque así era él. No aceptaba rumores ni menos una alusión a lo que podría ser considerado como personal. Odiaba eso, eso lo odiaba, se negaba a las preguntas, jamás emitía una opinión ajena a los temas de la célula. Lucho no se reía ni preguntaba y evadía cualquier personalización. Era así. Era así. Más bien bajo y moreno y serio, tanto que causaba un vago rechazo o infundía un respeto cruzado por la molestia porque nos recordaba sin tregua que éramos una célula, sólo eso, que entre nosotros no había nada personal o, peor aún, íntimo, que no teníamos derecho a reírnos o a besarnos o a odiarnos más allá del marco celular. Lucho, el nombre chapa, que viajaba desde Rancagua, severo y triste, formal y triste, puntual y triste con su cara más legítima, una cara que no era clandestina. Lucho no se reía y volvía en bus a Rancagua, justo en el instante que la reunión terminaba y no tomaba siquiera un sorbo de café, sólo un vaso de agua.

Agua para Lucho, agua de la llave.

El mismo Lucho que no quiso, no pudo, no aceptó su captura ni los golpes y cada uno de los agravios programados y científicos y tomando una decisión histórica, alejada de cualquier personalismo, Lucho, con su parquedad minera y rancagüina, la de él, recubierto en la parsimonia que cultivaba, se ahorcó como un militante. Lo planificó serio y triste, ocupando rigurosamente los trapos con los que contaba.

En cambio, el loco Jiménez y Pedro Cevallos fueron derribados de la misma manera en que iban muriendo los numerosos integrantes de las células, de esas células que caían y morían y, entre tantas chapas, Jiménez y Cevallos, los dos, no lograron, no, no, pervivir. Un azar, dijiste, es azaroso y comprensible, parte del proceso, pude ser yo, cualquiera, olvídalo, dijiste, me cansas, me canso, basta. Caímos y morimos después que la célula ya había experimentado la crisis y se produjo la ruptura, cuando todo había terminado. Pero caímos tal como lo hubiese hecho una célula activa, nuestros orga-

nismos sumados alrededor de un único objetivo: la célula, la célula.

Han pasado mil años.

Ya todos formamos la anónima superficie de los cuadros muertos de otro siglo, entregados a los mil años que transcurren en los periódicos que leemos o dejamos de leer, en los buses que me llevan y me traen, en las tiendas, los locales, las oficinas siempre fugaces o sutiles que tú detestas más, más, mucho más que yo. No me digas, no quiero saber, no me interesa, ¿trajiste mis cigarros?, ¿me los trajiste?, ¿no? Sí, aquí están. Te entrego la cajetilla de cigarros, guardo en la bolsa otra, la que inevitablemente te vas a fumar, dos cajetillas que incorporo a la columna de números que analizaré esta tarde. Me voy a poner los lentes, los últimos que compré en la vía pública, y que ofrecían arrumbados sobre la vereda. Me agaché, me los puse, miré los letreros para tener la certeza de que mis cuentas están bien y que sostienen nuestra célula, una célula de otro siglo o de otro milenio, empecinada ahora en conseguir el té, el arroz, una cantidad razonable de aceite, una bolsa de azúcar. Una célula rezagada que se mantiene en estado larvario, aparentemente desactivada, una apariencia engañosa, porque sabemos lo que sabemos: que tenemos, sí, ciertas importantes habilidades, pese a que los huesos, los nuestros, milenarios, sean presionados por desagradables cal-

cificaciones o aunque la mirada que le pertenece al nervio óptico no consiga la correcta contextura de las imágenes, aún somos una célula, lo sabemos, desactivados y larvarios o casi ciegos, imperfectos, pero sólidos, ¿no? Lucho era, me dices, en último término, en su sentido más concreto, un reaccionario, un socialista clerical. Se amparó en un acto histriónico provisto de un falso valor, un burgués que actuó bajo la forma de un ascetismo cristiano. Eso fue. Lo dices de manera contundente y en un punto, lo sé, tu análisis es certero; sin embargo, te discuto y alzo la voz molesta: la improvisada cuerda que puso alrededor de su cuello, ese trapo que pudo rescatar en medio de un ambiente increíble y adverso, no puede ser reducido a un simple histrionismo o a un factor odiosamente religioso. Fue un trabajo celular, una empresa materialista, extensamente lograda, que lo condujo al éxito final. Estás, te digo, utilizando un pensamiento demasiado simple, obviando partes de los elementos, los más contundentes, aquellos que yacen detrás de las simples apariencias, de cualquier fantasmagoría.

Nos callamos, meditamos.

Mientras pongo mi mano en la pared, adentro de mi cabeza me ronda tu mención irónica a un socialismo clerical agravado por la calificación insidiosa e igualmente irónica contenida en tu mención a un acto revestido por los ecos de un ascetismo

cristiano. Nos damos vueltas en la cama sopesando los argumentos. Comprendo, con extrema claridad, que no puedes dormir ante mi puntualización o precisión acerca del trabajo materialista con la cuerda o los trapos o el pedazo de pantalón que formaron parte de su plan para conseguir un fin. No duermes porque construí un argumento que hace tambalear tu analítica, la horada y la interviene. Nos cuesta dormir entre la dificultad de los huesos también intervenidos por la molestia de las calcificaciones, unas calcificaciones que están ahí y que no necesitamos de exámenes que las certifiquen. Somos una célula, estamos atentos a nosotros mismos como la célula que somos. Podemos incluso diagnosticarnos. No necesitamos de tecnología alguna ni llegar hasta las cámaras médicas ultra sofisticadas, de las que no, no quieres enterarte ni menos comprender para asegurar que tenemos calcificaciones en los huesos, que los huesos están dañados y que te duele la espalda y la cadera está quebrantada por la artrosis y aunque sabemos que podríamos acceder a una cadera o a una rodilla de un plástico de última generación, engarzadas microscópicamente a casi ilegibles hilos de metal, no lo haremos, esperamos demasiado de nuestros huesos, apostamos por ellos, por la historia más ósea que no debe ser interferida o intervenida y cuyo gasto es parte de un proceso materialista que es necesario y, más aún,

imperativo cursar. Tenemos que hablar de Lucho, como le decíamos, tenemos que acordar quién era exactamente y a qué esfera correspondió su acto, qué hizo en realidad y cómo, desde su acción, podemos entender su rol en la célula que habitamos. Volver a analizar a Lucho, serio, bajo, minero extremadamente formal. No detenernos, poner cada uno su argumento, descomponer los argumentos, exacerbarlos, llevarlos al límite, hasta que podamos trazar un mapa de la situación y yo logre revertir tu rechazo por el suicida, tu desprecio por él. Tu punto de vista inconmovible ante la soga o el trapo o los pedazos de pantalón.

Estamos de espaldas en la cama, pensando.

Pero en el reencuentro, hace tantos años, en el siglo pasado, aquí en esta misma pieza, en la pieza abstracta que aún pervive en este siglo, entonces no hablamos de Lucho. Sabíamos de su acto, pero la situación nos volvió sobre nosotros mismos o, más exactamente, sobre mí. Me mirabas primero estupefacto y después diría que francamente incómodo y después dejaste entrever una profunda aversión. Los matices de tu mirada eran sucesivos y veloces. Yo me senté en la silla, tú hiciste lo mismo en la que estaba al frente, sostuviste tu cara entre tus manos, después, lentamente, con un aire teatral, fuiste retirando tus dedos. Intentaste, sé que lo hiciste, buscar las palabras más sensatas y, hasta

cierto punto, afectuosas. Sin embargo, no conseguiste mantenerlas y vino la acusación, la que, claro, yo esperaba, la presagiaba a lo largo de los cuatro meses en que no estabas ni vivo ni muerto o ya estabas muerto y yo. Pensé, a lo largo de cuatro meses, que me ibas a decir lo que me dijiste porque tu razón no iba a resistir y te ibas a entregar a la fuerza anárquica de tus sentimientos.

Pero, aunque estaba cierta que lo ibas a decir, no pensé en la elección o en la dirección de tu frase, brutal, mezquina: «Por qué no te lo sacaste». Una frase inmerecida y soez que no podía sino entenderse como un insulto. «Las cosas son como son». Me palpitaba el corazón, me temblaban las manos de ira, si decías una palabra aniquiladora más, estaba dispuesta a matarte. Como fuera. Me levanté de la silla para abrir la puerta y expulsarte sin violencia de la pieza. Quise hacerlo y lo advertiste. No tengo adónde ir, me dijiste, no hay ningún lugar seguro, no puedo irme. Tus palabras eran sencillas y en su tono rondaba la humildad.

Quédate, te dije, quédate.

Y así fue como caminaste hasta la cama, te tendiste, te quejaste, te dormiste. Estabas cansado. Trepé hasta el rincón de la cama, de mi cama, y me acomodé al trecho que quedaba libre. Me di cuenta, mientras dormías, de que se iniciaba para mí un nuevo suplicio, para los dos, un combate por el

espacio, una manera inédita de convivir sorteando la violencia de la noche. «Por qué no te lo sacaste», dijiste en medio de tu rabia y de tu asco, pero cómo, cómo iba a hacerlo, yo era una célula capturada que no estaba ni viva ni muerta, un simple cuerpo que cayó sometido a demasiados e innombrables agravios, agredido en su biología, la mía. Una biología que funcionaba y que respondía. Cuando te despertaste, aún la luz alumbraba la pieza. Te diste vuelta e intentaste poner tu mano en mi cabeza. Un falso intento demasiado artificial que no me atreví a rechazar quizás porque necesitaba tu mano en mi cabeza, y necesitaba también que estuvieras allí, justo allí, a pesar de la miseria del espacio y de los llantos del niño o la risa del niño o de los sonidos indeterminados del niño o del silencio del niño que más adelante iba a llegar y que te obligó a dormir en el suelo, sobre una frazada, al lado nuestro, porque no, no cabíamos los tres en la cama. Despertaste, pusiste mi mano en la cabeza, una mano mentirosa. ¿Tienes pan?, me dijiste. Sí, te contesté. Pero hubo un instante decente y hasta poético, un instante, uno, porque cuando te levantaste y me extendiste el brazo para ayudarme a bajar de la cama, lo hiciste de manera amable y verídica. Sí, estabas traspasado de una amabilidad completamente real y verídica.

El día del reencuentro fui a la cocina a preparar nuestras tazas de té. Mientras esperaba el hervor de la tetera me dediqué a esparcir la mantequilla sobre el pan. Ya lo tenía previsto: el té, la mantequilla, el pan, la bandeja. Cuando caminaba hacia la cocina, me dijiste: «Yo lo hago». No, te contesté, todavía puedo. Mis palabras contenían un dejo irónico. Parco pero irónico y, pese a la apabullante tensión, conseguiste sonreír. Pusiste las dos sillas, la mía y la tuya, alrededor de la mesa. Las sensaciones contrapuestas estaban entre nosotros, revoloteando encima del pan, humeando sobre las tazas de té, rondando nuestros rostros. Nos sentíamos, lo sé, en un punto, aliviados o reconfortados porque después de meses nos reencontrábamos en la pieza, vivos o casi vivos se podría decir (muertos, ya estábamos muertos). Protegidos por unas paredes que yo había escogido. No, yo no las había

escogido, lo había hecho Ximena, cuando me dijo: te encontré un lugar, pero no tienes que salir, no, por ningún motivo vas a salir, ¿me entiendes? No todavía, no por ahora, lo haces más adelante, después de que nazca el niño. Te paso el azúcar, toma, aquí tienes tu cuchara. Mientras te hablaba del azúcar, pensaba que estábamos vivos, que a pesar de todo aún contábamos con nuestros rostros demasiado familiares que se conocían desde la incipiente adolescencia. Permanecíamos, de cierta manera, vivos (no, no), tomando una taza de té, inmersos en una adversidad límite que jamás pudimos haber imaginado. Qué vas a hacer, me preguntaste. No, lo que me dijiste fue: ¿qué vamos a hacer? Ximena, te contesté, ella se va a encargar de todo hasta que sea necesario, ya lo ha hecho, va y viene, se ocupa, aunque, claro, está haciendo lo que puede, tú sabes. Ah, sí, Ximena. Silenciosos, traspasados cada uno por imágenes que, aun en sus diferencias, nos contenían. No sabíamos cómo hablarnos o qué decir, pero entendíamos también que debíamos empezar, que era imperioso iniciar una organización. Teníamos que organizarnos y presentarle el plan definitivo a Ximena, un trazado coherente y preciso. Yo, en esos meses, dependía de una Ximena que iba y venía, obsesionada, come, come, mientras yo intentaba mascar, consumir, obedecer.

Come, tienes que comer. Come.

Pero el hambre se había retirado, aunque lo intentaba, lo hacía porque ella estaba tan obsesionada por la comida, la mía, le importaba, era lo único que le importaba. Come. Y tenía que hacerlo, comer, aunque no tuviera o no supiera qué era el hambre, pero allí estaba Ximena que entraba y salía de la pieza, en horas nunca idénticas, a cualquier hora, las más sorprendentes, siguiendo rigurosamente el esquema básico o primario de las medidas de seguridad que tan bien conocíamos y que, sin embargo, fallaban, fallaban y el único momento en que su preocupación cesaba era cuando la cuchara entraba en mi boca y ella iba registrando cómo tragaba, cómo iba vaciándose el plato y entonces, mientras miraba el plato casi vacío, no puedo más, no puedo, respiraba o suspiraba, satisfecha porque yo había comido, lo había hecho para velar por el objetivo de Ximena, no tengo hambre, no tengo hambre y su agobiadora monserga, come, come y cuando salía de la pieza, cumplida ya la abnegación militante, empezaban los vómitos o el asco o la sensación extrema de una saciedad repugnante, realmente sucia, un atentado biológico impuesto ante una falta radical de hambre y, sin embargo, sin hambre, sin ninguna necesidad, por un mero sentido común, comprensible, básico pero paradójicamente inhumano, había que comer, por obligación, por una obligación que se había autoimpuesto Ximena,

porque te vas a morir, en verdad que te vas a morir, como si la palabra muerte tuviera para mí alguna relevancia.

Come.

Come. En esos días sin hambre, entregada a la prolijidad de Ximena que intentaba evitar la compasión que ocasionalmente la invadía, Ximena que luchaba por mantenerse dentro del convencimiento o de la labor de una militante, despojada de emociones, entregada a su tarea política de sostener a los sobrevivientes, encargarse de la seguridad, arriesgarse por los sobrevivientes, salir a la calle, Ximena, asustada, con el corazón acelerado ante autos que bruscamente se detenían o frente a rostros demasiado definidos que la miraban o podían mirarla. O cuerpos sólidos que la iban a tomar por la espalda hasta hacerle trizas su columna vertebral o la subirían a un auto o la matarían de un certero tiro en la cabeza. Ximena, caminando o bajándose de las micros en pos de los sobrevivientes para que volvieran a ser lo que eran, que renunciaran a sus caras torvas o a sus desdichas o a sus recuerdos o a sus caprichos, come, come, recogiendo pedazos de células diezmadas, cumpliendo así su tarea, una tarea incierta manejada por cuadros clandestinos que también caían y caían, come, no salgas, no enciendas la luz, aguanta, aguanta uno o dos meses, te falta poco, cada vez menos los meses que te restan.

Tomamos té, sentados a la mesa.

¿Te parece confiable Ximena?, me preguntaste. Te miré asombrada, ¿qué estás diciendo? Ya no se sabe, dijiste, hay reversiones, traiciones, entregas programadas. Pero no, te dije, Ximena, ella no. ¿Estás segura? Sí, estoy segura, convencida, segura. Mientras lo decía, una sombra de duda, inevitable o impensable, me asaltó. Después de todo, quién era Ximena, a qué cuadro había pertenecido, en cuántas células había militado, cuáles habían sido sus aportes, de dónde emanaba su función. Ximena, alta. Su estatura la complicaba, la enardecía, la detallaba, pero estaba allí, su altura y su militancia. Luché por visualizar a Ximena, alta y precisa, una Ximena que había participado en la segunda célula que conformamos y que nos parecía dispuesta, quizás excesivamente impregnada de una abnegación que algunas veces nos confundía. Pero Ximena, más allá de sus gestos, respondía y actuaba siguiendo cada uno de los procedimientos. No, lo que insinúas es imposible. Nada es imposible ahora, tú lo sabes o no sabes, pero créeme, las infiltraciones, allanamientos, seguimientos, reversiones, las sucesivas capturas, los quiebres, la incertidumbre. Te miré y vi cómo se encendía tu mirada hasta un punto crítico que me resultaba demasiado perturbador.

Cállate, te dije.

Comprendí que mi orden, quizás demasiado violenta, era necesaria para desalojar tus obsesiones y centrarnos en nosotros mismos. ¿Qué vamos a hacer?, me dijiste. Sí, te contesté, ¿qué vamos a hacer? Atardecía. La pieza no era capaz de contener ni menos configurar esa tarde que se vislumbraba luminosa y apacible, augurando una naturaleza benigna capaz de producir una belleza imposible de ignorar. Aunque estaba en la pieza, sentada alrededor de la mesa, más allá de las tazas de té ya vacías, sabía que afuera, en esa tarde precisa, estaba desplegándose un espectáculo solar limpio y consistente. Pensé en el mar, también pensé de manera incontrolable en la plenitud de los cerros intensificados por una luz que caía y pensé que estabas ahí. Y porque estabas ahí, sentado alrededor de la mesa, iban a ordenarse los engranajes y podría empezar a comer sin angustia porque la naturaleza era empecinadamente cíclica y habríamos de comprenderla y no, no, únicamente despreciarla. Eso quise decirte, hablarte del sol y hasta del mar, a pesar de haber experimentado tu indiferencia ante la naturaleza, tu franco desdén, como esa tarde en que fuimos por primera vez juntos a la playa, lo hicimos aprovechando los días festivos. No es que esos días, los del feriado, estuvieran especialmente hermosos, no era eso, lo que me cautivaba era el espectáculo del espacio abierto, del franco dilema del horizonte, la percep-

ción de un horizonte cortado por el agua que se transformaba sólo en una línea y resolvía geométricamente la siempre tensa figura del encuentro. Vimos el mar, lo observamos con la concentración ingenua que caracteriza al turista. Nos sentamos en uno de los escaños del paseo y nos quedamos quietos, silenciosos. Pensé que estábamos compartiendo un instante único y, de cierta manera, decisivo; sin embargo, pronto hube de desistir.

Tú no. Tú no.

Pensabas en la próxima reunión, eso me dijiste sentado en uno de los escaños de metal, me hablaste de tu plan para conseguir que se aprobaran, de manera expedita, los acuerdos. Me lo dijiste frente al mar, mirando la geometría precisa de la línea y la impactante prolijidad del horizonte. Comprendí que estabas todavía en el centro de la célula, que permanecías allí y que no habría ningún paisaje o acontecimiento de la naturaleza que te pudiera separar. No habías visto nada, nada del espacio exterior, sólo funcionaban las imágenes que se desencadenaban en el interior de tu cabeza.

Me conmocionó tu indiferencia o tu impresionante insensibilidad. Pero, de manera simultánea, sentí que era mío ese mar capaz de dibujar un horizonte. Me pertenecía el mar y la magnitud de un espacio insospechado. Éramos urbanos, lo éramos, y aunque entendía que estaba cautiva por una na-

turaleza que no habitaba o que no me pertenecía y que mi emoción era, en cierto modo, previsible y con seguridad, fugaz o más aún podría ser considerada banal, me posesioné. Te contesté de manera automática, sí, sí, te dije, pero seguía absorta ante el oleaje, de espaldas a la célula y a tus deseos de aprobar sin cuestionamientos los acuerdos. Pero, mientras tomábamos té, en las horas del reencuentro, volví a sentir un impacto semejante. Auguraba un sol que se evadía ocupando al máximo su potencia, esa posibilidad me distrajo o me separó de la obligación de enfrentar la realidad en la que se iban a cursar nuestras vidas. El sol poniéndose me obligó también a desentenderme de Ximena y su proximidad peligrosa. Y me obligó especialmente a comprender que yo estaba atada a una naturaleza, la mía, que ya había terminado de anudar sus signos.

Ximena va a realizar el apoyo logístico, te dije. ¿Cómo?, preguntaste en un tono asombrado o asustado. Sí, ella ya se está preparando, lo acordamos, el tema del parto ya está zanjado. Te diste cuenta de que no tenías ninguna alternativa. No podíamos acudir al hospital, no lo haríamos porque adentro, en sus piezas hostiles, sólo encontraría o encontraríamos la posibilidad más concreta de una muerte segura. No iré al hospital, te dije, lo entiendes, ¿no? Sí, me contestaste. Y entonces me atreví a informarte del plan completo, tú lo vas a hacer, te dije, tú mis-

mo, pero Ximena te va a entregar las pautas, los pasos correctos, ella te va a indicar cada una de las maniobras necesarias. Y, además, te dije, ella está confeccionando un manual para que lo ejercites, lo aprendas, memorices, entiendas, te sientas seguro.

No, no puedo, dijiste. Eso no.

Estabas lívido, a punto de colapsar. Tu negativa era enérgica y era sincera, pero inútil. Pensé en cuánto me había apresurado, pensé que había sido torpe al informarte del plan, pensé también que mis palabras contenían una forma de venganza. Después de todo tú volvías después de haber sorteado el tiempo más catastrófico que podía experimentar tu cuerpo, pero lo extremo de mi situación te desalojaba de ti, volvías para enfrentarte a mi drama y, en la pieza, justo en medio de la tarde, se exhibía nuestra aplastante decadencia. Bueno, bueno, este es uno de los resultados del tiempo histórico, las señas de este tiempo, lo sabíamos, te dije. Es así, siempre, insistí. Lo estudiamos o lo estudié, añadí. Es parte de un programa que se repite y se repite. De esa manera busqué diluir el efecto del plan que habíamos trazado. Yo lo tracé. Lo hice después de meditar y sopesar las opciones. Pero, más allá de las visiones y ensoñaciones que inevitablemente me asaltaban, nunca, nunca fui capaz de presagiar cómo se iba a manifestar el umbral del dolor y de la sangre. Tus manos sangrientas de cirujano o de carnicero, tu cara feroz, tu rabia, la abierta decisión de que muriéramos, el niño y yo, nuestras muertes salvajes, tu boca temblorosa, el odio de esas horas, largas, extensas, esperando, esperando que concluyera el proceso, inseguros ante su magnitud, tú aterrado, despreciándome y despreciándote sin tregua, asegurando que era mi culpa, la mía, y allí, precisamente, se anclaba el desprecio por ti mismo, tu incapacidad de irte, renunciar a la célula en la que nos íbamos a convertir, salir a la calle, pactar un nuevo sitio, renegar de una unión sin asidero. Salir a la calle a buscar un alero que te permitiera sobrevivir. Lo podías hacer, podías salir a la calle y buscar a Gómez que entonces todavía estaba asistiendo y luchando por recuperar y activar células. (Gómez está sentado a la orilla de nuestra cama y muestra su brazo quebrado como si fuera un trofeo, las células están furiosas por su personalismo).

Podías contactarte con Gómez.

Explicarle a Gómez los motivos de tu huida, él lo iba a comprender, te iba a apoyar, eras un cuadro vivo y urgentemente necesario. Ir donde Gómez a decirle, no pude, no, no. Escaparte y, en medio de unos horribles dolores y del fugaz efecto del éter, en medio de mi más implacable naturaleza, ante tu rencor imposible de escamotear, no podía dejar de repetir con rabia, con saña, con odio, ándate donde Gómez, él te va a asistir, con seguridad lo va a

hacer, Gómez es confiable, confiable, puedes creerle a Gómez, es completamente inmune ante las infiltraciones, el soplonaje, las entregas programadas y murmurar con los dientes apretados y filosos, ándate porque me quieres matar, sí, eso es lo que quieres, me estás matando, me estoy muriendo, ayúdame, dame más éter, apúrate porque me voy a morir. Pero cuando volviste, el día del reencuentro, en esta pieza, la misma, restañábamos aún nuestras heridas recientes y por eso, cuando te dije, tú lo vas a hacer, contestaste sin dudar, con la certeza, el arrojo y la valentía del mejor y más disciplinado militante, sí, yo lo hago, lo voy a hacer porque no podemos ir al hospital. Yo me haré cargo. Y añadiste: dame el manual de Ximena, entrégame de una vez cada una de las instrucciones.

Hoy no ha comido, me dice, no quiere comer.

¿No come? ¿Y por qué no come?, le pregunto.

Porque no quiere. Por eso no come.

Tenemos que comer. Tenemos que alimentarnos.

Se lo digo mientras me inclino hacia ella y retiro las sábanas que la cubren. Empiezo a desabotonarle la camisa.

Observo lo que tanto conozco, su ausencia definitiva; el color gris que la define, las manos agarrotadas y torcidas encima de la colcha. Las terribles escaras que la destruyen. Veo también la mirada ansiosa y desesperada de la hermana, su única hermana, sentada en la silla de la pieza, vigilante. La hermana que me espera y que me teme, que lamenta no ser ya capaz de lavarla o sentarla en la cama. La hermana que se proyecta a sí misma en el desastre del cuerpo que vela y al que alimenta, entregada a la comprensión de la enfermedad, cautiva de los síntomas y las señas.

¿La ayudo?, me dice.

No, le contesto, no es necesario.

Está ida, indiferente, me dice. Ya no me hace el menor caso.

Está muy enferma, le contesto.

Sí, me dice, es verdad, pero ella siempre ha sido porfiada, terca.

La atravieso en la cama, encuentro la postura que me permita sacarle el calzón, y el pañal mojado, luego los dejo en el cesto que está al lado de la cama. Tomo el lavatorio con agua tibia que está preparado sobre el velador y con una esponja suave limpio su entrepierna.

Tápela, me dice la hermana, se va a resfriar

Espérese un poquito, le contesto, ya la tapo.

No, no, no, me dice, tápela ahora mismo. Está azul, acaso no ve que se está poniendo azul.

Pero entonces no puedo limpiarla.

No, no la limpie hoy, no lo haga, déjela que descanse. Váyase, váyase a su casa. Pero yo le voy a pagar, tome, tome. Desde luego que le voy a pagar. Vuelva la próxima semana. Por favor, déjenos solas.

Bueno, le contesto, está bien, como usted quiera.

Y nada, nada, nada con los vecinos, inclinas la cabeza y cruzas algunas palabras sólo si fuese necesario, neutras, cautelosas, cotidianas. Ximena no titubeaba, hablaba desde el centro del manual. Así lo hice o lo hicimos. Pudimos prescindir de la curiosidad de los vecinos, los sorteamos. No fue difícil, contábamos con una dilatada experiencia, sabíamos cómo escamotear. Nos transformamos en sombras o redujimos a sombras a los vecinos. ¿Te acuerdas?, ¿te acuerdas? Pero ahora es tarde. Todo se ha precipitado. Ya no estamos exactamente vivos (muertos, sí, muertos) después de los cien, de los mil años que hubimos de sobrellevar. Exhaustos, con los huesos desencajados, arruinados los rostros que teníamos, ¿te acuerdas? O quizás no los tuvimos nunca, jamás hubo rostros, no lo sé. Pero cuando salí de la reclusión, allí estaba Ximena. Al verme cuidó incluso la dirección, el matiz, el

énfasis de su mirada. Nunca se permitió manifestar ni la menor emoción ante lo que yo fríamente ya le había comunicado. Más bien se volcó a expresar su satisfacción porque una militante salía en parte viva, yo salía a la calle y ella me esperaba para trasladarme hasta el lugar que había conseguido, un espacio, un espacio. Un lugar seguro, me dijo.

Sí, le contesté. Gracias, le dije.

Gracias, murmuré en medio de una ausencia aplastante. Se lo dije porque, después de todo, me había formado en la cortesía, lo dije sólo por decir, por hábito. Gracias, y mientras pronunciaba cada uno de los sonidos, odié la palabra, me había retirado de esa palabra, sabía que no había nada, absolutamente nada que yo tuviese que agradecer, al revés, la pesadilla era el signo, yo misma era la evidencia viva de un desorden absoluto, el desencadenamiento del mal, el efecto de un atroz resultado o una broma o una evidencia espantosamente melodramática. Cuando supe que venía el niño, pude haber reído o llorado o pude refugiarme en una previsible autocompasión. No lo hice. Pero recuerdo que me puse en el lugar de un agudo desprecio. Aunque detrás del desprecio, un retazo o un pedazo de mí sabía que iba a resistir porque el niño, el mío, era irreversible e inocente o nada. Nada más que un niño al que no cabía culpar. O al que podía culpar aunque ya era innecesario.

Yo era una analista.

Yo era una analista. Estaba preparada para sopesar todas y cada una de las condiciones y al niño en mí. El cautiverio, el niño y yo. Un niño hermoso o glorioso, que ya caminaba y empezaba a emitir sus primeras palabras, unas mínimas y estrechas palabras, el mío, que después de dos años, entre unos impresionantes estertores no, no iba a pervivir. No puedo decir nada, no debo decir. Luego de un siglo te observo ahora dormido o despierto, pensando sin ningún horizonte, tendido en la cama. La cama y tú, ese es el pacto, las sábanas y mi almohada, el siglo entero, los mil años desplomados. Allí quedas, en la pieza, recogido, con tu cráneo (tu calavera) entre la almohada y la sábana, acostado, mientras yo salgo a la calle y camino sin dudar por la recta vereda, me detengo en el paradero y, cuando corresponde, subo perentoriamente a la micro, seriada, común, agazapada en un bus que debe cumplir su extenso recorrido al que yo tengo que plegarme para llegar sin tardanza a la casa, al trabajo, a la mujer y cada uno de sus infinitos pormenores.

Al lado de mi ventana resuena el ulular de las sirenas. Comprendo que, más allá, en el barrio adyacente, se ha consumado una balacera, el asalto al banco. Una de las balas dio directo en el guardia, un hombre de unos treinta años, vestido con su uniforme azul, moreno, aunque no esbelto, no. Un

guardia que antes del balazo tuvo una presencia. Sí, la tuvo porque era un hombre armado, silencioso y diligente. Observador, silencioso y diligente. Armado. Pero ahora el guardia cae al suelo, de costado, fetal, acurrucado, herido de muerte. La muerte, la suya, alojada en la miseria de uno de sus pulmones y por el hueco, debido a la exactitud del balazo, por la gravedad irreversible de la herida, se precipita la sangre, una sangre común y corriente, aunque entorpecida por los infatigables coágulos que arruinan la prestancia más acuosa que siempre ha caracterizado al rojo. En medio de una agonía leve o casi irrisoria o anodina está muriendo el guardia y muere también la mujer, la mata su estúpido afán de protagonismo. Muere irreversible, lentamente tirada en el suelo, está muriendo de dos, tres certeros balazos en su cabeza. Muere y muere como si fuera la única criatura en todo el universo.

Muere interna, confusa.

Agoniza atravesada por convulsiones.

Salta tendida sobre el piso porque las balas en la cabeza la obligan a esos movimientos absurdos, descontrolados y, allí, la masa encefálica, parte importante de sus sesos, se deslizan sobre el suelo del banco para ensuciar su piso prolijo. Lo ensucia y lo envilece esa materia espesa e impura que se escurre de la cabeza agónica de la mujer que muere y muere en un acto salvaje que no horroriza sino más

bien obliga a la náusea. El espectáculo público de esa mujer de unos ¿cuántos? cuarenta, cuarenta y cinco años, qué importa, una ejecutiva uniformada, nerviosa ante un asalto, que no supo o no pudo replegarse o no quiso restarse al robo ni menos renunció al grito y no se privó, tampoco, del insulto y no ocultó, no lo hizo, su desprecio altanero por los asaltantes, hasta que las dos o tres balas la derribaron, los ojos en blanco, las convulsiones, las piernas móviles y finales, el absurdo de un cuerpo regido por su propia neurología, el funcionamiento sorprendente del cuerpo. Se muere la mujer más rápido o más estrepitosamente que el guardia, mueren los dos atravesados por signos distintos. Más púdico el guardia, más convencido o recatado o ausente en los minutos de su muerte, tan diferente a las balas de la mujer convulsiva, con unas neuronas abstractas, dispersas sobre un suelo que ya no puede ser considerado impecable.

Ay, cómo nos asustan las sirenas agobiantes.

Las ambulancias parecen conectadas a los carros veloces de la policía. Todos los cuerpos: los médicos y las siluetas represivas de una policía frígida, estatal, pisan las materias orgánicas, arruinan los estertores de la mujer descerebrada y no se detienen ante ese suelo abyecto y contaminado, no, no lo hacen, ni se compadecen del guardia que aún no termina de morir, que se aferra a sí mismo, aunque

ya está muerto, lo está, así lo certificará el médico y toda su vasta minuciosa indiferencia. Ambos lívidos, asombrosamente pálidos, sólo animados por los notables regueros de sangre que los ornamentan. Ay, el banco invadido por las fuerzas policíacas y los equipos médicos y la masa encefálica de la mujer y la urgencia activa de los equipos que se mueven estimulados o enérgicos ante una sangre que los emociona y los valida.

Las sirenas, las sirenas atraviesan e intervienen el recorrido del tránsito, dotan a la ciudad del aullido que necesita, mientras, más adelante, dos cuadras o cinco, podrían ser cinco, el joven repetido y monótono irá directo, sin dudar, sin el menor atisbo de flaqueza, con una precisión asombrosa, a estallar el parabrisas del automóvil. Lo hará con toda la potencia de su musculatura puesta en la piedra, una piedra que sostiene con el vigor que le otorga su asentado resentimiento. La piedra con la que va a herir sin contemplaciones al hombre. Derribará de costado al chofer del auto, un sujeto con un ostensible sobrepeso, cincuenta años, ingeniero. Un ingeniero industrial que va a terminar con la cara imposible, la mandíbula quebrada, el ojo dañado, dañado, un profesional (ingeniero) que no alcanza a entender del todo la piedra, la mano que atacó el vidrio ni menos la embestida del cuerpo del joven. No la entenderá debido a la aguda precipitación en

la que se vio envuelto. El ingeniero industrial (un varón de cincuenta años) yace ahora a medio camino entre la lucidez y la inconsciencia, sometido a la sangre, una sangre que lo espanta, lo despierta y, simultáneamente, lo duerme, mientras con todo el ímpetu de su brazo, el joven abre la puerta del auto, rápido, rápido para registrar los bolsillos del hombre que sangra, saca su billetera (el dinero, su chequera, las tarjetas del ingeniero, sus fotos familiares estereotipadas, tan comunes sus fotografías), pero el asalto, pese a su fugacidad, ya fue advertido. Lo ven los peatones, los automovilistas, lo temen.

Lo temen y no actúan.

Un silencio dramático atraviesa la cuadra, nadie asiste ni interviene. Se restan. El hombre herido por la piedra se tapa la cara con las manos. Me voy a morir. Me voy a morir y se entrega al dolor. El joven se pierde en una carrera perfecta y eficaz. Aparece el primer automovilista. Coincide con el peatón y ambos permanecen absortos, mirando al conductor caído sobre el asiento, cautivos enteramente por la imagen del hombre con la mandíbula quebrada. Los huesos de su cara van a ser intervenidos en una urgente y precipitada cirugía, pero no va a recuperar nunca, jamás, el rostro que tenía, no será posible. Igual que tú, igual que tú. Tu pómulo fracturado, te dieron con un fierro en la cara, el metal te dejó una reconocible huella. No quise hablarte

de tu cara, no lo hice el día del reencuentro. En cuanto llegaste, supe que te habían quebrado el pómulo izquierdo porque tenías una hendidura no dramática, no, sino más bien digna pero consistente. ¿Por qué pienso en tu pómulo? Abro la cartera y busco el gorro que me protege del agua, está averiado. Deberé comprar uno nuevo, ¿cuánto resiste?, dos o tres meses a lo sumo. Un gorro cada tres meses, un delantal plástico cada mes. El bus, su vaivén releva nuevamente a tu pómulo, una hendidura que estaba allí y que no quise comentar. No lo hicimos. No dijimos nada de tu cara, no entramos en detalles. Era así, debía ser así porque cualquier pregunta, cualquier relato nos iba a llevar a un territorio que teníamos que evitar. Decidí que tenías la cara de siempre, que no existía la menor diferencia, que tus rasgos eran constantes.

Borré tu cara.

Pero noté de inmediato que tenías una asimetría nueva en tu rostro, pero tú no fuiste capaz de hacer lo mismo, no pudiste mantener el rigor de la mirada ni menos retener la frase oprobiosa: «Por qué no te lo sacaste». Más allá, entre los movimientos del bus, diviso las vitrinas. Una y otra, una y otra, vagas, ligeramente desarmadas, en cierto modo descuidadas las vitrinas y, detrás de las vitrinas, una serie de sonidos que no pueden sino ser adjudicados a las balas, secas, reconocibles, unas balas que

pasan a la distancia pero son tantas, tantas. Están asaltando prácticamente todos los bancos, los centros comerciales estallan sin tregua con sus mercaderías diseminadas por los pasillos diseñados por un procedimiento serial, están vaciando las arcas, mueren guardias, policías, clientes, muere uno de los asaltantes, muere un niño. Están apedreando cientos o miles de autos, vuelan las billeteras, un hombre se pone histérico, grita y grita enloqueciendo una de las cuadras de la ciudad, grita, aúlla, mientras en las casas lujosas se desencadena un terror no exento de culpa.

Desvalijan, desvalijan, desvalijan.

Van pasando una a una las calles, uno a uno los paraderos, la sangre, las balas, los jóvenes y sus piedras, las sedes bancarias impasibles y transparentes. Todo se mueve a un ritmo enardecido. Pero así es la ciudad, ¿no? Alocada y febril. Animada y estrepitosa, un verdadero espectáculo.

Pero ahora todo se ha normalizado. Parece, por un instante, una ciudad de otro siglo o de otro milenio; muda y opaca. Pero justo en la calle opuesta al recorrido del bus, en una casa alejada que podría ser considerada incluso periférica, la mujer embarazada no logra resistir el primer palo en la cabeza y cae sobre el suelo de la cocina. El palo en la cabeza la marea: su fuerza y el sonido seco, óseo. Comprende que debe erguirse, levantarse sobre sus

dos pies e intentar huir, hacerlo ya, pararse, pero simultáneamente entiende que el palo volverá a caer una y otra vez, de manera desordenada sobre su cuerpo, la cabeza, las costillas, la pierna, un pie y el brazo.

Le quebró las dos manos.

Esta vez sí la va a matar, un crimen pasional, uno más, el mío, exactamente en este día y cuando pasen no más de siete minutos estará exánime en el suelo de la cocina. Ella lo sabe. Siente que tiene minutos de vida porque el palo en la cabeza o, habría que decir, los palos en la cabeza fueron realmente letales. Va a morir de una determinada manera, los noticiarios nocturnos darán cuenta de su conexión a una máquina que no la reanimará, sólo estará allí para consolidar su fin, su cerebro muerto. Con una censura o un pudor parcial, las noticias mostrarán sólo una parte ínfima de las heridas, prohibirán su cabeza, y el pelo empapado en sangre, un pelo pegajoso. Lo último, verdaderamente lo último que alcanzó a pensar la mujer (quizás fuera sólo una palabra) correspondía a una orden, párate, párate. Después nada. Todo dejó de significar, no estuvo. Su cara no desfigurada, no, pero sí muy alterada o tumefacta, histórica. Como tu mejilla, el pómulo fracturado. Como yo. Un hueso que se pudo reconstituir hasta dejar una hendidura que marcó para siempre tu ausencia. Llegaste con tu

hueso maltratado, entraste y te sentaste en la silla. Después de meses. Yo también me senté. La mesa, la misma que tenemos ahora, se extendía entre nosotros. Después te acostaste en mi cama y te dormiste. Ahora, mientras en la ciudad resuenan los balazos, estarás hundido en la cama, la de siempre, justo cuando ya me bajo del bus, cuando camino lo más enhiesta posible, cuando simulo que no, no me duele la espalda ni la rodilla derecha, ni uno de mis hombros, mientras intento aparentar en medio de una caminata vulgar que soy alguien que conozco y que controlo. Pero dudo. Dudo y vacilo ante el asombro que me provoca la posibilidad de ser una mujer a la que conozco y a la que controlo.

El bus avanza lentamente. Me vuelco con una resignación burocrática hacia la ventana. A través del vidrio sólo resalta un paisaje gris intervenido por cuerpos fríos que caminan a una velocidad previsible y humana. Está todo en orden o bajo la apariencia de un orden meticuloso. Pero ahora miro al chofer. Observo cómo cumple su función. Lo hace programado en una vasta paciencia. Veo su espalda o vislumbro su perfil. Advierto sus manos y la relación diestra con el metal. Soy una pasajera más, una víctima de la demora, un mero componente urbano. Conseguí un asiento y eso me permite un pequeño control sobre una acotada superficie. Los otros pasajeros se convierten, ante la posición de mi mirada, en meros fragmentos, pedazos de espaldas, cabezas, un súbito perfil, la precipitación de la mano en el metal ante la visión del paradero. Somos pocos, muy parecidos los unos a los otros.

Anónimos ciudadanos capturados en una locomoción interferida por un tránsito abarrotado que nos mantiene tensos en nuestros asientos, a la espera que cese el rojo de los semáforos y avance el otro bus, el que nos antecede. Estamos casi detenidos o circulando a una velocidad francamente exasperante mientras no me decido si mirar por la ventana o bien detenerme en el chofer y en los pedazos de pasajeros. Miro hacia adentro y hacia fuera. Me distrae la calle y me distrae el pasillo. En realidad, más allá de mis propios deseos, no puedo alejar mi mirada de la calle o del interior del bus, en una sucesión simétrica: la calle, el interior, como si fuera una vigía o una informante obligada a consignar.

La calle, demasiado poblada (después de todo viajamos por una vía importante en la ruta neurálgica de la ciudad), me empuja a observar las fachadas o los jardines o los árboles o la serie de cuerpos que caminan a un velocidad no demasiado diferente al bus que no avanza porque está obstruido por otro que, a su vez, eso no lo podemos asegurar, se encuentra entrampado ante un semáforo descompuesto o por un accidente o un atropello o un asalto o un trastorno vial imposible de definir.

Podría bajarme.

En el próximo paradero.

Bajarme y caminar las cuántas, quizás veinte cuadras que me separan de la casa. No, quince cuadras.

Tal vez seis paraderos, sí, seis, más las dos cuadras que obligatoriamente debo recorrer los miércoles y después de reconocer la casa, de detenerme ante la reja, traspasarla, presionar el timbre, un timbre que algunas veces está averiado, de experimentar la tensa espera antes de que me abran la puerta, que me abra la puerta la mujer enjuta que trabaja, así me lo ha dicho, hace diez años en la casa, esperar que me abra la puerta, a sabiendas de que se demora, que odia abrir la puerta, que luego de escuchar el timbre camina por el pasillo de la casa, descorre la cortina y mira por la ventana para cerciorarse de quién viene, de quién está afuera, lo hace antes de asomarse por la puerta y cuando me reconoce, con una actitud condescendiente, me invita a pasar a la casa, la casa del miércoles en la mañana, como dijo el hijo, con claridad y energía, no demasiado temprano, a una hora que no incomode, no a primera hora ni menos en la tarde, ella duerme hasta las diez y en la tarde no tiene fuerzas ni ánimo, justo a media mañana, esa es la mejor hora para ella, más aun, la única hora posible, y en eso debo ser enfático, tiene que llegar aquí a las once o a más tardar a las doce, ¿me entiende? Presionar el timbre que algunas veces está averiado, no escuchaba, si no abro, por favor, me grita, porque todavía no lo han arreglado, no conseguimos quien nos solucione el problema del timbre, y esperar a la mujer enjuta de una edad

que no se puede precisar, cuarenta años, aunque si se observa bien, no más de treinta y cinco, abriendo la puerta, con una desconfianza que la obliga a mirar hacia la izquierda y hacia la derecha, asustada de la calle o resfriada, tosiendo, ¿qué puedo tomar?, me duele la garganta, ¿no es enfermera?, ah, no, entonces usted no es enfermera, y yo que estaba convencida que era enfermera, pero aun así, ¿qué me recomienda para este resfrío?, mientras controla sin disimulo su reloj, esa es su tarea, vigilar mi hora, mi posible atraso o una irreverente precipitación. Usted sabe bien que el hijo de la señora, el que manda la casa, el que la controla, el que la surte, el que lleva la cuenta de cuánto gasto se realiza, el que a menudo está molesto por los precios, el hijo de la señora, le dijo que a las once, entre once y doce, pero hoy la señora no está mal, no está mal, usted la va a ver, afortunadamente ya llegó, porque yo no consigo levantarla, puede caerse, puede caerse y qué hago yo entonces, no, no.

Caminar esas dos cuadras que tan bien conozco.

Bajarme en el paradero que me corresponde y luego de caminar las dos cuadras, detenerme en la puerta y esperar que sí esta vez funcione el timbre para entrar rápido en la casa y sortear las palabras de la mujer enjuta de treinta y cinco años, un metro sesenta de estatura, de unos cincuenta kilos de peso, con un lunar oscuro en la mejilla. Labios delgados

y frente estrecha, cubierta por un delantal azul a cuadros, siempre el mismo, limpio. Pelo negro, ligeramente ensortijado, sus manos despojadas de anillos, ojos café oscuro, uñas cortas, manos delgadas, zapatos bajos, grises, medias transparentes que envuelven sus piernas delgadas, de piel morena, pálida. Escuchar cómo se aproximan sus pasos a la puerta, cómo abre la puerta de la casa y ver entonces a la mujer morena, asomada desde la puerta, con su delantal azul a cuadros, cuadros blancos, un uniforme común, tradicional. Comprobar su miedo al timbre, a la calle, un miedo inscrito en su expresión nerviosa o desconfiada, pase, pase, una mujer morena de treinta y cinco años, pase, mientras mira su reloj y comprueba, como cada miércoles, que he llegado a la hora, ocupando acertadamente cada uno de los minutos de los que dispongo.

Sé que cuando el tráfico se normalice me voy a abocar a contar los paraderos. Lo haré porque es un método que uso para soportar los días en que por obligación recorro la ciudad. Pero hoy es miércoles y el bus se mueve a una velocidad miserable, entorpecido por el lastre de un choque que se ha producido dos paraderos más adelante y que recién empiezan a despejar. Dos muertos y un herido en ese accidente matutino. Pero pronto retirarán los muertos y el herido será trasladado, un hombre joven, en medio de un infernal ulular de sirenas para

ingresarlo al espacio más crítico del hospital. El sitio del accidente, atestado por la curiosidad ciudadana, la presencia de un juez y sus asistentes, los bomberos, la policía, las ambulancias que van a dejar una estela de ruidos en todo el extenso perímetro de un viaje histérico, teatral, el eco masivo de las ambulancias, las patrullas y los carros de bomberos, alertando. Y la policía actuando con su habitual distancia para demostrar el profesionalismo que necesitan.

Adiestrados.

Caninos.

Llegaré antes de que se acabe el tiempo, llegaré cuando falten minutos para las doce y me va a abrir la puerta la mujer enjuta que trabaja hace diez años fielmente en la misma casa y que renueva, a lo largo de diez años, el delantal a cuadros, azul y blanco, el azul es oscuro, marino. Me va a abrir la puerta con la expresión asustada de siempre, desconfiada, sus zapatos bajos y las medias incoloras y su pelo ondulado y compuesto que enmarca sus labios delgados y el lunar que tiene en su mejilla. Va a mirar la hora en su reloj pequeño, de esfera redonda, con los números desvanecidos y la gastada correa de cuero negro rodeando su muñeca. Lo va a hacer de manera automática, mirada y reloj, sin el menor gesto de agravio, va a mirar la hora mientras me informa de que la señora, como le dice a la anciana,

está en buen estado, que, aunque no duerme bien, nunca lo hace, sigue viva y me espera, no, no me espera, necesita de manera urgente un aseo profundo porque hiede, huele y cada acumulación del olor contamina más, más la casa, el olor la perturba, porque es ella la que debe coexistir con ese olor y sólo yo soy capaz de eliminarlo por unas horas, sólo por unas horas porque ya mañana jueves, la casa será la misma, traspasada por una estela con la que cada vez resulta más difícil convivir.

Si el bus retoma la velocidad que le corresponde, llegaré de manera cómoda a una hora amable y pertinente. Si sacan rápido a los muertos desde el interior de los autos realmente pulverizados, si les cierran los ojos desmesurados o aterrados y después de acomodar con precipitación sus fracturas y mutilaciones, un muerto, uno de ellos, el contador de una empresa, no sólo resultó con la cabeza reventada sino también experimentó la mutilación de una de sus piernas, su pierna cortada por el impacto y el feroz poder de los metales estallados. Si los envuelven en las bolsas negras de rigor, si los cubren con el plástico negro para protegerlos de las miradas ávidas que los observan sin tregua ni pudor porque quieren mirarlos de cerca, más cerca aún, realmente encima de los muertos, a milímetros de sus cuerpos exánimes, desean tocar a los muertos, pararse encima de la sangre, arrastrar una

porción de esa sangre en los zapatos, y más aun, algunos se inclinan para ejercer la audacia o el derecho de poner la mano en el suelo hasta empaparse de la sangre que estila por la calle, mientras los bomberos se retiran y permanecen los camilleros, asistidos por los médicos y, bajo la mirada rigurosa de los policías y sus ademanes hoscos con los que dispersan a los curiosos, suben al herido a la camilla, lo ingresan a la ambulancia, lo conectan a un suero indispensable, lo miden, auscultan su funcionamiento biológico y, entonces, si se consolida el trabajo del juez que levanta el acta que consigna a los muertos, sólo en ese instante es posible que se disperse la avidez del grupo de curiosos que impide que se reanude la velocidad correcta del tránsito.

Yo podría llegar a la casa luego de caminar las dos cuadras, dos cuadras no demasiado largas, en un día gris, frío, caminar con pasos más rápidos de los acostumbrados para cumplir con el frágil contrato que establecí con el fin de despejar de un olor insoportable la casa, así lo dice cada semana la mujer que abre la puerta, después de mirar por la ventana para asegurarse de quién es la persona que toca el timbre o de si está descompuesto, como ha sucedido más de una vez, luego de descorrer la cortina, alertada por mis golpes en la madera, me duele la mano, rojos los nudillos de tanto golpear con ellos

para que me abra la puerta y conseguir que por un día se retire el olor que progresivamente se expande a cada una de las habitaciones, un olor que se cuela por todos los resquicios e impide disfrutar la comida porque la cocina está irrespirable y ella no puede, no puedo, no, no, limpiar a la señora, esa es tarea de una enfermera como usted, como usted, pero usted no es enfermera, aunque no importa, no es importante que no sea enfermera, sólo viene acá después de caminar las dos cuadras para desalojar por un día, un día en que se normaliza la casa, el olor, alejar el olor, bañarla, bañar a la señora, como ella le dice, esta señora que no sé por qué ni cómo sigue viva o sigue viva sólo porque ha perdido la visión y el olfato, pero yo no, yo no.

Los bomberos aún no consiguen rescatar a los muertos atrapados entre los metales retorcidos de los autos. Los dos muertos. El herido grave o crítico, respira levemente sumergido en su inconsciencia. Ya se han presentado el juez y sus asistentes, también las ambulancias con los médicos y los paramédicos. Los bomberos y sus impresionantes carromatos, la policía ha salido precipitadamente de sus coches, y lucha junto a los bomberos por sacar los dos muertos del interior de los autos. Lo van a conseguir de un momento a otro y cuando los extiendan encima de la vereda y el pavimento se cubra con la sangre de los muertos y las manos y

los uniformes de la policía queden rojos, manchados, ahítos de sangre, después que los médicos certifiquen las muertes certeras, cuando restituyan la pierna mutilada al cuerpo del muerto incompleto, certifiquen sus corazones paralizados, desprovistos de cualquier atisbo de respiración, luego que consigan que la ambulancia se aleje chillando con el herido en su interior, entonces, este bus va a retomar su velocidad, no más de cuarenta kilómetros por hora, más bien treinta kilómetros por hora, porque conviene esa velocidad exacta para atestar la ciudad, para conseguir una ciudad verdaderamente moderna y colapsada, no más de treinta en realidad, para mostrar así el éxito de una ciudad que pretende formar parte de una historia consistente. Si tomamos una velocidad de treinta kilómetros por hora conseguiré bajarme en el paradero que está a dos cuadras de la casa y podré caminar rápido pero segura los cinco minutos o cuatro minutos que tardaré, cuatro, cuatro minutos, ni uno más, para llegar con una puntualidad que inspira toda la confianza del mundo, una puntualidad que permite que la mujer enjuta me abra la puerta con una sonrisa en los labios porque no la defraudo y pongo en su horizonte, abiertamente desesperado, un tiempo, unas horas, veinticuatro con suerte, para descargar la casa del olor que la enloquece y la mantiene en una náusea continua.

Entrar a la casa descuidada o incómoda, ir hasta la pieza de la señora, como la llama la mujer enjuta, e ingresar al centro de un verdadero olor catastrófico. Estoy adentro. Saco las sábanas, acomodo a la señora, como ella le dice, encima del colchón, la tapo con una frazada, mientras enjuago en la tina de baño las sábanas, unas sábanas que no podrían ser descritas y con la mano despego la caca de una semana, una semana de caca que se va endureciendo hasta formar una costra, en cierto modo inocente, mezclada a la orina, no sé cómo no se resfría o se muere esta señora, mojada la semana entera, y qué puedo hacer yo, no estoy preparada, no fui contratada para esto, no tengo fuerza porque pesa, pesa, ¿usted me entiende?, yo no, no puedo mientras con la mano despego las costras de caca, las despego con los dedos porque ya no es posible sacarlas de otra manera y después, con dificultad por el peso de las sábanas que estilan agua profusamente, las lanzo al interior de la lavadora con todas las fuerzas que tengo y entonces me saco los guantes de plástico, los más gruesos que he conseguido, los guantes que uso cada miércoles y que me pongo apenas entro a la casa, a partir de las once o doce del día, esos guantes que hube de comprar especialmente para las sábanas, para conseguir sacar las costras de caca y después lanzarlas a la lavadora. Y pongo en marcha la lavadora, escucho su

ruido, dejo que el ruido siga su curso mientras vuelvo a la pieza y destapo a la señora, como ella la llama, y que no sé, no puedo distinguir si está dormida o despierta, nadie lo podría asegurar, e incluso aunque esté con los ojos abiertos, podría no ver nada, no reconocer a nadie ni distinguir los volúmenes, no ve, ni reconoce, ni duerme enteramente, ni está despierta, ni sabe cuándo sale la caca de su esfínter, ni menos en los momentos en que se moja entera por la fuerza incontrarrestable del caudal de orines que obligatoriamente debe expulsar.

Me acerco a la señora y, provista de cada uno de los materiales que he comprado, los más eficaces para realizar su limpieza encima de la cama, sobre ese colchón manchado por años de suciedad, por superposiciones de materias y líquidos, un colchón que podría parecer increíble o indestructible, un buen colchón que resiste y resiste los embates del cuerpo de la señora y que soporta el jabón seco con el que voy aliviando la piel, la piel de un cuerpo que no expresa cuando la doy vueltas, ni cuando muevo su cabeza para despegar sus pelos húmedos de orina y le pongo el shampoo que no requiere de agua y ella no acusa ninguna molestia cuando le coloco el inútil pañal en la entrepierna y en una ausencia sorprendente, su cara con los ojos abiertos y vacíos, no realiza un gesto cuando paso la crema por su cara, primero la de limpieza por-

que tiene la cara estragada, sucia su cara, y así le preparo el rostro para la otra crema, la siguiente, esa que le va a permitir una humedad transitoria, fugaz a un rostro que ya carece de principio y de fin. Y busco la camisa en el cajón, muevo o escarbo las prendas de ropa de la señora hasta que encuentro la camisa y se la pongo y le cierro los botones uno a uno y me preparo para el tramo más difícil, arreglar las sábanas limpias con la señora encima del colchón, realizar un verdadero milagro sola, porque yo no puedo hacer fuerzas, únicamente me comprometí con el hijo que mantiene esta casa, que me paga religiosamente el sueldo, que reclama por todo, que dice que los gastos deben disminuir, a ese hijo le juré que le iba a dar la comida dos veces al día, una papilla que muelo en la máquina, una especial, muy rápida, porque la señora no tiene fuerzas en la mandíbula y casi no abre la boca y yo, en medio del olor que usted ya conoce, tengo que darle su papilla dos veces al día, a la una y a las seis, lo tengo que hacer a pesar de las arcadas o el franco vómito porque si no lo hago la señora se nos muere de hambre.

Logro poner las sábanas limpias en la cama de una manera consistente. Queda bien, muy bien hecha la cama. Y aunque me duelen los brazos, el codo, uno de mis hombros, me complace mi trabajo impecable y agradezco, en parte, la ausencia abismal de la señora que no opone la menor resistencia,

y para sellar el día miércoles, esparzo unas gotas de colonia barata encima de la cama, una colonia comprada en la farmacia cercana, la más económica que encontró la mujer enjuta, una colonia que alcanza para dos o tres días, porque ella, la mujer enjuta, el jueves, el viernes y quizás el sábado, la vuelca en exceso en la cama o en el piso de la pieza, sin cuidar el gasto, encima de la cama, desesperada para ocultar el olor que habita allí como un allegado crónico. Enjuago los guantes, los empapo con el detergente, los froto y los seco con la toalla. A pesar de la protección que me brindan los guantes, me lavo las manos con el trozo de jabón que encuentro, me lavo y me lavo las manos con una actitud maníaca, y después de secármelas, me pongo mi reloj, el que tiene una correa de metal y veo satisfecha que no he tardado más de una hora, sesenta minutos completos para resolver lo que podría ser considerado como una empresa difícil, y cuando me asomo al pasillo, la mujer enjuta, cubierta por su delantal a cuadros y sus medias incoloras, me pasa el sobre mientras murmura un encadenamiento de frases que me niego a escuchar y, antes de salir a la calle, doblo el sobre y lo guardo con cuidado en el fondo de mi cartera. Siempre sentada en el interior de un bus lento, que no avanza, no avanza, esperando llegar a la hora. Una hora urgente que no debe sino ser desesperadamente exacta. Siempre.

En esta cama, en este mismo colchón, claro, si es que todavía se puede nombrar de esta manera, el colchón: tú, yo y el éter. El éter estaba allí para resistir los momentos inhumanos. Ximena, Ximena lo consiguió, una botella, dijo, una pequeña botella de éter, dijo y dijo: sí, lo sé, el éter ya no es lo que fue, resulta irrisorio e incluso peligroso, aunque no, no peligroso, no me parece, pero qué vamos a hacer, qué vamos a hacer, lo administramos, así lo escribió, en exactas y pausadas dosis. Te acercas la esponja con el éter a la nariz, lo aspiras como una adicta y te vas a ir o te vas a dormir o a desvanecer unos instantes, un poco, ¿no? Será insuficiente pero ayudará, lo va a hacer. Después te miró y dijo: abres la botella, empapas la esponja con unas gotas de éter y se la pasas. Ella misma tiene que poner la esponja en su nariz porque tú estás abajo, ¿no? tra-

bajando, sacando al niño, tirando su cabeza, suave, ¿entiendes? Después de todo se trata de un proceso primitivo, común, es un hecho casi intrascendente, las manos moviendo en círculos la cabeza, el cuello, los hombros del niño y tenemos el éter. Acudes al éter únicamente cuando se esté muriendo de dolor. Apenas unas gotas en los momentos que salga la cabeza, justo en el instante en que se precipiten los hombros, cuando pienses que puede gritar, me refiero a un verdadero alarido, ¿me entiendes? Sólo en ese momento, mientras se esté desmayando o hundiendo atravesada por un dolor que te parezca real y concreto, unas gotas de éter. Todo perfectamente escrito a máquina, nunca a mano, nunca. Leías concentrado la minuta. Se transformó en tu minuta. ¿Qué pensabas? Ya es inútil intentar adivinar o no es inútil porque yo sé, lo sé y Ximena lo sabe que ustedes tenían un plan adicional, una no minuta, una palabra secreta asociada a un teléfono de emergencia. Lo habían previsto. Era necesario y era justo. Sí, un plan de emergencia para deshacerse de los muertos, el niño y yo, si moríamos.

Lo tenían, sí, el plan.

Quiero que ahora mismo te levantes, salgas de la cama y nos sentemos alrededor de la mesa, necesito que me mires directo a los ojos y me informes de cómo iban a funcionar nuestras muertes, qué destino tendrían nuestros cuerpos, quiénes trabajarían

de ayudistas, dónde nos perderíamos. Podríamos haber muerto, te digo, el niño y yo. Pero no lo digo, sólo pienso que lo digo. Recorro cuidadosamente las escenas, intento ponerlas en orden para examinarlas, pero se precipitan, se confunden. Dos siglos o más. Años de años o años sobre años que se aglutinan para modelar los contornos más comunes de la calavera. Cómo se podría evocar el dolor, el asombro confuso del dolor, con qué imágenes podría rehacer el ascenso de una violencia que era concreta pero, a la vez, se desdibujaba entre una impresionante abstracción. Estuvimos allí, los dos, absortos en un parto que no, no nos sorprendía.

Fue así:

Se inició un proceso frío, el mismo proceso que había sido presagiado por Ximena. Un proceso cubierto por una distancia en la que se alojaba una cuota de simulación. Se inició sin aspavientos un malestar indeterminado.

Te dije:

Algo pasa o algo me pasa. Algo orgánico, automático, así me pareció, ajeno. Yo iba recibiendo los efectos programados de un ataque que no podía repeler. Todo lo que sentía o pude sentir estaba relacionado con un cuerpo que me resultaba extraño y desapegado. Íbamos a morir, el niño y yo. No estábamos preparados, no lo estábamos, falló la célula. No fue capaz de presagiar.

¿No es verdad, Ximena?

Sí, es verdad, me contesta, es verdad, pero no te equivoques porque presagiamos. Presagiamos las muertes, lo hicimos. Pero qué importa, ya no existe nada, ni una sola célula, se murieron.

(Las células, disciplinadas, asienten mientras desfilan sin gloria por la pieza, desfilan para consumar un hábito: sus vueltas completamente circulares).

¿Se murieron todas las células, Ximena?

Sí, me contesta, todas.

¿Con quién hablas?, ¿Con quiénes hablas?, me dices con una voz insólita. Una voz extraña, alucinante porque tienes la cabeza enterrada en la almohada, en la nuestra, en la única que tenemos.

Déjame dormir, dices.

Pero no duermes, se trata de un burdo intento para silenciarnos a Ximena y a mí. Quieres paz, silencio. Dirías que te los mereces a ambos, a la paz y al silencio, piensas que te corresponden después que entregaste tus huesos y tu sangre a un siglo que te depredó, un siglo en el que ingenuamente creímos y que nos lanzó en picada hacia una absurda esperanza. El siglo pena. Aún habla o murmura a diestra y siniestra. Arrastra sus tétricas e infantiles cadenas, se ríe de sí mismo con unas carcajadas destempladas y patéticas. Lo escucho y me apena.

Morimos en medio de un parto atroz.

No alcancé a dar a luz el siglo que venía. El niño, el mío, nació muerto después de mi muerte. Un parto estéril.

Fue completamente inútil, Ximena.

Se lo digo con un total convencimiento.

Sí, estoy de acuerdo. Todo resultó demasiado inútil, me contesta.

¿Con quién hablas?, ¿con quién hablas? Hablo con Ximena, con ella. Hablamos de las muertes, la del niño y la mía. Me diste, lo sé, una cantidad increíble de éter, así nos mataste, con el éter. Esa fue tu tarea, tu misión, ese el encargo de la última partícula de célula que quedaba. Teníamos que morir. Sí, exactamente. Iba o íbamos a morir porque así lo decidieron tú y Ximena, ¿no es verdad? Tomaron el acuerdo después de analizar un considerable número de factores, quisieron protegerse a ustedes mismos y proteger a los átomos de células que aún eran capaces de sostenerse. Sé que no hubo nada personal en esa decisión, que se trataba de una simple pero urgente medida de seguridad.

No, no, me dices, no fue así.

Y entonces ¿qué ocurrió?

¿Cuándo?, me dices. Y pienso que estás cansado, cansado de la noche, de los pequeños ruidos que se cuelan por las paredes, unos sonidos incomprensibles que vienen de afuera, de una ciudad que para ti ya es completamente desconocida. Estás cansado.

Estoy, me dices, cansado.

Estás muerto, te contesto.

La cama y el éter, la sangre y el éter, mis piernas y el éter. No lo sé. No puedo asegurar nada. El niño nació muerto o murió a los dos años.

O no nació. O no nació.

El tiempo se repliega en su propio tiempo. Quién lo iba a decir: ahora tenemos todo el tiempo del mundo. Eso es literal, lo tuvimos justo después que se nos acabó el tiempo. Es confuso y es atroz. Es inexplicable. No es material ni menos dialéctico: es un maldito jeroglífico. Ximena, me dices, fue la primera, se la tragó el tiempo que le quedaba.

Quieres mentir. Ximena cayó una mañana, la sorprendieron, la amenazaron y se la llevaron. No, me dice Ximena, no, no fue de esa manera, ni siquiera implicó una sorpresa, me seguían, sólo que no pude o no encontré dónde refugiarme y prácticamente me entregué, en un estado de éxtasis o de gozo pues se ponía fin a esos días, se acababa el niño y tú, el ir y venir, la palpitación irregular de las células. Morí, es cierto, dice Ximena con el convencimiento de que él te iba a matar. Te iba a matar de todas maneras, no, no me digas que tú lo ignorabas. Un militante asesino, un asesinato que no fue consignado en ningún juzgado, un crimen en el que nadie reparó, una muerte impune, te mató y se aprovechó de la clandestinidad, de su agónica mi-

litancia. Pero yo lo supe antes de mi muerte, lo leí en su cabeza, porque nunca, ni una sola célula logró mi total adhesión. Yo tenía que desconfiar. Él te iba a cobrar lo del niño. Permanece callada, en silencio porque tú te mueves en la cama manifestando así una abierta señal de reprobación.

Ximena se ovilla. A veces nos cuesta entender esta cama, su dificultad exasperante.

Descansamos de lado en la cama, los tres. Sólo soporto que Ximena se acueste con nosotros o entre nosotros, en cambio tú eres indiferente y permisivo, dejarías que todas las células se apropiaran de nuestra cama. Ximena piensa que debe levantarse y salir, aún lucha por encontrar un milímetro de célula activa. Tú, en cambio, no tienes nada, ninguna causa, sólo un cuerpo que te obliga, el tuyo, tu cuerpo y su artritis y el vaivén del hígado o el roce ácido de tus bronquios enervados por la tos y piensas en ellos, en tus bronquios, lo haces mientras duermo. Pero yo no duermo enteramente, sólo lo simulo. Ya no dormimos ni estamos despiertos, ¿no es cierto, Ximena? Sí, me contesta. Más allá, en los intersticios de la puerta, justo en un borde microscópico se parapeta una de las células, está dormida o está muerta, son siete manchas, siete perforaciones que forman o formaron una célula. Siete. Ximena se ríe, me cuenta un chiste obsceno, un chiste macabro y obsceno que compromete la integri-

dad moral de todas las células. No sé cómo reírme de su ingenio. A menudo Ximena recuerda chistes o historias nunca sencillas que terminan por delatar acontecimientos que te resultan reprobables. Pero Ximena es así, es así, demasiado expresiva, alta y expresiva. Me acosté, me dice Ximena, con toda esa célula, la del manco, ¿te acuerdas?, lo hice en todas las poses, a cualquier hora. También me acosté con un dirigente, con un miembro del comité central, no, no, le corrijo, con todo el comité. ¿Y tú?, me dice, ¿y tú? Estás furioso, tiemblas, querrías matarnos, a Ximena y a mí. Ahora permanecemos solos los tres por unas horas, después irán emergiendo los jirones celulares parloteando sus lemas y las quejas de costumbre. Por ahora esas células se han quedado dormidas, paradas, a la manera de ciertos animales. Estamos los tres en la cama, la cama que compartí con el niño, cuidando de no aplastarlo, no aplastarlo, para que no se me fuera a morir.

¿De quién es?

Me lo preguntaste en la noche, lo hiciste para que yo no viera la intención de tu cara, hablaste en la oscuridad y entendí que no necesitabas una respuesta porque lo que te resultaba imperativo era hacerme la pregunta y que mi respuesta terminara por permitirte abandonar la pieza y salir a la calle. ¿De quién es? Qué pregunta más estúpida, quiero contestarte, de cualquiera, de todos pues, qué im-

porta. Pero no te contesto nada, ni una palabra, es una pregunta recurrente, siempre. Estabas allí observando mi comportamiento celular, el movimiento de mis manos. Ximena simula que se escandaliza. Como si ella no, como si ella no.

Y aquí vienen todas las células, en grupos que parecen excesivos o interminables, llegan acuciosos justo cuando yo estoy demasiado cansada, vienen a apoderarse de nuestros cuerpos y a auscultar los dolores que tenemos. Nos duele todo. Todo. Nos duelen los huesos y la infección purulenta que emana de algunos de los órganos. Las células nos mueven y nos dan vuelta, dicen que estamos sucios, enfermos, paralizados, que tienen que bañarnos, que relegados a la trastienda de cada una de las casas que aún existen en la ciudad (se refieren, claro, a las viejas construcciones) las contaminamos con nuestros olores imposibles. Las células nos remecen de una manera agresiva y alarmante, quieren sacarme al niño y buscan mi postrera confesión. El niño y yo formamos parte de un tejido celular, somos idénticos, un perfecto genoma humano. No humano, no, nunca.

Ahora lo sabes, me dice Ximena: te mató de un tremendo palo en la cabeza que te destrozó el cráneo, después te quebró las manos. No pudiste levantarte porque ya no obedecías ni a tus propias órdenes. Él le mintió a Gómez, le dijo que habías

exigido demasiado éter, un éter que no pudo o no supo cómo controlar. Gómez quiso creerle porque no sabía qué hacer, pero en realidad Gómez no le creyó una palabra. Él sabía que te mató a palos. Pero no iba a delatar a un militante clandestino, eso nunca, Gómez no. Ximena me lo dice y lo repite siempre para sembrar una terrible cizaña entre nosotros. Llegan las viejas células, ateridas o despavoridas o severamente averiadas. Llegan todos y ya casi no los reconozco, pero no tengo por qué acordarme de cada uno, ¿no? La cama, la nuestra, la de siempre, semeja una hospedería subproletaria de otro siglo, de otro, una cama repleta de células. Salgan de mi cama, todos, ahora mismo, salgan, les digo. Despierta, me dices, cállate. Quieres convencerme que tengo una pesadilla, es mejor, es mejor. Ximena está a los pies de la cama y no te permite estirar las piernas. Nunca más pudiste estirar las piernas, tus piernas quebradas y que ahora te duelen tanto, mucho, porque ni puedes darte el gusto de poner tus piernas como se te antoja, un siglo o dos con las piernas quebradas, quién lo iba a decir.

Tengo que levantarme de la cama, ir a la cocina, preparar el arroz, poner en el plato dos panes, sólo dos. Tengo que volver a la pieza y pasarme la peineta por la cabeza rota, apaleada, tengo que inventarme unas manos porque no debo salir así a la ca-

lle, no quiero delatarte, no es oportuno ni necesario. Me pongo el abrigo. Miro el montón de células que ya están en un avanzado deterioro, me detengo en tus células tiñosas y me dan unas ganas infinitas de decirte: levántate, o decirte: resucita de una vez por todas y salgamos a la calle con el niño, el mío, el de dos años, mi amado niño y llevémoslo al hospital. Debemos llevarlo porque, después de todo, ya no tenemos nada que perder.